

Sophie Saint Rose

Serie Texas



Nunca creí

ser tan feliz

Nunca creí ser tan feliz

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

—Me cago en la... —siseó intentando apretar de nuevo la rosca del desagüe, pero la muy puñetera ahora no se movía.

Una risita infantil la hizo gemir. —Jessie tendrás que confesarte —dijo su hermana pequeña—. El pastor te tiraría de las orejas. —Su carita apareció entre sus piernas mostrando sus preciosos rizos rubios recién cortados a la altura de los hombros.

Intentó apretar la rosca de nuevo, pero ya le dolía la espalda de esa posición tan incómoda. —Angela, ¿has acabado los deberes? —preguntó con esfuerzo haciendo un último intento.

—Tengo cinco años. Mis deberes son pintar mariposas. Y ya lo hice en el cole.

Bufó dejando caer los brazos. —Esto es imposible.

—¿Se ha atascado de nuevo?

—Sí, cielo. Y habrá que llamar al fontanero.

Angela hizo una mueca alejándose mientras su hermana salía de debajo del lavabo sentándose sobre el suelo de linóleo derrotada. Su hermana se sentó en una de las sillas de la mesa de la cocina acariciando la muñeca que llevaba en los brazos. —¿Así que no hay regalo de cumpleaños?

A Jessie se le rompió el corazón y forzó una sonrisa. —Claro que sí, cielo—Se levantó de un salto. —Cumplirás seis años y eso hay que celebrarlo. —La cogió en brazos y la besó en la mejilla varias veces haciéndola reír. —Habrá regalo, tarta y todo lo que tú quieras.

Angela sonrió ilusionada. —Quiero una piñata.

—Una piñata.

—Y una fiesta con mis amiguitos.

Gimió por dentro porque eso era carísimo. —Pues eso tendrás. Quedan dos semanas, así que pórtate bien no vaya a ser que me arrepienta.

—Siempre me porto bien.

Sonrió acariciando sus rizos rubios. —Eso es verdad.

Angela la abrazó con fuerza y eso merecía todos los esfuerzos del mundo. —Te quiero.

—Y yo a ti. Más que a nada en esta vida. —La besó en la mejilla de nuevo y le hizo cosquillas haciéndola reír. —Y ahora vamos a hacer la cena.

—¡Pizza!

—No, pizza no. Vamos a hacer unos espaguetis.

—¿Espaguetis otra vez?

—¿Prefieres judías verdes?

La niña abrió sus ojos verdes como platos. —Los espaguetis me encantan.

Se echó a reír dejándola en el suelo y en ese momento sonó el teléfono. Divertida viéndola correr hacia su habitación descolgó. —Casa de las Foeller.

—Jessie necesito que vengas.

Perdió la sonrisa al escuchar la voz de Tony. —No fastidies, es domingo.

—Tengo el bar a tope y la nueva ni ha aparecido por aquí.

Suspiró pasándose la mano por la frente. —Tengo a mi hermana. No tengo niñera.

—Te la pago yo. Te doy cincuenta pavos extra para la niñera, pero necesito que vengas ya.

Mierda, para una noche libre que tenía para pasar con su hermana. Pero no podía quedar mal con Tony. Además, le pagaba muy bien. —Voy enseguida.

—Por favor no tardes —dijo antes de colgar.

Colgó el teléfono diciendo con ironía —De nada.

—¿Tienes que irte?

Se volvió viendo como su hermana fruncía su naricilla como cuando algo no le gustaba nada. —Tengo que ir al trabajo.

—Pero íbamos a ver una peli.

Se agachó ante ella. —La veremos el próximo domingo por la tarde, ¿de acuerdo? Y comeremos palomitas. —Le acarició la mejilla. —Lo siento, cielo. Sé que es un fastidio, pero no puedo decirle que no a Tony. ¿Lo entiendes?

Su hermana que no era tonta asintió, aunque no podía disimular su cara de pena y a Jessie le dio mucha lástima dejarla tirada. Esa era su noche con ella y hasta dentro de una semana no tendría otra. —La señora Ruiz se quedará contigo.

—Vale.

Forzó una sonrisa y se incorporó sin quitarle ojo. —¿Qué tal si haces un dibujo de una playa? Sabes que me encanta ver el mar por la tele. Así lo podré llevar conmigo.

Los ojos de Angela brillaron. —Y me dibujaré yo para que me veas.

—Eso, para que no me olvide nunca de ti.

—¡Nunca te olvidas de mí! ¡Eres la mamá que nunca falla! —Corrió hasta su habitación y Jessie suspiró del alivio porque no se lo hubiera tomado a mal. Entonces los remordimientos no la dejarían en paz en toda la noche.

Llamó a toda prisa a su vecina que le dijo que estaría encantada de cuidarla y le preguntó si tenía una cita. Una cita. ¡Ja! Ni sabía lo que era eso. Literalmente.

Poniéndose la minifalda vaquera y las botas, se apartó su cabello rubio de los hombros corriendo hasta el tocador que había sido de su madre y pasándose la barra de labios roja medio destrozada por el labio inferior. —¡Angela, como vuelvas a coger mi maquillaje te dejo el trasero como un tomate! ¡Cuesta mucho dinero y tienes pinturas de sobra!

—¡Vaaale! —gritó desde su habitación.

Sonrió divertida cogiendo su bolso y salió de su habitación entrando en la suya que estaba justo al lado. —Dame un beso muy gordo para que sonrías mucho esta noche y nos den muchas propinas. —Su hermana se levantó de la alfombra rosa y la abrazó por el cuello besándola con fuerza. —Van a ser unas propinas de primera. Te quiero.

—Te quiero.

Salió de su habitación bajando las escaleras a toda prisa y suspiró del alivio cuando la señora Ruiz entró por la puerta de la cocina. —Gracias, gracias.

La mujer sonrió. —No estaba haciendo nada. Y sabes que a mí también me viene muy bien el dinero. Con dos hijos en el paro lo necesito de veras, así que no dudes en llamarme cuando quieras.

—Gracias. No ha cenado. ¿Puede hacerle unos espaguetis? Hay salsa en la nevera. —Cogió las llaves de la camioneta. —Volveré sobre las tres. Creo.

—Tranquila.

Aliviada salió corriendo de la casa y se subió a su vieja cafetera dando un portazo. Al menos la acababa de poner a punto, así que arrancó a la primera. Bueno, no había mal que por bien no

fuera. Conseguiría el dinero para el cumpleaños de Angela. Al menos una parte. Ya pensaría en la manera de conseguir el resto. Miró la fina pulsera de oro que le había regalado su madre cuando cumplió dieciocho años. Había dicho que era un cumpleaños especial y que se merecía un regalo así. Puede que para muchos no fuera para tanto, pero Jessie sabía que había sido un esfuerzo enorme para su madre comprar aquella pulsera y jamás se la había quitado. Pensando en ello negó con la cabeza. Ese sería un último recurso y para algo realmente importante.

Entró en el bar sonriendo a los clientes y su jefe la miró con alivio desde el otro lado de la barra. Dejó el bolso ante él y le guiñó un ojo cogiendo la bandeja, viendo como lo guardaba tras el mostrador. —Gracias, Jessie. Me has salvado la vida.

—Pues has de subirme el sueldo —dijo divertida haciéndole reír.

—¡Jessie! —gritó uno de los clientes por encima de la música.

—Sí, ya voy.

Al volverse casi se choca con Mónica, que llegaba con una bandeja cargada de jarras de cerveza. —Gracias a Dios que has llegado —dijo con una sonrisa apartando su cabello moreno del hombro—. Están como locos. El equipo de beisbol del instituto ha ganado no sé qué torneo y lo están celebrando como si hubieran jugado ellos. Cuidado con la veinte. Tienen las manos largas.

—¿No me digas? —gruñó haciéndola reír. Se alejó yendo a la mesa más alejada y empezó a coger pedidos. Antes de veinte minutos había servido a todo el mundo y se dedicó a recoger las botellas y las jarras vacías que veía por las mesas. Al pasar por la mesa veinte vio que estaba repleta de botellas y era porque Mónica no se acercaba a la mesa a no ser que fuera muy necesario. Se acercó y los chicos del rancho Halleran silbaron al verla inclinarse para recoger un poco—. Tranquilos, chicos... o tendré que sacar el bate.

Varios rieron porque no era la primera vez que se liaba a mamporros con algún cliente pesado y todos lo sabían.

—Jessie, ¿cuándo vas a salir conmigo?

Levantó una de sus finas cejas rubias para mirar a James Norton. Un pendenciero que ya lo había intentado con ella en el instituto. —¿En serio? No estoy tan desesperada, pero si algún día llego a ese punto, llamaré a tu madre que tengo el número. Seguro que cuando le pregunte algunas cositas, me abre los ojos.

Todos se echaron a reír mientras se alejaba y por el rabillo del ojo vio entrar a Everett Halleran con Isaac, su capataz. Maldijo el apellido Halleran como siempre antes de ir hacia la barra intentando quitarse de la cabeza lo guapo que estaba con su cabello castaño repeinado hacia atrás, esa barba de tres días y esa camiseta negra que resaltaba sus morenos y musculosos brazos. Gruñendo mientras pensaba que le iba a salir una úlcera y no podía permitirse la cuenta del médico, dijo llegando a la barra —Mónica...

—Lo he visto. Tranquila, yo me encargo —dijo su amiga.

Asintió y sin mirarles dejó la bandeja sobre la barra antes de coger otra ya llena de bebidas y volverse para servirlos. Estaba sirviendo una cola light a una de las clientas cuando vio por el rabillo del ojo que Everett se sentaba en una de las mesas que se suponía que eran suyas. Como siempre. Mónica se acercó a atenderles de inmediato porque como era lógico no se podía hacer esperar al rey de los contornos. Pasó a su lado y sintió su mirada en su espalda. Se tensó consciente de su presencia como siempre que pasaba por allí, que era a menudo, y se obligó a sonreír a un cliente que la llamó y se acercó para atenderle, pero quería la cuenta. Le cobró y le guiñó uno de sus ojos verdes cuando le dejó cinco pavos de propina, haciéndole reír. Se acercó a

toda prisa a la barra y le dio el dinero a Tony. Éste se acercó y le dijo —Halleran va a dar mañana una fiestecita aquí. Tendrás que venir dos horas antes.

Le miró sorprendida. —¿Y eso?

—Es su cumpleaños. Treinta y uno. —La miró incrédulo. —Como todos los años.

Suspiró porque parecía que su fiesta de cumpleaños del año anterior acababa de pasar. Pero claro, Angela iba a cumplir seis años y dos semanas antes era el de Everett. —Vale, estaré aquí.

Tony asintió mirándola preocupado. —Contrataré a alguien cuanto antes. Sé que es un problema, pero...

—Estoy bien. —Sonrió a su jefe que no le creyó una palabra y era porque la conocía muy bien. De hecho, la conocía casi desde que llevaba pañales porque había sido uno de los novios de su madre. Y seguramente el que más la había querido. Pero no se entendieron y al final terminaron rompiendo. Una pena. O no, porque si no Angela no estaría a su lado y una vida sin ella era inconcebible.

Miró hacia la mesa de Halleran sin poder evitarlo y se le cortó el aliento cuando sus ojos coincidieron con los ojos azules de Everett, que dejó de hablar enderezando la espalda totalmente pendiente de ella.

Se sonrojó sin darse cuenta agachando la mirada antes de volverse jurando por lo bajo por ser tan idiota. Cogió la bandeja y volvió a su trabajo. ¿A ver si se iba a pensar que le gustaba? ¡Y sería lo que le faltaba para rematarla! Como no tenía ya bastantes problemas...

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, porque su mesa estaba en medio de la sala, siguió trabajando poniendo la mejor cara posible. Cuando llegaron las doce estaba hecha polvo. Había dormido cinco horas la noche anterior y no había parado en todo el día. Y el día siguiente sería igual. Dejando la bandeja sobre la barra se dio cuenta de que ni había cenado. Miró a Tony que apretó los labios abriendo la caja y sacando el dinero. —Vete a casa.

—No, de verdad... Me como una hamburguesa y sigo. Además, me vienen genial las propinas. Es el cumple de Angela en dos semanas, ¿sabes?

Tony sonrió apoyando los antebrazos sobre la barra. —¿Y qué quiere la princesita este año?

—Una fiesta con sus amiguitos. —Sus ojos brillaron hablando de su hermana. —Haré una merienda en casa. ¿Vendrás?

—No me lo perdería por nada. —Puso el dinero sobre la barra antes de coger su bolso y ponerlo al lado del dinero. —Vete a casa. Estás agotada. —Miró tras él. —¡Frank una hamburguesa doble con patatas para llevar! ¡Nuestra chica tiene hambre!

—¡Sí, jefe! ¡Con doble de queso!

Sintiendo que la abandonaban todas las energías de golpe, se sentó en una banqueta para esperar a que se la hiciera. —Eres el mejor.

—Tony, ¿me cobras?

Se tensó al escuchar la voz de Everett tras ella y su brazo pasó a su izquierda tendiendo un billete de cincuenta dólares. Miró sobre su hombro en un acto reflejo y se estremeció sin darse cuenta cuando sus ojos coincidieron. —Hola, Jessica.

—Everett... —Miró al frente cogiendo los billetes y sacó la cartera abriéndola a toda prisa para meter el dinero dentro, mostrando una foto de Angela con un añito vestida de abejita.

—¿Cómo estás? —preguntó colocándose a su lado.

—Muy bien, gracias —dijo buscando en su bolso las llaves de la camioneta.

Él apoyó la mano en la barra. —Hacía tiempo que no te veía. Ya no vas a misa los domingos.

—Estoy ocupada. —Miró a Frank impaciente por largarse de allí. —Cielo, ¿queda mucho?

Everett apretó los labios acercándose más a ella. —Me preguntaba si querías salir a cenar conmigo alguna noche...

Le miró con la sorpresa reflejada en su rostro. —¿Qué?

Sonrió ligeramente. —Cuando tengas una noche libre. Me gustaría llevarte a un restaurante en...

—Aquí tienes la cena.

Jessie casi saltó de la banqueta cogiendo la bolsa de papel y el bolso. —Gracias, Frank.

—De nada, pequeña. Dale un beso a la niña de mi parte.

—Sí, claro. —Forzó una sonrisa mirando a Everett que era evidente que esperaba una respuesta. —Pues... No va a poder ser. Lo siento.

Se quedó de piedra y más cuando le rodeó como si tuviera una enfermedad contagiosa antes de casi salir corriendo del local.

Asombrada abrió la puerta de la camioneta. ¡Dios, Everett Halleran le había pedido una cita! Intentó ignorar que su corazón iba a mil por hora. Las llaves se le cayeron de la mano cuando iba a meterla en el contacto y jurando por lo bajo se agachó para recogerlas. Cuando se levantó gritó del susto al ver a alguien en la ventanilla del coche. Everett levantó una de sus cejas castañas metiendo unos dólares por la ventanilla abierta. —Mónica dice que son tus propinas.

—Gracias —dijo roja como un tomate cogiéndolas de su mano. Al rozar sus dedos se mordió el labio inferior porque sintió mil cosas que no quería analizar en este momento.

—Jessica, no sé qué te pasa conmigo, pero...

—¿Contigo? —preguntó haciéndose la tonta—. No me pasa nada.

—¿Seguro? Parece que me rehúyes y que no quieres ni verme. Da igual en la mesa que me ponga que nunca me atiendes.

Rió sin ganas. —Son imaginaciones tuyas. Yo atiendo a todo el mundo.

Everett entrecerró los ojos. —¿He hecho algo que te haya molestado o...?

—¡No! ¡Qué va! Mira, tengo que irme. Mi hermana está en casa y la niñera... Vaya, que tengo que irme. —Arrancó la camioneta y de tan nerviosa que se puso, dio la marcha atrás frenando justo antes de pegarse contra el frontal de su enorme camioneta último modelo. Se puso como un tomate mientras él la miraba fijamente. Puso la primera. —Adiós. —Aceleró pisando a fondo y Everett gruñó cuando la arena del aparcamiento le puso perdido. Jessie gimió mirándole por el espejo retrovisor y allí estaba observándola. ¿Pero qué diablos estaba pasando? ¿Nunca le había dirigido más de dos palabras y de repente le pedía una cita? ¿Había sido culpa suya? Claro, le había mirado. Es que era idiota. Gimió de nuevo apretando el volante y mirando el espejo retrovisor de nuevo. Qué estupidez. No iba a estar aún allí. Ni que fuera a seguirla.

Bueno, ya había pasado. Le había pedido una cita y le había dicho que no. No era el fin del mundo. Pasaba todos los días. Everett se olvidaría de eso enseguida cuando se le cruzara otra. ¡Cómo se le ocurría pedirle una cita! Sería gilipollas. Rechinó los dientes. Que no supiera que le odiaba no tenía nada que ver. Tenía que habérselo imaginado porque era cierto que le rehuía. Pero es que no quería ni verle. Ah... Ahora lo entendía. Había sido una broma. Claro que sí. Había visto que le había mirado y se había querido reír un rato a su costa. No era la primera vez que los chicos le pedían citas solo para comprobar su reacción. Como nunca salía con nadie, se estaba haciendo en el pueblo fama de estrecha y Tony le había dicho que se hacían apuestas a ver quién lo conseguía. Apretó el volante de nuevo. Respiró hondo. Pues no había picado. Claro, por eso la había seguido al aparcamiento, porque estaba ofendido al no esperarse que le dijera que no. Tomó aire sonriendo. —Ha sido por eso. No le gustas nada. ¿Por qué se iba a fijar en ti cuando tiene a la

mitad de las solteras del condado babeando por él?

Capítulo 2

Estaba agachada rellenoando la estantería con latas de comida para perros cuando escuchó la campanilla de la puerta y se arqueó hacia atrás para ver quien entraba. Se puso como un tomate al ver a Everett caminando hacia el fondo de la tienda sin darse cuenta de que estaba arrodillada allí. Gimió cerrando los ojos escuchándole mover algo de metal y se levantó resignada para atenderle. Mierda. Era una pena que la señora Houseman hubiera tenido que ir al banco. Rodeó la estantería y fue hasta el mostrador en silencio. Miró hacia el fondo de la tienda y le vio coger un cubo de plástico y una pala. Se volvió deteniéndose en seco al verla y Jessie forzó una sonrisa. —Buenos días.

—Buenos días, Jessica.

Gruñó por dentro porque era el único del pueblo que la llamaba así. —Me llaman Jessie.

—Pero tu nombre es Jessica, ¿no es cierto? Pues así te llamo. —Se acercó colocándose ante el mostrador mientras ella se mordía la lengua. El cliente siempre tiene la razón. —Cóbrame esto.

Ella cogió una caja de clavos poniéndola ante él. —¿Quieres llevarte esto por cinco pavos? Están en oferta.

Él miró el envase levantando una ceja. —Ya tengo clavos.

—No como estos. Son de acero reforzado. No se doblan al clavarlos. —Puso a su lado una caja de remaches. —Y estos están a siete pavos. Los mejores.

Sonrió divertido cortándole el aliento. —Jessica, ¿vas a comisión?

Se sonrojó con fuerza y le fulminó con la mirada cogiendo las dos cajas para apartarlas antes de decir —Cuarenta y dos dólares por favor.

Everett perdió la sonrisa de golpe. —Oye, no quería ofenderte. Sé que necesitas el dinero con la niña.

—Tú no sabes nada de mí —dijo fríamente—. Cuarenta y dos dólares.

Pero él no sacó el dinero de la cartera. —Me llevo los clavos y los remaches.

—La oferta ha expirado. Cuarenta y dos dólares.

Apretó los labios. —De verdad que no quería ofenderte.

—¿Sabes qué? Te lo apunto en la cuenta Halleran. Que tengas un buen día.

Salió del mostrador y regresó a la caja que había en el suelo. Se arrodilló sin importarle si manchaba sus viejos vaqueros y cogió varias latas ignorándole a propósito. Empezó a colocar las latitas de manera minuciosa con el logo hacia adelante como a ella le gustaba. Escuchó los tacones de las botas acercándose y Jessie juró por lo bajo. ¿Por qué no se largaba de una maldita vez?

—¿Vas a trabajar esta noche?

Mierda. Ahora quería conversación. —Sí. —Cogió dos latas y las colocó en la estantería.

—Es mi cumpleaños y me gustaría que estuvieras de invitada.

Le miró de reajo y se sorprendió un poco porque parecía sincero. Su corazón se aceleró sin darse cuenta y preocupada giró la cabeza hacia las latas. —Tengo que trabajar. Pero gracias.

—Muy bien —dijo él tensándose—. Entonces te veré allí.

Le miró de reajo mientras se alejaba y se mordió el labio inferior porque parecía molesto. Tampoco quería llevarse mal con él con el poder que tenía en el pueblo. Se levantó de inmediato.

—Felicidades, Everett.

Se volvió con la pala y el cubo en la mano. —Gracias.

Forzó una sonrisa que casi parecía una mueca y le escuchó gruñir antes de salir de la tienda de muy mal humor. Jessie frunció el entrecejo mirándole a través del escaparate y viendo como tiraba las cosas detrás de su camioneta de mala manera antes de ir hacia la puerta del conductor. Cuando miró hacia la tienda Jessie se giró de golpe gimiendo porque la había pillado. —Mierda. —A toda prisa regresó a la estantería agachándose para poner las últimas dos latas.

Escuchó la campanilla de nuevo y se levantó cogiendo la caja vacía sonriendo al nuevo cliente. Se quedó de piedra cuando le vio entrar como si fuera a la guerra y se plantaba ante ella poniendo los brazos en jarras. —Mira... Creo que no hemos empezado con buen pie y estoy aquí para arreglarlo.

Parpadeó sin entender nada. —¿Cómo?

—Me gustas y quiero que salgamos juntos —dijo muy tenso haciendo que el corazón de Jessie pegara un bote en su pecho—. Así que si me dices lo que te molesta...

—A mí no me gustas —dijo a bocajarro poniéndose muy nerviosa.

Everett entrecerró los ojos. —¿Cómo has dicho?

Se sonrojó intensamente. —Que no me gustas.

—¡Eso es mentira!

Uy, uy. Dio un paso atrás queriendo salir de esa situación lo antes posible. —Mira, no quiero ser grosera...

—¡Vaya, gracias! ¡Pero podías empezar por ser sincera, joder! ¡Llevo meses esperando a que me atendieras en el bar y pasas totalmente de mí mientras me echas miraditas! ¿Qué pasa, que eres tímida o algo así? Nena, eso a mí no va a detenerme.

Se le cortó el aliento. ¡Dios, aquello no podía estar pasando! Era hora de dejar las cosas claras. Levantó la barbilla dejando caer la caja al suelo. —Mira, guapo... ¡Puede que tengas a todas loquitas por ahí, pero yo tengo mucho mejor gusto!

Everett dio un paso hacia ella. —¡Para saber lo que te gusta, deberías haber probado algo! —le gritó a la cara.

Se puso como un tomate. —¿Y qué sabrás tú?

—¡Jessica, lo sabe todo el pueblo! ¿Crees que si tuvieras una cita no se enteraría hasta mi abuelo que lleva enterrado veinte años?

—¡Pues ese es mi problema! ¡No quiero salir contigo! ¿Ahora puedes irte que estoy trabajando? —Se agachó para recoger la caja y le dio la espalda caminando por el pasillo para entrar en el almacén. Sería idiota. ¿Quién se creía que era? Ella salía con quien le daba la gana. ¡Y no saldría con él en la vida! Eso no pasaría, claro que no. Después de todo lo que los Halleran la habían hecho sufrir, ya podía pudrirse. —Estúpido engreído —siseó doblando la caja con saña para el reciclaje.

Alguien carraspeó tras ella y saltó del susto volviéndose para ver a Everett con los brazos cruzados. Le miró atónita. —¿Qué pasa? ¿Que no pillas las directas? ¡Y no puedes estar aquí!

—Nena, he intentado ir por los suave porque te veo algo verde... —Jadeó indignada. —¡Pero como no entres en razón, voy a sacar la artillería pesada!

—¿La artillería pesada? ¡Te voy a enseñar yo lo que es la artillería pesada! —Cogió la pala que tenía al lado y levantándola sobre su cabeza gritó como una loca. Everett la esquivó por muy poco y sorprendiéndola la cogió por la cintura pegándose a su espalda antes de sujetarle los brazos. Asombrada escuchó que se estaba riendo y miró sobre su hombro. —¡Suéltame!

Everett le dio un beso rápido en los labios y Jessie le miró con los ojos como platos sintiendo que el corazón le salía por la boca antes de reaccionar. —¡Me has besado! —gritó indignada revolviéndose entre sus brazos. Él la apretó a su cuerpo y Jessie se estremeció al sentir la dureza de su sexo en su trasero. Se quedó muy quieta de la impresión.

—¿Sabes, preciosa? —susurró en su oído—. Te haría el amor aquí mismo. —Jessie gimió sin darse cuenta cuando la pegó más a él y de la impresión dejó caer la pala, pero ni la escuchó tan pendiente que estaba del cuerpo de Everett pegado al suyo. —Me muero por ver cómo te corres, cielo. —Besó el lóbulo de su oreja y Jessie se estremeció entre sus brazos. —Quiero lamer cada centímetro de tu cuerpo, mordisquear esos pezones que se ponen duros cada vez que me ves y quiero tus piernas rodeándome mientras entro en ti. Me muero por sentirte. —Besó su cuello antes de lamerlo casi imperceptiblemente, pero Jessie tembló entre sus brazos. —¿Ves, preciosa? Te aseguro que lo pasarías bien.

Esa frase la tensó con fuerza y la furia la recorrió de arriba abajo viendo en su mente los ojos llorosos de su madre. Gritó pegándole un pisotón antes de volverse y meterle un puñetazo en el ojo que le hizo trastrabillar hacia atrás. Fuera de sí le metió una patada en las pelotas que le tiró sobre el montón de cajas gimiendo mientras se agarraba sus partes.

—¡Me lo paso muy bien sin ti, gracias! —Se volvió cogiendo la pala. —¡Te juro que como no te largues llamo al sheriff! ¡Me importa una mierda quien seas!

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó la señora Houseman desde la puerta con cara de pasmo.

Mierda. Miró a Everett que gemía tirado sobre las cajas de cartón e hizo una mueca antes de decirle a su jefa. —Nada, que había una rata y la he espantado. El señor Halleran me estaba ayudando y se ha caído.

La mujer se acercó a Everett. —Oh, querido. ¿Estás bien? Te veo algo pálido. Te has hecho daño en un sitio muy incómodo y delicado. ¿Quieres unos guisantes del congelador? Ay, mi niño... qué pena. Espero que eso no te afecte para tener hijos. Un vecino mío de cuando vivía en Greenville de soltera, perdió los testículos por un golpecito de esos. Se lo dio su mujer por tocar lo que no debía. Es que hay que tener cuidado con lo que se toca, ¿sabes? ¿Necesitas los guisantes? —Sonrió satisfecha cuando Everett la miró como si quisiera cargársela. —Eso es que no. Un chicarrón como tú no necesita ayuda. —Se volvió hacia Jessie que sonreía de oreja a oreja. —Bien hecho. Las ratas hay que espantarlas. Puedes ir a tomarte un descanso. Yo me encargo de todo.

—Gracias, señora Houseman.

—De nada, niña.

Comiendo el sándwich que se había llevado de casa, estaba sentada en el banco del parque frente a la tienda y sonrió satisfecha cuando Everett salió de la tienda varios minutos después con las piernas algo abiertas como si tuviera hemorroides. Abrió la puerta de su camioneta y la vio allí sentada. Con descaro bebió de su refresco de cola y él la miró como si prometiera venganza antes de subirse a su coche y salir de allí quemando yanta. Se encogió de hombros. ¿Qué podía hacerle? Tony no la echaría por lo que él le dijera, aunque puede que les dijera a sus hombres que no volvieran a su bar. No, no haría eso. El bar de Tony era el mejor de los contornos. Y la señora Houseman no era tonta. Sabía de sobra que se había defendido y acababa de demostrar que estaba de su parte. Ahora lo que tenía que descubrir era como evitarle lo máximo posible, no fuera a ser que la tomara por sorpresa como hacía unos minutos y perdiera el norte. Porque estaba claro que se sentía atraída por él, no servía de nada mentirse a sí misma. De hecho, lo que le había hecho sentir solo con esas caricias había subido su tensión arterial de manera alarmante. Preocupada

comió el último pedazo de sándwich. No podía liarse con Everett. Eso no podía pasar jamás.

Sonrió a Angela que corría hacia ella moviendo su mochilita rosa de un lado a otro. —¡Mira, Jessie!

Se agachó ante ella y la abrazó besándola en la mejilla. —¿Qué tengo que ver?

Su hermana le enseñó la manita y abrió los ojos aparentando estar impresionada por la calcomanía en forma de mariposa que tenía en el dorso. —Vaya, qué bonita. Será de mentira, ¿no?

Su hermana se echó a reír. —La señorita Mitton dice que se quita con agua y jabón. Es un premio —dijo orgullosa.

—¿Un premio? —La cogió en brazos escuchándola atentamente. —¿Y qué has hecho tan bien como para ganártela?

—He resuelto una adivinanza.

—¿Y era difícil?

—No, era la del plátano que me enseñaste.

Jessie se echó a reír. —Serás tramposilla.

Su hermana la abrazó por el cuello. —La profe me ha dado una lista.

Gimió por dentro porque cada vez que le daba la lista eran cuarenta pavos en material escolar. —¿Y qué vais a hacer ahora?

—Dice que ya podemos tener estuche —dijo ilusionada—. Pero lo que pide casi ya lo tengo. —El alivio la recorrió. —Excepto el estuche, claro. ¿Puedo comprarlo en rosa?

—Claro que sí, cielo. —Abrió la puerta de la camioneta para sentarla detrás en su asiento infantil. —Puedes elegir el color que quieras.

—¿Podemos ir ahora?

Abrochó su cinturón de seguridad. —Tengo dos horas antes de ir al trabajo. Así que podemos ir a la librería a ver que tienen.

—¡Sí!

Cerró la puerta y saludó con la mano a la madre de otra de las niñas antes de rodear el vehículo y subirse. —¿Sabes, Jessie? Ya he invitado a todos mis amigos a mi cumpleaños.

Sorprendida la miró sobre su hombro. —Cielo, no hemos hecho las invitaciones para que se las den a sus padres.

Se encogió de hombros. —Así nos las ahorramos.

Rió por lo bajo arrancando el coche. —¿Y cuántos invitados va a haber si puede saberse?

—Setenta y seis.

Se quedó de piedra. —¿Setenta y seis?

—Siempre me dices que debo hablar con todo el mundo. Los he invitado a todos. Los de mi curso, claro.

Mierda, a ver si aprendía a cerrar la boca. La miró por el espejo retrovisor. —No más, ¿de acuerdo? No entrarán en casa.

Jessie entrecerró los ojos cuando su hermana no contestó y frenó ante la librería. Temiéndose lo peor giró la cabeza para mirarla. —Porque les has dicho que era en casa, ¿verdad?

Su hermana puso morritos mirando sus manitas. —Bueno...

—Angela... —El tono de advertencia hizo que la mirara arrepentida con esos ojitos verdes tan iguales a los suyos. —¡No les habrás dicho que será en la hamburguesería!

—Es que... Billy me dijo que eso era un rollo y que los mejores cumpleaños eran en la hamburguesería. —Su hermana parecía a punto de llorar. —Me enfadé y...

—¡Y mentiste! ¡Pues ahora tendrás que pagar las consecuencias!

—Por favor...

Le rogó con la mirada y Jessie salió del coche muy enfadada. Abrió su puerta. —Baja del coche, Angela.

—¡Por favor!

—Sabes que eso no puede ser. Baja del coche si quieres el estuche o si no nos vamos a casa.

Su hermana se echó a llorar. —Por favor, seré buena. Pero quiero mi cumple en la hamburguesería.

Apretó los labios porque la conocía bien y sabía que estaba a punto de darle una rabieta. Y cuando eso pasaba ya no razonaba con nada. —¡Sabes que estamos justas de dinero y un cumpleaños allí es carísimo para setenta niños! ¿Sales del coche o no?

—¡Son setenta y seis! ¡Y todos celebran el cumple en la hamburguesería! —gritó mostrando que cuando quería tenía carácter.

—Muy bien. Nos vamos a casa. —Cerró la puerta y estaba rodeando el coche cuando vio que la puerta de su hermana se abría y salía de la camioneta. Asombrada gritó —¡Angela ni se te ocurra!

Moviendo sus ricitos rubios de un lado a otro corrió hasta la puerta de cristal y la empujó. Jessie gruñó siguiéndola. Estupendo. Aquello era estupendo. Al llegar a la acera de nuevo vio que alguien la observaba y al darse cuenta de que la camioneta de Everett estaba justo detrás le miró a través de la luna delantera. Avergonzada siguió a su hermana a toda prisa. Cuando entró en la tienda Angela estaba de puntillas ante el mostrador dándole a la dependienta un estuche en color rosa holográfico como era la última moda entre las niñas. —Tienes muy buen gusto.

—Gracias —dijo Angela con una sonrisa—. ¿Es muy caro?

—Son diez dólares. Está de descuento.

Angela se volvió y le suplicó con la mirada. —¿Puedo comprar ese?

Dios, maldito dinero. —Sí, cielo. Puedes llevarte ese.

Se acercó a ella y la abrazó por la pierna. —Gracias.

—¿Sabes qué? Voy a regalarte unas gomitas de borrar que son el último grito —dijo la muchacha agachándose.

Cuando se incorporó abrió el estuche y le metió dentro dos gomitas con forma de unicornio y Angela abrió los ojos como platos. —Gracias.

—De nada, cielo.

Jessie sacó diez dólares de la cartera. —Gracias, Lillie.

—Es un placer. Con esa carita es para comérsela.

Su hermana cogió el estuche como si fuera el más maravilloso del mundo. —¿A que es bonito?

—Precioso. Yo nunca tuve uno tan bonito. El mío era negro.

—¿De veras? —La miró de reojo mientras salían de la tienda. —¿Mamá no podía comprártelo?

—Me compró el negro porque no había de esos colores tan bonitos. —Y el negro era la mitad de barato, que eso también había influido. Eso sí, tenía el estuche más limpio de todos porque a final de curso estaban todos pintarrajeados. El suyo duró unos años.

Su hermana sonrió. —Ya verás cuando se lo enseñe a Betty.

Abrió la puerta del coche porque aún estaba enfadada y vio que Everett se bajaba del coche. ¡No, ahora no!

—Jessica...

Cerró la puerta de Angela y la niña les miró a través de la ventanilla con curiosidad. Él le

sonrió y su hermana correspondió a su sonrisa. —Hola, Angela.

—¡Hola, Everett! —gritó para que la oyera—. ¿Has visto que estuche más bonito me ha comprado mi hermana?

—Vaya, cuanto brillo.

Su hermana se echó a reír.

—¿Querías algo, Everett?

—Pues quería hablar de lo que ha ocurrido esta mañana.

—No creo que sea el momento y como ves tengo prisa. —Pasó ante él mosqueándose de veras y furiosa se volvió para mirarle y sisear —Ni se te ocurra volver a montarme un numerito y menos aún delante de mi hermana. ¿Me has entendido?

—¿Numerito? Te recuerdo que el numerito lo has provocado tú al ponerte como una loca —dijo muy tenso.

Le señaló con el dedo. —Aléjate de mí. No te lo digo más.

Rodeó el coche con grandes zancadas y abrió la puerta fulminándole con la mirada. Everett apretó los labios mientras se subía al coche. Jessie miró hacia atrás. —El cinturón, Angela.

Su hermana que miraba por la ventanilla, cogió el cinturón a toda prisa porque sabía que no estaba el horno para bollos y Jessie arrancó el coche girando el volante para dar la vuelta. Aquello era el colmo. ¿Qué coño se le pasaba por la cabeza? Parecía que desde ayer se le había metido entre ceja y ceja. Mierda. Y tenía que pasarle eso precisamente con Everett Halleran. No podía tener peor suerte.

—¿Es tu novio?

Sorprendida miró por el espejo retrovisor. —¿Quién?

—Everett —dijo abriendo el estuche y sacando una de las gomas—. Es muy guapo. Y me cae muy bien. Siempre me da un caramelo si me ve en la Iglesia.

Dejó caer la boca del asombro. —¿Desde cuándo hablas tú con Everett Halleran si puede saberse?

—Desde hace unos meses. Como voy a la iglesia con la señora Ruiz...

No salía de su asombro. —¿Y de qué habláis?

—De ti.

—¿De mí? —Frenó en seco en la cuneta y se volvió para mirarla. —¿Cómo que de mí?

—Me preguntó por qué no ibas a la iglesia. —A Jessie se le cortó el aliento. —Si era porque estabas enferma. —Distraída cogió la otra goma entre sus manitas. —Y ahora siempre me pregunta por ti.

—¿Qué le contestas cuando te pregunta?

—Pues le digo lo de siempre. Que aprovechas para limpiar la casa o que estás durmiendo. Un domingo le dije que estabas malita. Cuando te bajó la regla.

Jadeó del asombro. —¡Angela, no puedes contar esas cosas de mí!

La miró sorprendida. —¿Por qué? No he mentido.

Se puso como un tomate. —¡Porque esas cosas son privadas! —Se volvió muerta de la vergüenza. —¡No se cuenta por ahí cuando tengo la regla! ¡Hablo en serio!

—Vaaale.

Madre mía, qué día estaba teniendo. Y todavía no había terminado.

Capítulo 3

Rellenando servilleteros pensó en el dinero, que era su principal preocupación, y en la manera de conseguir los novecientos dólares que le costaría el cumpleaños de su hermana. Porque después de la llantina al llegar a casa, le echó en cara que le había prometido una fiesta con sus amigos y para su asombro le había replicado que no tenía derecho a decirle cómo debía ser la fiesta, porque era su cumpleaños no el suyo. Además, le había pedido eso de regalo. Pero menudo regalo. Y ella sin comprarse ni siquiera unos vaqueros desde hacía dos años. Con ese dinero tendrían hasta para cambiar la nevera, que también estaba en las últimas. Preocupada pensó en el dinero que le quedaba al mes, que no era mucho porque se iba prácticamente en imprevistos. Su trabajo a media jornada por la mañana le daba para cubrir el sueldo de la niñera y tenían que subsistir con lo que le pagaba Tony que no estaba mal gracias a las propinas. Pero con los gastos de la casa, el coche y la comida, apenas les quedaban trescientos dólares al mes. Y eso que lo reciclaba casi todo y no se tiraba nada hasta que no podía usarse más. Y esos trescientos dólares podrían ser suficientes para ahorrar si no se le hubiera estropeado el coche que se había llevado casi todos sus ahorros. Además, el invierno anterior habían tenido goteras y como la casa era tan vieja, le daba sorpresas cada poco como el desagüe de la cocina. Tenía cuatrocientos dólares en el banco para emergencias médicas pues no tenía seguro. Nunca tocaba ese dinero y gastarlo para el cumpleaños, dejándolas desamparadas en caso de que hubiera un problema, no le parecía bien. Quizás podría trabajar en otra cosa unas horas al día hasta que Angela saliera del colegio. ¿Pero quién iba a querer contratarla tres horas al día? Además, la mayoría de los días aprovechaba para dormir un poco o para limpiar la casa. Dios, iba a tener que decirle que el cumpleaños se hacía en casa. Además, le daría una lección para no hacer algo así de nuevo. Debía enseñarle que eso no estaba bien. Si no supiera que no tenían dinero sería comprensible que hubiera invitado a sus amigos. Pero su hermana no era tonta. Sabía de sobra que no nadaban en dinero como para hacer algo así. Suspiró porque tenía cinco años y todavía recordaba las perretas que ella se cogía de adolescente porque su madre no podía comprarle ciertos vaqueros que estaban de moda y que eran carísimos.

—¿Problemas?

Sonrió a su jefe que se puso a colocar unas botellas de cerveza en la nevera. —No, no pasa nada.

—Venga, pones esa cara cada vez que tienes un problema. No tienes que solucionarlo tú todo siempre, ¿sabes? Tienes amigos.

—Esto es cosa mía.

—Entonces es por Angela —dijo divertido—. ¿Qué le pasa a la princesita ahora?

—Pues tu princesita ha invitado a setenta y seis amigos para celebrar su cumpleaños.

Tony silbó antes de reírse por lo bajo. —Cuanto trabajo. Pero igual te ayudan las madres.

—Oh, no. Que eso no queda ahí. No quiere que sea en casa. Quiere ir a la hamburguesería. — Tony reprimió la risa. —¡No tiene gracia!

—Es normal. ¿A cuántos cumpleaños ha ido ella allí?

—Encima dale la razón.

—Lo que pasa es que es muy lista.

Le miró sin comprender. —Sabe que invitando a tantos tendrá setenta y seis regalos. —Intentó no reírse mientras dejaba caer la mandíbula del asombro. —Y no quiere quedar mal.

—¡Muy bonito!

Su jefe se echó a reír y ella gimió dejando caer la frente sobre la barra. —Ahora empieza lo difícil, cielo. ¿Creías que era pasarse las noches sin dormir? No, ahora llega lo complicado. Hay que educarla.

—Esto es muy difícil —gimió.

Tony sonrió con cariño. —Eres la persona más valiente que conozco.

Levantó la cabeza para mirar sus ojos castaños. —¿Qué dices? ¡Si todo me da miedo!

—No, porque aunque estés asustada siempre haces lo correcto. Como quedarte al cuidado de tu hermana recién nacida cuando acababas de perder a tu madre. Fue un shock para ti cuando Meredith siempre había estado a tu lado. De repente ya no estaba y tenías un bultito en los brazos que exigía toda tu atención. Pero no flaqueaste y mírala ahora. Es más lista que el hambre.

—Hambre vamos a pasar como haga ese cumpleaños.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Aunque sea duro, hay que ponerse firme. —Le guiñó un ojo. —Aunque seguro que ya lo habías pensado.

—Pues...

Tony se echó a reír. —Lo sabía.

—Ahora tengo que decírselo.

—Va a haber fuegos artificiales en casa de las Foeller.

—Seguramente.

En ese momento entró el primer cliente y poco a poco el local se fue llenando para el cumpleaños de Everett. Algunos vecinos ayudaron a poner la decoración ya que la barra libre merecía la pena. Cuando llegaron las ocho el local estaba a rebosar. La banda de música, que tocaba normalmente los domingos, había sido contratada para ese día especial, así que todos estaban de lo más animados. También gracias al alcohol que corría a raudales pues Everett había dado carta blanca hasta las doce.

Cuando llegó el homenajeado varios se pusieron a felicitarle a gritos, así que se enteró todo el local. Sirviendo unas jarras de cerveza levantó la vista para verle entrar mientras varios le palmeaban la espalda. Se le puso un nudo en el estómago al ver lo guapo que estaba. Se había afeitado y llevaba una camisa negra remangada hasta los codos y un pantalón negro. Esa camisa resaltaba el color de sus ojos. Frunció el ceño al darse cuenta de lo que estaba pensando y se enfadó consigo misma porque sintió lo mismo que cuando estaban en el almacén de la tienda. Esa excitación que experimentó cuando sus labios rozaron el lóbulo de su oreja. Gruñó por dentro terminando de servir la mesa y miró a su alrededor buscando a Mónica. Se quedó helada al no verla en ningún sitio. No podía ser que se hubiera ido a fumarse un cigarro con el bar a tope.

Vio que Everett se sentaba en la mesa que se le había reservado y juró por lo bajo al ver que sus hermanas le acompañaban. Hacía al menos un año que no las veía y tenía la mala suerte de que tenían que ir precisamente esa noche. También estaban varios amigos de toda la vida de Everett, incluido su capataz. Tony le hizo un gesto para que se acercara y gruñó poniéndose la bandeja bajo el brazo para sacar el block del pequeño mandil negro que llevaba. —Buenas noches.

—Vaya, vaya. Pero si está aquí Jessie —dijo Amber con recochineo mirándola maliciosa con los mismos ojos azules que su hermano—. ¿Trabajas aquí?

—Claro que sí, hermana —dijo su gemela—. ¿No recuerdas que tuvo que encargarse de su

hermanita y no pudo ir a la universidad con las buenas notas que tenía?

—Amber, Ashley —dijo su hermano tensándose—. Ya está bien.

—Solo nos estamos saludando, Everett. —Ashley se apartó un mechón moreno del hombro mostrando un anillo de diamantes enorme. —¿Cómo estás, Jessie? ¿Cómo está esa hermanita tuya?

Tomó aire antes de sonreír. —Muy bien, gracias. ¿Qué vais a tomar?

Amber se inclinó a un lado. —Madre mía... ¿Esa es Mónica? —Se echó a reír a carcajadas. —Al parecer has acabado igual que la porrera del pueblo con todo lo que estudiaste en el instituto.

Jessie se tensó con fuerza. —Mónica no es una porrera.

Ignorándola miró a Ashley que replicó —No, hermana. Ella ha terminado peor porque tiene que cuidar de su hermana. —Puso una mano sobre la boca. —La bastarda.

Lo vio todo rojo cuando insultó a su hermana y se tiró sobre ella que gritó cuando la agarró de la melena. —¡Hija de puta! —gritó Jessie tirando de su cabello con saña.

Everett entrecerró los ojos y le hizo un gesto a sus amigos para que no se movieran. Pero Amber se lanzó sobre su espalda y la tiró sobre su gemela antes de que la agarrara de la coleta que llevaba. Furiosa levantó la vista y Everett se cruzó de brazos muy tenso. —¿Vas a acabar de una vez? Nena, tengo sed.

Asombrada porque se pusiera de su lado, llevó la mano hacia atrás haciendo gritar a Amber cuando la arañó en el cuello, provocando que se apartara para pegarle un puñetazo a Ashley que le hizo poner los ojos bizcos antes de perder el sentido. Su hermano bufó mirando a la hermana que aún estaba en pie. —Hermana, el orgullo de los Halleran está en juego.

Amber entrecerró los ojos. —Vamos, Jessie... Llevo esperando este momento seis años.

Puso los brazos en jarras. —¿Todavía lo recuerdas? Qué vida más triste debes tener ahora, porque yo me había olvidado de ti del todo.

Amber gritó tirándose sobre ella y Jessie la cogió del brazo, girándoselo para darle la vuelta, y la empujó haciéndola caer sobre la mesa de enfrente que se apartaron por un pelo de que les arrollara, tirando la mesa y todo su contenido. Suspiró limpiándose las manos antes de volverse y coger de nuevo el block como si nada. —¿Qué pongo?

Everett estiró el cuello para ver a su hermana espatarrada en el suelo gimiendo de dolor. —Una cerveza —dijo poniendo los ojos en blanco.

Sus amigos rieron por lo bajo pidiendo lo mismo. —Muy bien. Marchando.

Sintiéndose genial fue hasta la barra donde Tony tenía los brazos cruzados. —No ha sido culpa mía.

—Tenías que haberles arrancado los pelos a esas zorras —siseó haciéndola reír.

Mónica se acercó corriendo. —¿Estás bien?

—Claro que sí. No han aprendido nada en todos estos años. —Le guiñó un ojo. —Al contrario que yo.

—Lo siento. Si les hubiera servido yo...

—Bah, no te preocupes.

—Tienes un arañazo en el cuello.

Se llevó la mano al cuello jurando por lo bajo y al mirarse la mano vio que estaba sangrando. —Mierda.

—Vete a desinfectarlo. Ya lo sirvo yo.

Fue hasta la puerta que había al lado de la barra y caminó hasta el baño de empleados. Al mirarse al espejo hizo una mueca. Era un arañazo bastante largo. Menudas uñas tenía la muy zorra.

Tenía que haberle pegado más fuerte. Abrió el enorme botiquín que había al lado del espejo y sacó el alcohol iodado. Lo echó en una gasa y la pasó con suavidad por la herida cuando se le cortó el aliento al ver a Everett tras ella. —¿Estás bien?

—Deberías ocuparte de tus hermanas. Yo me arreglo sola.

La cogió por el brazo. —Déjame ver.

—No me toques. —Se soltó furiosa y él apretó los labios.

La agarró de nuevo pegándola a él y la besó sujetándola por la cintura, haciendo que abriera los ojos como platos. Jessie intentó protestar y separó sus labios, hecho que él aprovechó para entrar en su boca y saborearla. Ni en mil vidas se hubiera imaginado que sentiría aquello y sin poder evitarlo rodeó su cuello con sus brazos pegándose a su cuerpo. Él gruñó en su boca levantándola y sentándola sobre el lavabo. Sin darse cuenta abrió las piernas haciéndole espacio y sintió como acariciaba sus nalgas mientras se devoraban el uno al otro. Everett apartó su boca y se miraron a los ojos con la respiración agitada mientras acariciaba sus muslos hasta llegar al borde de la minifalda, subiendo sus manos de nuevo por debajo de su falda. —No —susurró al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Él suspiró apoyando su frente en la suya. —Nena...

—Tengo que volver al trabajo —dijo angustiada sin darse cuenta.

Everett la cogió por la cintura para bajarla del lavabo y avergonzada intentó alejarse, pero él se lo impidió sujetándola. —No me voy a dar por vencido, preciosa. —Ella levantó la vista hacia él y Everett sonrió acariciando su mejilla. —Te esperaré a que salgas del trabajo.

—No lo hagas —dijo asustada de sí misma.

—¿Por qué?

Vio en su rostro que no entendía nada y Jessie se apartó con rabia saliendo del baño a toda prisa. Miles de recuerdos, miles de conversaciones con su madre, miles de malos tragos con las gemelas pasaron por su memoria. Puede que él no tuviera culpa de nada, pero era un Halleran y odiaba demasiado ese apellido como para pasarlo por alto por mucho que le hiciera sentir maravillas cuando la besaba.

No se acercó a ella en el resto de la noche y sus hermanas tampoco, aunque la miraban desde la mesa con ganas de despellejarla. Vio como sacaba a bailar a varias y apartó de su mente lo que había ocurrido en el baño, sintiendo una rabia enorme cuando le vio sonreír a Katie Parker que todo el mundo sabía que estaba loca por él. Dejando unas jarras de cerveza sobre la mesa de al lado, escuchó reír a Katie que había sido invitada a sentarse con ellos. Qué más le daba a ella. Le acababa de rechazar. Estaba en todo su derecho de estar con quien le diera la gana. Vio de reojo como sentada a su lado le decía algo que le hacía reír y sintió algo en la boca del estómago que no le gustó, pero nada de nada.

Dejó la bandeja sobre la barra y Tony frunció el ceño. —¿Quién te ha molestado?

Le miró sorprendida. —Nadie.

—Pues menuda cara de cabreo que tienes. Sonríe un poco, ¿quieres?

—Total para las propinas que me van a dejar... —dijo por lo bajo pues esa noche solo pagaría una persona y dudaba que le dejara propina después de dejarle sin polvo. Aunque igual se le olvidaba si tenía suerte con Katie. Se volvió con la bandeja llena en la mano y gruñó al ver como se apartaba un mechón pelirrojo del hombro antes de acercarse a su oído para susurrarle algo de manera seductora. Estupendo.

Decidió no mirarles más. Mónica se encargó del chico del cumpleaños y fue la que llevó la tarta mientras todos cantaban. Era la segunda tarta que se comía porque siempre lo celebraba con

su familia en casa, que le hacían regalos antes de la fiesta en el bar. Hacía años Everett había prohibido que se le regalara nada en la fiesta con sus amigos.

Viendo su rostro iluminado por las velas apretó los labios. Ella hacía seis años que no celebraba su cumpleaños porque era una fecha que no quería recordar mientras que él lo celebraba dos veces. El día de su cumpleaños seis años antes había muerto su madre mientras su hermana se debatía entre la vida y la muerte en una incubadora, y todo había sido culpa de un Halleran.

Sintiendo los pies hechos polvo, se acercó a la barra con la última bandeja y sonrió a Tony. —He terminado. ¿Te ayudo a llenar las cámaras?

—No. Ya lo haré por la mañana. —Puso un fajo de billetes sobre la barra. —Tu sueldo de hoy y la propina. —Sonrió divertido. —Este año ha sido generoso.

Jadeó cogiendo el dinero y contándolo a toda prisa. —¿Ochocientos pavos? —Chilló de la alegría dando saltitos y olvidándose del dolor de pies. Le miró con los ojos como platos. —Es el doble del año pasado.

—¿La niña tendrá su fiesta?

Sus preciosos ojos verdes brillaron. —Claro que sí.

Tony se echó a reír. —Lo sabía.

—¡Y la piñata más enorme de todo Texas! —Se quitó el mandil dejándolo sobre la barra. Tony le dio su bolso. —Ya verás cuando se lo diga. Se va a poner como loca.

—Al parecer se te ha olvidado darle una lección.

Hizo un gesto con la mano. —Bah, es muy buena.

Tony rió divertido. —¿Qué le compro? Dame una pista.

Le miró maliciosa. —Hay unas botitas rosas en la tienda de la señora Madison que son una hermosura. Le diré que te las prepare.

—Gracias.

—¿Y yo? —Miró a Mónica. —He visto unos pantaloncitos rosas que son preciosos. De pana.

Se echó a reír. —¿Hay niña a la que le guste más el rosa? Me voy a casa. Os quiero.

Sonrieron mientras se alejaba. Mónica miró a Tony. —¿Qué más vas a regalar a tu princesita?

—He visto una bici...

—No me lo digas. Rosa.

Tony rió por lo bajo. —¿Y tú?

—En realidad no son unos pantalones, es un conjuntito con cazadora.

—¿La consentimos demasiado?

Le miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Con la madre que tiene? ¡Solo podemos aprovecharnos en su cumpleaños y Navidad!

—Tienes razón. Un día es un día.

Capítulo 4

En mitad del aparcamiento estaba pensando lo contenta que se iba a poner su hermana cuando levantó la vista hacia su camioneta. Se detuvo en seco al ver a Everett apoyado en ella con los brazos cruzados. Se mordió el labio inferior mirando a su alrededor, pero el aparcamiento estaba vacío excepto por el coche de Mónica, el de Tony y la ranchera de Everett. Él no se movió del sitio, así que resignada se acercó a regañadientes. —Te dije que te esperaría —dijo al llegar ante él.

—Y yo te dije que no lo hicieras. Te agradecería que respetaras mis deseos.

—Es que quiero entenderlo, nena. Me gustas. Y sé que te gusto a ti.

—No quiero nada contigo. —Le cortó cogiendo la manilla de la puerta, pero él no se movió para que pudiera abrirla. —¿Me permites?

—Jessica, si es por la niña...

Se tensó mirando sus ojos. —Exacto, es por mi hermana. Estoy demasiado ocupada como para perder el tiempo.

—¿Y por qué sería una pérdida de tiempo si puede saberse? Te aseguro que ni se me ocurriría tontear contigo si no fuera en serio, nena.

Su corazón saltó en su pecho porque en su mirada vio que decía la verdad, pero no podía ser, así que no había que darle más vueltas. —Olvídate.

Se acercó a ella, pero Jessie dio un paso atrás. —Hablo en serio.

Everett apretó los labios y asintió antes de decir —No voy a insistir más. Es la última vez que sacaré el tema.

Apartó la mirada sintiendo que se le retorcía el corazón, pero no fue capaz de decir palabra. Everett apretando las mandíbulas dio un paso a un lado y ella abrió la puerta. Se estaba subiendo al coche cuando él susurró sin volverse —Gracias por tus regalos de estos años, nena. Lo espero en cada cumpleaños.

Se le cortó el aliento viendo cómo se alejaba. ¡No podía ser! ¿Cómo lo había averiguado? Se quedó allí sentada mirando el volante intentando encontrar el momento en el que había metido la pata. Había salido poco después de que había soplado las velas como todos los años desde que trabajaba allí y le puso la nota sobre el salpicadero, pero estaba segura de que no le había visto nadie. Todos los años se aseguraba de ello porque no quería que se enterara. Menuda estupidez. Ahora se sentía ridícula. Cuando había empezado a trabajar allí y vio que nadie se saltaba su regla de no regalarle nada, ella lo hizo por pura rebeldía. El rey de los contornos no necesitaba que ella le regalara nada. Y en realidad no eran regalos porque a ella no le sobraba el dinero como para ir tirándolo en algo que seguramente él ya tuviera. No, eran frases que a veces tardaba semanas en escribir para dar con la adecuada. La primera fue simple porque la escribió rápidamente en cuanto se le ocurrió la idea.

“¿Qué le puedo comprar a un hombre que lo tiene todo? ¿Y qué más da? Si eso no es importante. Yo prefiero que me regalen aquello que no se compra. Así que me gustaría regalarte salud y mucho amor de los tuyos. Me gustaría regalarte amigos, pero de los de verdad, y me gustaría regalarte felicidad. Y la intención es lo que cuenta, ¿no? Feliz cumpleaños, Everett.”

Gimió cerrando los ojos golpeándose la frente con el volante. Era una estúpida. Y creería que estaba mal de la cabeza. Ni sabía por qué lo hacía cuando odiaba a los Halleran. Pero el primer año le dio tanta rabia que él invitara a todo el mundo y no tuviera aunque solo fuera un regalo, que no pudo evitarlo.

Volvió a gemir recordando lo que le había escrito esa noche.

“Este año te regalaría un caballo negro. He escuchado por ahí que siempre has querido uno, pero aunque te puedes comprar el que quieras no has encontrado el que te ha robado el corazón. Pues desearía que lo encontraras porque tengo la sensación de que para ti es muy importante. Como encontrar un sueño, ¿no? Felicidades, Everett.”

Ni se dio cuenta de que una lágrima corría por su mejilla y se enderezó sintiéndose muy confusa. La voz de Everett diciéndole que no lo intentaría de nuevo la hizo sollozar, sintiendo un vacío en la boca del estómago que no había experimentado nunca. Y entendió que esa noche ella había perdido un sueño que ni sabía que tenía.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó arrojando a su hermana que estaba agotada de todas las emociones del día.

—Es el mejor día de mi vida —respondió con una sonrisa en los labios—. ¿Y tú te lo has pasado bien? Mañana es tu cumpleaños.

Sonrió con pesar. —Sabes que nunca lo celebro. No es un día para celebrar nada. —La niña perdió la sonrisa. —Eh... No quiero que te pongas triste.

—¿Fue culpa mía?

—Claro que no. ¿Por qué piensas algo así?

—Como me tuvo a mí... Si no me hubiera tenido seguiría aquí.

—Mamá jamás hubiera querido que a ti te pasara algo. Es el destino, cielo. Le llegó su hora. Y nadie puede hacer nada contra el destino. Así que no creas que porque tú no hubieras nacido mamá seguiría aquí, ¿entendido? El señor la quiso a su lado y acudió a su llamada. —Sonrió acariciando su mejilla. —Pero antes me dejó el mejor regalo de cumpleaños de mi vida para que nunca más estuviera sola. Tú, mi amor. Por eso no necesito más regalos de cumpleaños porque te tengo a ti.

Angela la abrazó por el cuello. —Te quiero.

—Y yo a ti —dijo acariciando su espalda—. Más que a nada. —La besó en la sien —Ahora a dormir que mañana tienes cole.

—Jo, ¿tengo que ir?

Sonrió divertida. —Claro que sí, jovencita. —La arropó de nuevo y apagó su nueva lamparita de Cenicienta. —Y mañana colocarás tus regalos.

—Vaaale.

Sonrió levantándose. —Que tengas dulces sueños.

Salió de la habitación dejando la puerta entreabierta y entró en la suya. Sonrió con tristeza viendo una foto de su madre con ella en Halloween el año antes de morir. Se vistieron de calabazas y estaban muy graciosas intentando abrazarse, pero no abarcaban por la cantidad de espuma que había puesto en los disfraces. Rió por lo bajo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y con ella en la mano se sentó en la cama. Acarició el rostro de su madre. Cómo la echaba de menos.

Llamaron a la puerta y sorprendida se levantó dejando la foto sobre la cama. Se pasó las manos por las mejillas y se acercó a la puerta mirando por la ventana lateral para no ver a nadie. Frunció el ceño mirando a un lado y a otro del jardín delantero y abrió la puerta sacando la

cabeza. Iba a cerrar la puerta cuando vio algo sobre el felpudo. Una caja envuelta en papel de celofán azul con un enorme lazo rosa. Se agachó para cogerlo. Seguro que la madre del niño que no había podido ir a la fiesta porque estaba malito se lo había llevado. ¿Pero por qué no había esperado a que respondiera? Confusa sacó la cabeza de nuevo antes de entrar en la casa y cerrar con llave. No es que el barrio fuera inseguro, todo lo contrario, pero le parecía todo muy raro.

Fue hasta la cocina para tomarse un té y dejó el regalo para su hermana sobre la mesa cuando al arrastrarlo sobre la superficie vio que se desprendía del lazo inferior lo que parecía una tarjeta. Se quedó sin aliento al ver su nombre, pero no el que usaba todo el mundo. Ponía Jessica y supo de inmediato de quien era el regalo.

Se sentó en la silla ante él mirándolo fijamente y alargó la mano apartando la tarjeta de golpe. Debía devolvérselo, pero la curiosidad era demasiado tentadora. Se mordió el labio inferior. Bueno, podía ver qué era y después devolvérselo. Pero antes cogió la tarjeta. Su corazón se aceleró al abrir el sobre y frunció el ceño al ver que estaba en blanco. ¿Qué era aquello? ¿Una broma? Bufó antes de tirar del lazo e impaciente se levantó quitando el papel muy despacio para no estropearlo. Se le cortó el aliento al ver una hermosa caja de nácar y con cuidado levantó la tapa para encontrarse dentro una carta. Asustada dudó en si cogerla, pero ya había abierto la caja y no le iba a devolver las hojas. Las cogió temiendo lo que iba a encontrar y desdobló las páginas sentándose de nuevo.

“En un par de horas será tu cumpleaños y te desearía millones de cosas, pero no sé si es lo que desearías tú, porque no me has permitido conocerte lo suficiente como para conocer tus sueños o lo que más deseas. Al escribir esta carta me he dado cuenta de que no te conozco tan bien como tú me conoces a mí, porque con cada regalo tuyo me has demostrado que sabes exactamente lo que quiero. Y siento que estoy en desventaja, pero aun así voy a intentarlo.

Te regalaría un día con tu madre porque con su repentino fallecimiento sé por experiencia que se quedaron muchas cosas por decir y seguro que hoy te acuerdas muchísimo de ella. —Los ojos de Jessie se llenaron de lágrimas. —Te regalaría tiempo libre para que pudieras disfrutar más de lo que te gusta. Te regalaría más momentos de felicidad porque sé que estos años han sido muy duros. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas reprimiendo un sollozo. —Te regalaría un coche nuevo. —Jessie rió. —Porque esa tartana te va a dejar tirada en cualquier momento. Te regalaría un día en la playa porque sé que siempre has querido conocerla. —Se le cortó el aliento sorprendida. —Te regalaría... Te regalaría mil cosas nena, porque siento la necesidad de protegerte. Sé que te sorprende porque casi ni habíamos hablado hasta hace unos días, pero es que no me atrevía a acercarme. No porque no me gustaras si no porque cuando estabas en el instituto tenías un futuro prometedor por delante y no me hubiera interpuesto en tu destino. Pero ese destino cambió de repente y estabas tan rota, tan ocupada con tu nueva responsabilidad que creí que ni me mirarías dos veces. Además, me intimidabas. —Jessie sonrió sin poder evitarlo. —A veces me mirabas como si fuera Lucifer, pero no te lo tomé en cuenta cuando vi en el bar que también lo hacías con otros. El día del bate fue muy interesante. Bobby Phillips todavía debe estar lamiéndose las heridas. —Rió sin poder evitarlo. —Pero al fin llegó el día. Me miraste. Y me miraste de una manera en que supe que había llegado el momento y como has visto no perdí el tiempo. Error. Un error monumental, está claro, porque me has rechazado de pleno. Y aquí viene mi siguiente regalo, preciosa... Te regalaría alguien en quien puedas confiar, que esté a tu lado en lo bueno y en lo malo, que te abrace cuando lo necesites y que te ame por encima de todo porque eres una mujer increíble. Solo espero que algún día conozca a una mujer como tú que quiera pasar el resto de sus días conmigo. Siento haberte

importunado. Lo siento de veras y como sabes te deseo lo mejor.”

Se echó a llorar dejando la carta sobre la mesa y se dio cuenta de que había estado enamorada de él todos esos años, pero las circunstancias habían hecho que no pudiera ser. Con tristeza dobló la carta y con cuidado la metió en la caja, cerrándola con la tapa, imaginándose como hubiera sido su vida si le hubiera pedido salir cuando estaba en el instituto. Sonrió con tristeza. Menuda locura. Le sacaba siete años. Hubiera sido un escándalo. ¿Cuántas veces había soñado que él se acercaba para hablar cuando era una adolescente? Tantas que serían imposibles de contar. Hasta que llegó aquel día que cambió su vida para siempre.

—¡Mamá ya estoy en casa! —gritó tirando su mochila sobre el sofá antes de ir hacia la cocina porque estaba muerta de sed.

Al entrar sonrió viendo a su madre de espaldas a ella, pero perdió la sonrisa poco a poco al ver que se limpiaba las lágrimas sorbiendo por la nariz como si no quisiera que la viera. —Mamá, ¿estás bien? —Se acercó preocupada. —¿Qué ha pasado?

—Nada. —Forzó una sonrisa y la miró de reojo lo que le permitió ver que sus ojos estaban rojos como si llevara mucho tiempo llorando. —¿Qué tal el instituto? ¿Te ha salido bien el examen?

La cogió por el brazo con suavidad. —Mamá, ¿qué ocurre? ¿Te han despedido?

—¡No! La señora está muy contenta conmigo. ¿Cómo va a echarme?

Suspiró del alivio porque con su sueldo en la pizzería no les daría ni para la luz. —¿Entonces? Su madre negó con la cabeza. —No pasa nada. ¿Tienes que trabajar hoy?

—Es viernes.

—Entonces merienda algo antes de irte.

La vio ir hacia la nevera y sacar algo de queso dispuesta a hacerle un sándwich. —¡Mamá, no tengo hambre! ¡Dime qué te pasa! ¡Siempre nos lo contamos todo!

Meredith reprimió las lágrimas cerrando la nevera antes de mirarla. A Jessie se le cortó el aliento al ver el dolor en sus preciosos ojos verdes. —Mamá, me estás asustando.

—Estoy embarazada.

Intentó procesar la información, pero algo dentro de ella le decía que no lo había entendido bien. —¿Qué?

Su madre derrotada se sentó a la mesa y apoyando los codos se apartó su cabello rubio de la frente. —Dios mío, ¿qué vamos a hacer?

—¿Te has hecho la prueba?

Asintió echándose a llorar de nuevo. —Estoy de dos meses.

Tomó aire llevándose la mano a la frente. Con lo que ganaban apenas podían mantenerse ellas. Además, quería ir a la universidad. Sus profesores estaban convencidos de que con sus referencias conseguiría una beca buenísima para la universidad de Columbia. Y si no se la daban allí aceptaría cualquier beca. Había pensado en trabajar en cualquier cosa para poder estudiar. ¿Pero ahora qué iba a hacer su madre con un bebé?

Al verla se sentó a su lado y le apartó las manos de la cara. —No llores. Debemos encontrar una solución. ¿Quién es el padre? No has salido con nadie en dos años.

Arrepentida la miró. —Es de Timothy.

Se le cortó el aliento. —¿Timothy Halleran? ¿El niño es de tu jefe? —Asombrada se tapó la boca antes de reaccionar. —Pero si todo el mundo sabe que está loco por su mujer.

Su madre se echó a llorar de nuevo. —¡Deja de llorar! —gritó enfadándose dándose cuenta de todo lo que eso implicaba—. ¿Cómo se te ocurrió?

—No lo sé —respondió angustiada—. Solo fueron seis veces.

—¿Seis veces? —gritó alterándose—. ¿Te has acostado con él seis veces?

Su madre reprimiendo un sollozo asintió. —Hasta que me dijo que no podía hacerle eso a su esposa. La ama y...

—¡Pues podía haberlo pensado antes! —Furiosa se levantó tirando la silla y se apoyó en la encimera. —¿Se lo has dicho?

Agachó la mirada avergonzada. —Cuando se lo he dicho me ha preguntado si era suyo. Creo que lo dudaba.

Jessie se tensó con fuerza. —¡Será hijo de puta!

—¡Hija!

Apretó los puños intentando contenerse. —¿Qué vas a hacer, mamá? ¿Vas a tenerlo? Porque te van a echar. Lo sabes, ¿verdad? ¡En cuanto todo el mundo sepa quién es el padre de tu hijo te van a echar a ti la culpa! La señora Halleran te va a echar a la calle.

El horror de su madre la puso alerta. —¡No vas a decírselo a nadie!

—¿Qué estás diciendo?

—No puedo pasar por esa humillación —dijo alterada.

La miró con alivio. —Así que vas a abortar.

—¡No! —Indignada se levantó furiosa y la señaló con el dedo. —¡Es tan hijo mío como tú! ¡Mantendrás la boca cerrada y tendré a mi hijo! Esto no tiene que salir de aquí, ¿Me oyes? ¡Prométemelo!

Jessie palideció. —Tiene que hacerse cargo. No puedes hacer las cosas mal de nuevo, mamá. —Meredith apretó los labios. —Tienes derecho a una pensión. ¿O quieres que se vaya de rositas como mi padre? ¿Que se largó en cuanto se enteró de que estabas embarazada y no le hemos vuelto a ver?

—Timothy no va a irse a ningún sitio y no pienso destrozar a su familia con este escándalo. — La cogió por los hombros. —¿Ni su esposa ni sus hijos tienen la culpa de lo que hemos hecho nosotros? No pienso hacerles daño por mi mala cabeza.

—¡Y por la suya! ¡Él también estaba allí y ahora te deja tirada!

—No dejaría que nada te hiciera daño. No pienso juzgarle por proteger a los suyos.

Jessie palideció apretando los labios. —No es justo.

—Como sabes muy bien la vida no es justa, cielo. —Le suplicó con la mirada. —Júrame que no dirás quién es el padre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por lo que suponía esa promesa. —Mamá...

—Júramelo, cielo. Sé que si me lo juras, cumplirás tu palabra.

—¿Y cómo te las vas a arreglar? —Una lágrima cayó por su mejilla porque su madre había sufrido muchísimo en la vida como para sufrir más.

Meredith acarició sus mejillas y sonrió con tristeza. —¿No me las he arreglado contigo? Y tengo la hija más maravillosa del mundo. Solo es cuestión de volver a empezar. —La besó en la mejilla. —No llores más. Intentaré que esto te afecte lo menos posible. Te lo prometo.

—No me preocupo por mí —susurró mirándola a los ojos.

Meredith sonrió. —Lo sé, mi amor. Júramelo. —Jessie apretó los labios como cuando se empeñaba en algo y su madre se tensó. —Es mi decisión, hija. No tienes derecho a intervenir.

—Esto nos afectará a las dos, por mucho que te empeñes.

—No, cielo. En unos meses irás a la universidad y será exclusivamente asunto mío. Debes respetar mis deseos. Júramelo. —Le suplicó con la mirada. —Me moriría de la vergüenza si

alguien se enterara de esto, cielo. Por favor.

Jessie sabía que tenía razón en que era su decisión, pero le daba tanta rabia que él se fuera de rositas que a punto estuvo de negarse. Solo el ruego en la mirada de su madre, asustada por lo que diría la gente le hizo decir —Te lo juro.

Meredith la abrazó. —Gracias, cielo. Ya verás, buscaré otro trabajo y no será todo tan negro como pinta. Todo va a salir bien.

Jessie la apretó con fuerza cerrando los ojos sabiendo que solo mentía para que no se asustara por ella.

Pero todo cambió y todo fue culpa de Timothy Halleran. Su madre se despidió al día siguiente y el único trabajo que encontró fue limpiando en la guardería del pueblo. Su sueldo era la mitad que en el rancho Halleran lo que suponía un duro golpe a su economía que ya era precaria y no consiguió otro empleo, así que no quedó otra solución que fuera Jessie quien buscara un segundo trabajo por semana después de clase. Entonces su madre fue consciente de la situación porque ya no era tan joven como cuando la tuvo a ella y además en aquel momento estaban los abuelos que le echaban una mano cuando era necesario. Ella tenía a una hija en el instituto que el resto del tiempo tenía que trabajar para mantenerlas. Su humor empezó a cambiar y aunque Jessie intentaba convencerla para que pidiera ayuda a Timothy porque era su obligación ayudarla, no dio su brazo a torcer. El odio por ese hombre fue aumentando a medida que el vientre de su madre iba creciendo porque se lo estaba robando todo. Estaban terminando el curso cuando su madre se puso de parto el día antes de su cumpleaños. Jessie estaba feliz porque cuando naciera la niña todo volvería a la normalidad. Pero llegó el peor mazazo de su vida cuando sentada en la sala de espera del hospital vio entrar a una enfermera al paritorio con una bolsa de sangre. Nerviosa esperó a que alguien saliera para decirle algo, pero pasaron dos horas y no salió nadie. Ya tenía los ojos llenos de lágrimas de miedo cuando salió un médico vestido con pijama verde de cirujano y se acercó a ella. Allí sentada tuvo que escuchar la peor noticia de su vida. Su madre tenía una fuerte hemorragia que no eran capaces de detener. Ya había entrado una vez en parada y la habían conseguido recuperar, pero no tenía buen pronóstico. Llorando susurró —¿Se va a morir?

—Haremos todo lo que podamos por ella. El cirujano hará todo lo posible para detener la hemorragia, de eso puede estar segura.

—¿Mi hermana?

—Está en la incubadora. Ha sido un parto muy duro. Tiene un problema respiratorio. Ahora mismo está con la pediatra especializada en neonatos. Vendrá a informarla en cuanto sepa exactamente lo que le ocurre. —Pálida no supo cómo reaccionar. Se quedó allí mirándole y él apretó los labios antes de alejarse. Le daba la sensación de que en unas horas lo había perdido todo. Cuatro horas después, a las cuatro y treinta y dos de la mañana le comunicaron que su madre había fallecido. El dolor fue tan inmenso que se desmayó de la impresión.

El día del funeral fue Tony quien estuvo a su lado. Medicada casi ni se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor, pero de lo que sí fue consciente es que Timothy Halleran no asistió. En cambio sí fue Everett y su madre que le dieron el pésame de manera breve no queriendo agobiarla pues para todos era evidente que estaba rota. Se pasó dos semanas al lado de la incubadora de Angela y fue su hermana la que la salvó porque había momentos en los que al pensar en su madre sentía que se volvía loca. Por eso la llamó Angela porque su madre quería verle la cara para ponerle el nombre como lo hizo con ella y su niña fue el ángel que la hizo salir a flote. Y por ella haría cualquier cosa.

Mirando la caja pensó en que había habido momentos realmente duros, pero habían conseguido salir adelante y desde que su madre había fallecido había sentido un rencor por los Halleran difícil de superar. Nunca se hubiera imaginado que Everett se interesara por ella. Le había relegado al fondo de su mente en su rechazo a esa familia que tanto la había hecho sufrir y ahora se daba cuenta de que siempre había estado loca por él. Pero estaba segura de que jamás superaría el rencor por ellos, empezando por lo que Timothy le había hecho a su madre hasta el comportamiento de las gemelas desde que iban a la guardería. Siempre se habían burlado de ella y hasta que no les plantó cara le amargaron la vida. Las peleas habían sido continuas y la mayoría de las veces ganaban ellas porque eran dos. Su madre siempre le echaba la bronca, pero después le guiñaba un ojo sonriendo orgullosa porque no se dejaba pisar por nadie. Su último encuentro con las gemelas le decía que jamás podrían estar en la misma habitación sin discutir, aunque eso era lo de menos.

Mirando esa caja que le había abierto los ojos ni sintió como una lágrima caía por su mejilla.

Capítulo 5

—¿Entonces todo está bien? —preguntó preocupada a su médico porque a Angela le había salido un sarpullido en los brazos.

—No es nada. Seguro que algo le ha irritado la zona —dijo la doctora López rodeando su mesa y sonriendo a su hermana que estaba distraída intentando abrir la piruleta que le había regalado—. Tengo la sensación de que debe ser por algún producto que ha usado. La crema que le he recetado se lo quitará en unos días.

Jessie pensó en ello y miró a su hermana. —¿Qué has hecho, Angela?

Su hermana se detuvo en seco al escuchar su tono de voz y la miró con los ojitos como platos. —Nada.

—¿Nada? ¿Qué te has echado en los brazos?

La doctora reprimió la risa al ver que la niña fruncía su naricilla. —No me ha gustado.

Gruñó por dentro levantando una de sus cejas rubias. —¿Qué te has echado en los brazos?

—Ví que la señora Ruiz se quita los pelos de los brazos. —Jessica dejó caer la mandíbula del asombro. —Así que le cogí la crema y me la eché. Pero huele muy mal.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Te has echado crema depilatoria en los brazos?

La doctora rió por lo bajo. —Por algo dicen que hay que apartar esos productos de los niños.

—Quería estar guapa. —Las dos la miraron y la niña se metió la piruleta en la boca. — ¡Quieezro que Jonny Baxteer zea mi nozvio.

Lo que le faltaba por oír. —Mira, mira... —Se levantó cogiéndola de la mano. —¿Estás castigada! —La doctora se partía de la risa. —Y nada de novios hasta los dieciséis. ¿Me has entendido?

Se quitó la piruleta de la boca. —Jo, pero queda mucho. Yo le quiero ahora.

Divertida la doctora las acompañó hasta la puerta abriéndola para que pasaran. —Pues no tienes que hacerte nada porque eres preciosa.

—Jessie también es muy guapa y se hace cosas. Se depila las ingles. —Señaló su entrecejo. —Y esos pelitos de aquí.

La mujer se rió con ganas mientras Jessie se ponía como un tomate. —¿Qué te he dicho de contar a la gente lo que me pasa o me hago?

—Me has dicho que no diga cuando tienes la regla —dijo indignada—. Y no lo he dicho.

Gimió al escuchar cómo se reían en la sala de espera. —La mato.

—Es encantadora —dijo la doctora mirándola con cariño—. No uses cosas de mayores. ¿Me has entendido? Podías haberte quemado la piel.

—Vale.

Hala, le había entrado por un oído y le había salido por el otro. Exasperada puso los ojos en blanco. —Gracias por atenderla, doctora.

—Si ves algo raro no dudes en llamarme. Más vale prevenir. Da igual la hora.

—Gracias. Vamos, desastre.

—¡No soy un desastre! —protestó su hermana—. Soy curiosa. Mi profe dice que eso no es malo.

La doctora rió por lo bajo viéndola discutir antes de decir —¡Siguiente!

Salieron de la consulta discutiendo mientras Jessie pensaba que iba a tener una conversación muy larga con la señora Ruiz. Había aparcado el coche calle abajo.

—No puedes coger lo que no es tuyo. Te lo he dicho mil... —Se quedó muda al ver a Everett saliendo de la farmacia.

La miró a los ojos y sin poder evitarlo se puso como un tomate.

—Hola, Everett —dijo la niña chupando su piruleta.

Él sonrió a la niña. —¿No tendrías que estar en el colegio?

—Estoy malita.

La miró exasperada. —No estás malita y de aquí te vas al colegio.

—Jo, Jessie. Para un día que tengo excusa para no ir.

La miró divertido. —Así que quieres hacer pellas.

—Yo tengo que ir a trabajar. Ya he perdido dos horas por tu sesión de belleza. —Él levantó una ceja interrogante. —Quiere tener novio y ha decidido depilarse los brazos como su niñera. Le ha salido un sarpullido por la crema depilatoria.

—¡Jo, tú puedes contar lo mío a todo el mundo y yo no puedo contar nada de ti! —protestó la niña haciendo reír a Everett. Jessie vio su intención de inmediato, pero cuando iba a decir algo ella soltó —Hoy no tiene la regla.

—¡Angela!

Everett carraspeó y roja como un tomate siseó a su hermana —Entra para la farmacia y ya verás cuando lleguemos a casa.

Se encogió de hombros como si le diera igual. —¿Ya no vamos al cole?

—Claro que sí.

—Ah, luego ya se te ha olvidado. —Sonrió a Everett y se despidió con la manita de la piruleta. —Adiós.

—Hazle caso a tu hermana.

Asintió tirando de la manilla con esfuerzo para abrir la puerta y rió cuando le costó, pero era cabezota y al final pudo sola. Everett la miró divertido. —Con ella seguro que no te aburres.

—Pues no —dijo aún avergonzada siguiendo a su hermana.

—¿Qué te pareció la carta?

Gimió por dentro volviéndose sin ser capaz de mirarle a la cara. —Pues...

—¿Me has perdonado?

Sonrió aliviada. —Sí, claro. No hay problema. —Se volvió de nuevo.

—¿Y no te lo has pensado mejor?

Se le cortó el aliento mirándole por encima de su hombro. Everett apretó los labios. —Ya veo que no. Siento haber sacado el tema de nuevo —dijo antes de alejarse.

Se le quedó observando mientras iba hacia su ranchera y suspiró ignorando el nudo que tenía en el estómago.

El bar estaba a tope. Un grupo de excursionistas de sesenta personas que visitaba la zona había decidido darse un respiro y tomar algo. Eso sumado a la gente que había un sábado por la noche, estaba el local a reventar. Estaba sirviendo a un grupo de turistas cuando vio por el rabillo del ojo que Everett entraba en el local con su capataz. Se mordió el labio inferior porque esa camiseta azul le quedaba que era para morir. Desde que había recibido la carta no podía evitar comérselo con los ojos cada vez que lo veía y su temperatura corporal subía varios grados, sobre todo recordando los besos que le había dado en el baño.

—¿Me sirves la cerveza?

Sonrojada miró al tipo. —Oh sí, claro. —Dejó el botellín frente a él y dijo —Cuarenta pavos.

—¿Tienes la costumbre de cobrar antes de que terminemos? —preguntó otro algo mosqueado.

Con chulería puso la mano libre en la cintura. —¿Te conozco de algo?

—No.

—Pues eso.

Sus vecinos se echaron a reír y los tipos gruñendo sacaron el dinero. Por supuesto sin propina.
—Gracias, generosos.

—Será borde, la tía —dijo uno de ellos mientras se volvía.

—Sí, pero está buena que te cagas.

Varios se volvieron para mirarlos y los tíos se echaron a reír murmurando algo. Uy, estos iban a dar problemas.

Mónica estaba también de mala leche y cuando se acercaron a la barra dijo —¿Estos gilipollas me están tocando las narices!

—Tranquila.

—¡Ya me han metido mano dos veces!

Tony apretó los labios. —Tranquilas, son muchos y no queremos problemas. Tienen pinta de buscar guerra.

Ambas asintieron cogiendo las bandejas llenas y Mónica le preguntó —¿Puedes encargarte tú de Everett? No doy abasto.

Jessie lo entendía. Tenía que alejarse de su zona para servirle y perdería mucho tiempo. —Claro, no te preocupes.

Sirvió la siguiente mesa y se acercó a la mesa de Everett que vio que estaba muy tenso mirando a la mesa de al lado. Los cabritos de las propinas. Ella sonrió sacando el block. —Hola chicos, ¿qué os pongo?

—Un par de hamburguesas dobles y dos cervezas —respondió Everett muy tenso.

Le miró a los ojos al escuchar su tono y estaba furioso. —¿Qué pasa?

—Nada nena, que hay gente que no sabe salir de casa —dijo lo bastante alto para que los otros le oyeran.

—Oye... —Se acercó a él apoyando la mano sobre la mesa. —No quiero líos, ¿vale? La última vez Tony tuvo que renovar las mesas. Así que calladitos, que estáis más guapos. —Miró a Isaac. —¿Entendido?

—Yo no voy a empezar, pero tampoco me voy a quedar parado —dijo Isaac divertido—. Estos mamones creen que pueden venir a nuestro pueblo a insultarnos y están empezando a tocarnos los huevos.

Estaba claro que con él no podía negociar. Miró a Everett a los ojos. —No lo hagáis. Tony será el perjudicado.

Everett apretó los labios. —Como uno de estos te toque un pelo, van a salir de aquí en ambulancia.

Su corazón dio un vuelco. —Eso no es problema tuyo.

—Claro que sí, nena. Por mucho que tú no quieras...

Se enderezó sin poder evitar que su corazón latiera más rápido. Él sonrió como si hubiera conseguido un auténtico triunfo y Jessie gruñó antes de volverse molesta. Corriendo entre las mesas hasta Tony escuchó la risa de Everett. —Llama al sheriff, que se pase por aquí. A ver si así se aplacan los ánimos.

—Ya está de camino.

—Déjame el bate a mano.

Tony asintió muy serio cogiendo los bates que usaban para defenderse para dejarlos al borde del interior de la barra. Siguió trabajando y llevó las cervezas a Everett, que aunque intentaba estar relajado hablando con Isaac todo el mundo podía ver que su fuerte espalda estaba muy tensa.

—Aquí tenéis.

—Eh, guapa... Otra ronda —dijo el de la mesa de al lado.

Cuando regresó y puso las cervezas uno de ellos le acarició la parte de atrás del muslo. Jessie se apartó cogiéndole por el cabello y tirando de él hacia atrás. Varios de los suyos se levantaron de golpe mientras ella siseaba —Vuelve a tocarme y vas a tener que ir a tu dentista porque te vas a quedar sin dientes.

Sus amigos se echaron a reír. —¿Pero qué haces, imbécil? —preguntó uno de ellos muy relajado. Demasiado para su gusto.

—¿Lo has entendido?

—Claro que sí.

Le soltó y dijo —La pasta.

—¿Cuánto era? —preguntaron con cachondeo.

—Cuarenta pavos.

Sus vecinos se fueron sentando. Todos menos Everett e Isaac que parecían a punto de lanzarse sobre ellos. Uno de ellos dejó cincuenta pavos sobre la mesa. —Quédate con la vuelta. Por las molestias.

—Gracias —siseó cogiendo el dinero.

—¿Quieres ganarte cincuenta más? —preguntó apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Queréis algo más?

—Una mamada. Cincuenta pavos.

Jessie se tensó y chilló cuando Everett se tiró sobre el tipo haciendo que ambos cayeran al suelo. Sus amigos se levantaron en el acto para apartarle, pero Isaac cogió a uno del hombro metiéndole un puñetazo. Puso los ojos en blanco al ver a los hombres de Everett metiéndose en la pelea y se apartó como pudo para no recibir. Llegó a la barra y Tony le dio el bate. —Vamos allá.

Al volverse todo el local se estaba arreando. —Equipo local contra el visitante —dijo Mónica antes de meterse en el follón.

Jessie gruñó pasando entre varios y jadeó al ver que Everett ya estaba de pie, pero dos intentaban sujetarle. —¡Soltadle! —gritó antes de pegar a uno en las piernas. Éste soltó el brazo de Everett que pegó un puñetazo al otro tirándolo sobre la mesa que se partió con su peso—. ¡Everett!

Golpeó a uno en el estómago antes de darle un puñetazo en la mandíbula y se volvió. —La pagaré.

—¡Más te vale! —Se volvió levantando el bate y chilló al ver que uno le pegaba un puñetazo a Tony arrebatándole el bate. Furiosa corrió hacia él golpeándole en el brazo con fuerza antes de que arrear a su jefe. Éste soltó el bate gritando de dolor. —¡Me has cabreado! —gritó antes de meterle una patada en las pelotas.

—¡Deja a mi novio! —chilló una chiflada antes de agarrarla del pelo tirando de ella hacia atrás hasta hacerla caer al suelo. La muy loca se lanzó sobre ella y solo fue capaz de sujetarla de las manos antes de que la arañara.

Everett se puso tras ellas con los brazos en jarras. —Nena, ¿necesitas ayuda?

—¡Quítamela de encima!

—¿Saldrás conmigo?

Jadeó asombrada. —¡Serás aprovechado!

La loca gritó soltando una de sus manos y agarrándola del pelo. Se lo iba a arrancar. Everett carraspeó. —No estaría bien que me metiera. Soy un hombre. Pueden malinterpretarlo.

Vaya fuerza que tenía aquella salvaje. —¡Everett me va a dejar calva!

Everett se giró dándole un puñetazo a uno que ya venía de vuelta recibiendo de otro. —¿Nena? No tengo toda la noche.

La loca abrió la boca y chilló al ver que se agachaba con intención de morderla. Everett gruñó agachándose y cogiéndola por la cintura antes de que mordiera su piel. Jessie furiosa se sentó. —¡Gracias!

—De nada —respondió irónico soltando a la chica que se tiró de nuevo sobre ella cuando casi estaba ya de pie. De la fuerza cayeron sobre la única mesa que aún quedaba intacta y Jessie gimió de dolor con aquella bestia encima que volvía a sentarse sobre ella. —Preciosa, ¿estás bien? —Hizo una mueca cuando recibió un tortazo. Eso espabiló a Jessie que gritando levantó la rodilla golpeándola en el trasero lo que la desequilibró hacia adelante. Aprovechó que la había soltado para empujarla y ésta cayó de espaldas a su lado. Everett sonrió. —Me estabas preocupando.

Agotada se puso de rodillas pegándole un codazo a la tía en la cara cuando ésta volvía a la carga. No llegó a ver como ponía los ojos en blanco antes de caer desmayada hacia atrás, porque Jessie estaba demasiado ocupada fulminando a Everett con la mirada.

—Cabrito.

Everett se echó a reír acercándose. La cogió por el brazo levantándola y pegándola a él. Sin aliento elevó la vista hacia sus ojos y Everett la abrazó por la cintura. —Solo una cita, preciosa —susurró alterándole la sangre cuando su índice acarició su piel bajo la camiseta—. Te juro que no te arrepentirás.

—Ibas a dejarlo.

—No suelo darme por vencido cuando quiero algo. —Se agachó besando sus labios y Jessie no pudo resistirse porque todo su cuerpo anhelaba estar con él. Lo que le hacía sentir con sus caricias la estremeció de placer y la pegó a su cuerpo provocando que por primera vez en muchos años se sintiera protegida y deseada. Fue la sensación más maravillosa del mundo y abrazó su cuello necesítandole. Mareada por lo que le hacía sentir ni escuchó el disparo al aire del sheriff ni como todo el mundo se detenía. Everett apartó su boca y protestó medio mareada queriendo besarle de nuevo. Él rió por lo bajo. —Nena, de momento vamos a tener que dejarlo.

—¿Qué?

Miró a su alrededor y se puso como un tomate al ver que medio pueblo les observaba. Se apartó de golpe viendo como Tony ponía los ojos en blanco. —Uff, menudo desastre. Todo lo que tengo que limpiar.

Everett reprimió la risa y ella le fulminó con la mirada. —Idiota.

—Te espero a la salida —susurró de la que pasaba a su lado sonrojándola de gusto.

Cuando llegó a la barra, Mónica se acercó con los ojos como platos mientras el sheriff pegaba gritos buscando a los responsables. —¿Con Everett Halleran?

—Shuss. No ha pasado nada.

—Te estabas comiendo la boca con él, no me digas que no pasa nada. Si a todos los que te caen mal les tratas así, debes tener un montón de enemigos.

Gruñó alejándose hacia el almacén. Muerta de vergüenza siseó —Coge la escoba.

Mónica la cogió por el brazo. —¿Seguro que sabes lo que haces?

—No voy a hacer nada.

—Ese te baja las bragas esta noche.

Jadeó. —¡No!

—Claro que sí. Espabílate. ¿Tienes condón?

Dios mío, qué vergüenza. —¡No va a pasar nada!

—¿Estás tonta? Te gusta. Y es buen tipo. Eso por no hablar de que está buenísimo y es el más rico de por aquí. ¿Qué problema hay?

—Ninguno.

Mónica la miró fijamente mientras cogía las escobas. —Creía que éramos amigas.

La miró asombrada. —Y lo somos. ¡Eres mi mejor amiga!

—Las amigas se cuentan las cosas. Le has besado como si le quisieras. Y él a ti.

Dejó caer la escoba de la impresión. —¿Qué dices?

—Ya me extrañaba a mí eso de que le odiabas. ¿Por qué? Si casi nunca te había dirigido la palabra. Dijiste que era porque tu madre había trabajado para ellos y no quisiste entrar en detalles. Pero no era eso, ¿verdad? Era todo lo contrario. ¡Te daba vergüenza hablar con él!

—Mónica, me ha pedido salir. Eso es todo.

Su amiga no se creyó una palabra. —Aquí hay tomate y no me lo quieres contar —dijo decepcionada antes de levantar la barbilla—. Vale, no importa.

Se agachó y cogió una de las escobas dispuesta a irse. Jessie suspiró. —Le prometí a mi madre que jamás lo contaría. —Su amiga se detuvo en seco volviéndose para mirarla a los ojos. —Lo juré. No voy a decir nada.

Mónica la conocía desde hacía años y apretó los labios. —Y los Halleran tienen algo que ver y tu madre... —No contestó, pero Mónica no era tonta dejando caer la mandíbula del asombro. —Dios mío, Jessie.

—No dirás nada.

—Será cabrón —dijo impresionada.

—¡Mónica! —Su amiga la miró. —¡Júrame que no dirás nada!

—Por eso no querías acercarte a él, ¿no es cierto?

—Lo juré. Era mejor mantenerse alejada. —Se volvió preocupada. —Además, ellos no tienen la culpa de lo que ha pasado y su padre está tan muerto como mi madre. —Sus preciosos ojos verdes brillaron de rabia. —Y no sabes cómo me alegro. Me alegro muchísimo de que ese cerdo tuviera el accidente. Pero ellos le creen un santo, así que no pienso abrir la boca.

Su amiga la cogió por el hombro. —¿Estás loca? ¡Puede que se lo prometieras a tu madre, pero has sacrificado tu vida por ella! ¡Tienes derecho a una pensión! ¡Podrías estudiar! ¡Tu vida cambiaría!

—¿Y que me quiten a Angela? —Su amiga palideció. —Ellos son más ricos. Eso si me creen, claro. —Negó con la cabeza. —No pienso decírselo. Angela es mía. ¡No conoce otra madre que no sea yo!

Mónica asintió. —Joder, menudo lío. —La vio ir hacia la puerta. —Jessie... Angela tiene derecho a saber quién es su otra parte de la familia. ¿No lo has pensado? —Separó los labios de la sorpresa y Mónica sonrió. —Ya veo que no. Le has privado de una vida mucho mejor. De la herencia de su padre... Tiene derecho a todo eso. Puede que le hayas hecho esa promesa a tu madre, pero ella ahora no está aquí para ver cómo es tu vida. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Y estoy segura de que no hubiera querido esta vida para ti.

—Lo juré.

—Sí, cielo. Pero tú también tienes derecho a ser feliz. Fue un error suyo que solo estás pagando tú. Puede que la quieras más que a nada, pero si eres sincera contigo misma sabes que esta no era la vida que soñabas de niña. Si tuvieras esa pensión todo sería distinto y Angela sería más feliz porque tendrías más tiempo para ella.

—¿Y si me la quitan? No pienso arriesgarme.

Mónica asintió. —¿Y qué vas a hacer con Everett? ¿Apartarte como todos estos años? ¿Rechazarle para seguir ocultando tu secreto? ¿Hasta cuándo piensas sacrificarte por un error que cometió ella!

Salió del almacén con un nudo en el estómago y Everett que estaba riendo mientras hablaba con el sheriff la miró, perdiendo la sonrisa de golpe al ver su rostro. Jessie apartó la mirada y sorbió por la nariz empezando a barrer como si nada, alejándose lo más posible de él. Mónica salió del almacén y Everett entrecerró los ojos al ver como disgustada observaba a su amiga antes de acercarse a Tony que estaba apartando las mesas que eran para tirar. Le susurró algo al oído. Tony le preguntó varias cosas apartándola y su amiga contestó rápidamente. De repente se tensó mirando a Jessie mientras Mónica seguía hablando en voz baja. Cuando terminó Tony se volvió furioso mirando al grupo que aún quedaba en el local y gritó —¡Todos fuera!

—Pero Tony, ¿no quieres poner una denuncia? —preguntó el sheriff.

—¡Ya me han pagado los gastos! ¡Fuera! ¡Tengo que cerrar para limpiar este desastre!

Jessie tensó la espalda antes de mirar a Mónica que negó con la cabeza como si estuviera empeñada en algo.

—Everett, ¿no me has oído? ¡Largo!

Nunca le había hablado así y Jessie no se volvió para mirarle.

—Quiero hablar con Jessie.

—Pues espérala en el aparcamiento. ¡Ahora está trabajando!

—Nena, ¿qué ocurre? ¿Por qué te has disgustado?

Jessie le miró por encima del hombro y forzó una sonrisa a pesar de estar blanca como la cera. —No pasa nada. Vete a casa.

Apretó las manos impotente sin pasarle desapercibido que le había dicho que no la esperara y salió del local. Tony suspiró antes de cerrar la puerta con el cerrojo. Se volvió poniendo los brazos en jarras. —¡Joder, Jessie! ¡Por qué no me lo dijiste a mí!

Jessi dejó caer la escoba y sintiéndose agotada de repente se sentó en una silla que tenía al lado. —Seguro que Mónica te ha hecho un resumen muy bueno.

La miraba sin poder creérselo mientras se acercaba. —¡Es increíble que me hayáis mentido a mí!

—Juré no decírselo a nadie. Si mi madre no te lo contó en su momento no es responsabilidad mía.

—¡Cómo nada de lo que ha pasado! —Cogió una silla volviéndola y sentándose frente a ella. Intentó calmarse mientras Mónica se ponía a su lado. —Niña...

—Sé lo que vas a decirme y no lo voy a hacer. Es mía.

—Y nadie lo pondría en duda. Has demostrado que lo es. No hay madre mejor que tú, pero tienes derecho a una pensión.

—Mi madre no la quiso reclamar en su momento...

—¡Por vergüenza! ¡Porque se había liado con un hombre casado! —dijo furioso— Pero todo cambió cuando falleció, ¿no crees?

—No. No ha cambiado nada. ¡Hice una promesa que pienso cumplir y espero que vosotros hagáis lo mismo si queréis que sigamos teniendo relación! —Furiosa se levantó y siguió limpiando. —No quiero hablar más de esto.

Ambos la miraron impotentes y Mónica dijo arrepentida —He pensado que Tony podría ayudarte. Su primo es abogado de los buenos y podrías ir a consultarlo.

—¡He dicho que no! —gritó muy nerviosa porque seguían insistiendo. Al escuchar un ruido en la cocina se le cortó el aliento mirando asustada a Mónica.

—Frank, ¿sigues ahí?

—Sí, jefe. Tranquilo, jefe. No diré una palabra de lo que acabo de oír. —El hombre sacó la cabeza por la ventanita donde servía los pedidos y le guiñó un ojo a Jessie. —Y de lo que he oído en el almacén tampoco.

Gimió porque a ese paso se enteraría medio pueblo. Miró a Mónica como si quisiera cargársela y su amiga forzó una sonrisa. —Es Frank, no dirá nada.

Se levantó viendo a Frank saliendo de la cocina. Se quitó el sombrero blanco dejando ver sus rizos engominados hasta la barbilla y lo tiró sobre la barra. —Lo que no entiendo muy bien es por qué no vas a estar con Everett.

—Porque tarde o temprano ésta cantaría —dijo Mónica—. Es obvio que no puede guardarse un secreto. —La mataba. —¿Lo harías tú con tu mujer?

—Mejor no contesto a esa pregunta que luego se sabe todo —dijo divertido mirándola con sus ojos negros—. Everett no tiene por qué enterarse. No le digas nada y punto. Sigue con tu vida. No renuncies a él por la niña. ¿Qué pasa si no se entera nunca? No pasa nada. La niña seguirá siendo tuya y tú puedes ser feliz.

—¡Ni que nos fuéramos a casar! —Todos la miraron levantando una ceja. —¿Estáis locos? ¡Solo ha sido un beso! De verdad que estáis para que os encierren.

—Everett nunca tontearía contigo a no ser que fuera muy en serio, Jessie —dijo Tony sonriendo con cariño—. No es estúpido. Y besándote ante medio pueblo ha dejado claras sus intenciones.

Se sonrojó de gusto. —¿Tú crees?

—¿Te presto un condón? —preguntó Mónica muy en serio antes de fruncir el ceño—. Mejor te lo regalo. Esas cosas no se devuelven.

—Oh, cállate.

Se echaron a reír mientras ella se ponía como un tomate. Tony se acercó y la abrazó. —Yo siempre estaré aquí.

—Lo sé.

La besó en la mejilla antes de mirarla a los ojos. —Si quieres ir a hablar con mi primo, dímelo. No te cobrará nada.

—No quiero hacerles daño. Sabes cómo se lo tomaría la madre de Everett. No es justo para ellos.

Tony asintió y se alejó mirando el desastre que había a su alrededor. —Jessie vete a casa.

Se le cortó el aliento. —¿Pero qué dices?

—Seguro que Everett te está esperando —dijo Mónica con cachondeo.

—Pero no puedo dejaros...

—A casa —dijeron los tres a la vez.

Entonces sí que se puso nerviosa. —¿Creéis qué? Si me callo y no se entera... Si no se entera nadie...

—Exacto —dijo Frank divertido—. ¿Quién se lo va a decir? ¡Vive por una vez, niña!

Sintiendo que se quitaba un peso de encima sonrió ilusionada y corrió hasta la barra para coger su bolso. De la que iba hacia la puerta se llevó la mano a su cabello y jadeó al ver que tenía la coleta desecha. Se quitó la goma a toda prisa alborotando sus rizos para darles volumen. Tomó aire antes de tirar del pestillo y miró a sus amigos. —Hasta el lunes.

—Pásalo bien —dijo Mónica maliciosa.

Les lanzó un beso antes de salir. Sintiendo que su corazón latía a mil por hora dio la vuelta a la esquina. Se mordió el labio inferior al verle en el aparcamiento apoyado en su impresionante ranchera. Se enderezó al verla y al mirar su rostro se relajó. —¿Todo bien?

—Oh, sí. Se ha enfadado porque alguien ha entrado en el almacén y ha roto algunas cajas de whisky.

Se detuvo a dos pasos de él sin saber qué hacer y Everett entrecerró los ojos. —¿Y deja que te vayas a casa?

—Sí —respondió incómoda. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Esperar a que lo intentara de nuevo? Igual debía decirle algo. Eso de no haber salido nunca con nadie le estaba pasando factura en ese momento. —Bueno, hasta mañana.

Él la cogió de la mano y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo abrazándola. Jessie casi chilló de alegría y sonrió sin poder evitarlo. —He pensado que... —La besó en el cuello provocando que cada fibra de su ser se alterara. —Que podríamos ir a mi casa del pueblo... —La besó de nuevo cerca del lóbulo de su oreja. —Y después comer algo. —Mordió ligeramente el lóbulo de su oreja haciéndola gemir. —¿Te apetece, nena? Porque yo tengo mucha hambre.

—Soy virgen —dijo muy nerviosa.

Everett reprimió la risa. —Ya lo sé, preciosa.

—¿Ah, sí? Bueno, por si no lo sabías.

Él la miró a los ojos y cogiendo sus mejillas besó sus labios. —Me va a encantar ser el primero.

Eso fue un alivio y sin poder evitarlo se pegó más a él sujetándole por la cintura. Everett gruñó antes de entrar en ella saboreándola. Todo su cuerpo clamó por él y gimió en su boca deseando más. Él se apartó de repente con la respiración agitada abriendo la puerta. —Nos vamos.

—Sí, sí.

Se subió a su camioneta a toda prisa pasándose al asiento del pasajero. Sonrió a Everett cuando se sentó a su lado y arrancó el motor. Sin poder evitarlo se pegó a él y Everett le acarició el muslo saliendo del aparcamiento. Consciente de que esos dedos acariciaban el interior de su muslo y que cada vez subían más, su respiración se agitó y miró a Everett que susurró —Nena, tienes la piel más suave del mundo. —Sus dedos llegaron a su sexo y ella casi pega un bote sobre el asiento. Everett apartó la mano mirando a la carretera y dijo con voz grave —Quítate las bragas. —Se quedó sin aliento mirándole, pero algo en su interior hizo que se apoyara en el respaldo del asiento, elevando la cadera antes de levantar la minifalda para después bajar lentamente sus braguitas por los muslos. Everett la miró de reojo y de repente frenó en seco, pero ella solo era consciente de él que apagó el motor volviéndose hacia ella para mirarla fijamente. Se estremeció por su mirada de deseo. —No vamos a llegar al pueblo. —Su voz ronca la estremeció de placer.

—¿No?

Él pasó la mano por su muslo hasta el interior de la rodilla y levantó lentamente su pierna

hasta colocarla sobre el asiento, provocando que ella tuviera que recostarse hacia atrás. Se sonrojó porque estaba totalmente expuesta, pero nunca en su vida había estado tan excitada como en ese momento. Everett la miró a los ojos acariciando el interior de su muslo. —¿Quieres que continúe hasta el pueblo?

Se moría porque la tocara. —No.

Él sonrió antes de acariciar sus húmedos pliegues de arriba abajo apretando su clítoris. Jessie gritó sorprendida por el placer que le atravesó el vientre y Everett juró por lo bajo. —Joder, no tenía esta prisa desde el instituto. Y tú también tienes prisa, ¿verdad, nena? Te mueres por correr. —Apretó el clítoris entre sus dedos y Jessie gritó arqueando la espalda intentando agarrarse al reposacabezas. Dios, aquello era maravilloso. Ni escuchó como abría la puerta apartándose y tiraba de sus caderas hasta el borde. Mareada de necesidad levantó la vista para verle de pie ante sus piernas abiertas. Al darse cuenta de lo que iba a hacer gritó justo antes de que sus labios la besaran y de que pasara su lengua por su sexo de una manera que casi la mata de la impresión. Gimió arqueándose e intentando mover las caderas, pero él la sujetó por los glúteos torturándola de una manera exquisita hasta que creyó que se volvería loca. —Esto te va a encantar —dijo antes de chupar con fuerza haciendo que cada célula de su organismo explotara de placer.

Everett se tumbó sobre ella y atrapó su boca mientras aún estaba intentando recuperar el aliento haciendo que todo empezara de nuevo. Se apartó para mirarla a los ojos y Jessie sintió como entraba en ella suavemente. Su cuerpo reaccionó tensándose y Everett besó su labio inferior. —No me aprietes, nena. Relájate.

—No puedo evitarlo. ¡Entra de una vez!

Él movió las caderas con contundencia y Jessie gritó por el dolor que atravesó su vientre. No se imaginaba que doliera tanto y cerró los ojos intentando relajarse. Él acarició su mejilla. —¿Mejor? —Besó su cuello y mordisqueó el lóbulo de su oreja haciéndola gemir. —Ya está, preciosa. —Movié la cadera aún más a adentro y Jessie se agarró a sus hombros. —Ya está.

—¡No, ya está no que luego sigues entrando!

Everett rió en su hombro antes de levantar la vista hacia ella. —Ya está.

—¿Seguro? —Incómoda arrugó la nariz sin darse cuenta. —Eres grande.

—Soy un hombre grande. —Besó su labio inferior. —Pero eso luego lo vas a agradecer.

—¿De verdad? Porque...—Everett salió de ella y se le cortó el aliento maravillada por lo que le hizo sentir. —Vaya.

—Dios, eres perfecta —dijo como si fuera la mujer más maravillosa de la tierra antes de entrar en su ser de nuevo, robándole el alma por el placer que la traspasó. Gritó sujetándose en su cuello necesitando asirse a algo mientras Everett empezó a moverse suavemente en su interior. Pero con cada movimiento su cuerpo pedía más y empezó a sentir como su vientre se tensaba de una manera que la torturaba. Aferrándose a él gimió de necesidad y Everett aceleró el ritmo. Jessie clavó las uñas en su cuello creyendo que su cuerpo se partía hasta que Everett la embistió con fuerza y Jessie sintió que la lanzaban al paraíso porque no debía haber nada mejor que aquello.

Sintió los besos en su cuello y al abrir los ojos acarició la nuca de Everett que levantó la cabeza mirándola divertido. —Hola de nuevo.

Sonrió agotada. —Me ha gustado mucho.

—Me alegro. ¿Quieres repetir?

—Creo que ahora prefiero una cama. Me he dado varios golpes contra la puerta.

Everett reprimió la risa. —Mi cabecero es de madera.

Tiró de su cuello hacia ella. —Entonces aquí está perfecto.

Capítulo 6

—Estás muy contenta —dijo su hermana desde la mesa de la cocina.

Se sonrojó volviéndose para ver como pintaba. —¿Tú crees?

—Sí, desde que te has levantado estás distinta. No paras de sonreír y te brillan los ojos. Y vamos a ir a misa. Ahora nunca vas.

—Es que hoy me apetece. —Se volvió con la sartén en la mano y le sirvió los huevos revueltos.

Su hermana la miró apartando su dibujo. —Vale. ¿Me comprarás un helado?

—Ya veremos.

—Como hoy no trabajas, ¿podemos ir al cine?

Pensó en ello. —Depende de lo que echen.

Se sentó ante ella y cogió la botella de zumo sirviéndole en su vaso de plástico. —Cométe-lo todo.

—¿Me ayudarás luego a hacer el barco?

Parpadeó asombrada. —¿Qué barco?

—Tengo que hacerlo con palillos y tienen que ayudarme mis papás. O sea, tú.

—¿Y por qué no me has dicho nada? ¡No tengo palillos!

—Los tengo en la mochila —dijo con la boca llena. Al ver su cara protestó —¿Se me olvidó!

—¡Los deberes se hacen cuando se llega de clase! Te lo he dicho mil veces. Ahora tendremos que hacerlo a toda prisa y no quedará bien.

—Que sí —dijo como si fuera muy pesada.

—Y no sé por qué tienen que encargarme deberes a mí. Yo ya he hecho la primaria —dijo indignada. Angela soltó una risita—. Sí, riéte, pero no tiene gracia.

Sonó el teléfono y se levantó mosqueada. —Ya hablaré yo con esa señorita que seguro que hoy no va a hacer un barco con palillos. Menuda cara. Cuando yo iba al cole a mí no me ayudaba nadie. Era lo que me faltaba, que tu profesora me mandara deberes. —Descolgó el teléfono. — Casa de la Foeller.

—Uy, uy... que te estás enfadando. —Sonrió volviéndose y se apartó la melena de la cara pasándosela detrás de la oreja. —¿Qué ocurre, nena?

—Nada. Que ahora tengo que hacer también deberes del cole. —Everett se echó a reír. —Al parecer la profesora de Angela quiere que hagamos un barco con palillos.

—Yo soy muy bueno con las manos. —Rió sin poder evitarlo porque lo sabía de sobra. — ¿Vas a ir a misa?

—Sí.

—¿Te sentarás conmigo?

Se le cortó el aliento pensando en su familia. —Everett, no creo que... Es un poco pronto. Casi ni nos conocemos.

—Cielo, nos conocemos lo suficiente —dijo divertido—. Quiero que vengáis a comer al rancho.

—¿Quién es? —preguntó su hermana cogiendo su vasito de plástico entre sus manos y

bebiendo sin quitarle ojo.

Se volvió dándole la espalda. —Ni siquiera le he dicho a Angela...

—¿Es Everett? ¿Ya estáis saliendo?

Puso los ojos en blanco volviéndose. —Sí, es Everett.

—Que me lleve un caramelo.

Él se echó a reír al otro lado de la línea y sin poder evitarlo sonrió. —Nena, no compliques las cosas. Mi madre está deseando echarte un repaso a fondo —dijo antes de colgar dejándola con la boca abierta.

Colgó el teléfono y volvió a la mesa. Angela la observó mientras desayunaba en silencio. —¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Miró sorprendida a su hermana. —¿Everett? Sí, me gusta mucho.

—Eso está bien. A mí me gusta mucho Bobby Baxter.

Sonrió sin poder evitarlo. —Nada de chicos hasta los dieciséis.

Se encogió de hombros. —Ese me espera. Está loquito por mí.

Rió a carcajadas porque estaba convencida y Angela sonrió antes de coger la tostada y darle un mordisco.

Se puso un vestido rosa a la altura de la rodilla. Era de gasa y de tirantes. Se lo había comprado en las rebajas del año anterior y aún no lo había estrenado. Se puso unos zapatos de tacón negros porque era los únicos que tenía y se miró al espejo alborotando sus rizos rubios antes de empezar a maquillarse. Solo algo de colorete y barra de labios rosa. Mirándose los ojos pensó que igual se compraba un rímel la próxima vez que fuera al super.

Su hermana entró en la habitación con el vestidito blanco que le había regalado la señora Houseman para su cumpleaños. —Vaya, estás muy guapa.

—Tú también —dijo su hermana con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Puedo llevar a Molly?

—Tendrás que cargar con tu muñeca todo el día porque no vamos a comer en casa —le advirtió.

Al ver como corría a su habitación decidió coger el bolso grande porque en una hora se la dejaría en cualquier sitio.

Decidieron ir caminando porque la iglesia estaba a dos calles de allí. Angela con su muñeca favorita en un brazo la cogía de la mano hablándole de como quería su barco. —Madre mía. ¡Tú quieres un acorazado del ejército!

Su hermana se echó a reír. —Bien grande.

—¿Tendrás bastantes palillos?

—Claro.

No sabía por qué, pero lo dudaba mucho. Iban a cruzar la calle cuando vio llegar la ranchera de Everett, que les guiñó un ojo pasando a su lado. Sonrió sin poder evitarlo. —¡Vamos Jessie, que está allí Betty! —dijo su hermana excitada.

Cruzaron la calle y de pronto un coche frenó en seco ante ellas. Sorprendida miró al conductor para ver Amber Halleran que sonrió maliciosa al igual que su hermana que iba a su lado. Decidió morderse la lengua porque iba con la niña. Esa pija empezaba a tocarle las narices de veras.

En ese momento llegó Everett cogiéndola por la cintura. —¿Estás bien?

—Sí, solo ha sido el susto.

Él fulminó a sus hermanas con la mirada. —Vamos cielo, sube a la acera.

Subió a la acera con la niña. —Everett...

—Hablaré con ellas, ¿vale? No te preocupes. —Se agachó ante Angela. —Así que un barco,

¿eh?

—Sí, y muy grande. ¿Me ayudarás?

—Claro que sí. Por la tarde lo hacemos los tres.

—¿Después de ir al cine? —preguntó ilusionada.

—¿Crees que nos dará tiempo?

—Claro.

Everett se echó a reír y Angela corrió hacia Betty llamándola a gritos —Al parecer ocupará todo nuestro tiempo.

—Lo siento, pero...

Él la cogió por la barbilla. —No te disculpes por tener que cuidarla. Ahora saludame como Dios manda.

Se sonrojó mirando sus ojos azules. —Estamos...

La besó suavemente en los labios. —Buenos días, nena.

—Buenos días.

Cogió su mano. —Hoy estás especialmente preciosa.

Se sonrojó de gusto. —Y tú me encantas de traje.

—Lo sé.

Se echó a reír y él tiró de su mano. —Ven, vamos a hablar con mi madre que lo está deseando.

Gimió siguiéndole antes de mirar sobre su hombro para comprobar que su hermana seguía hablando con su amiga. La señora Halleran se volvió con una sonrisa en los labios. —Ya era hora.

Se puso como un tomate haciéndoles reír. —No, de verdad, sabía que mi chico te miraba con ojitos desde hacía tiempo y tú no le hacías ni caso.

—Pero es insistente.

Martha Halleran se echó a reír. —Cierto. Muy insistente. Me alegro muchísimo. Vendrás a comer, ¿no? —Miró a su alrededor. —¿Dónde está esa muñequita?

Se volvió y perdió la sonrisa al no ver a su hermana. —¿Angela? —Dio dos pasos hacia donde había estado unos minutos antes. —¿Angela?

—Nena, estará por aquí—dijo Everett adelantándose y metiéndose tras un grupo. Cuando salió con ella en brazos sonrió del alivio. —¿Ves?

—Everett, ¿y mi caramelo?

—En casa. Es que era tan grande que no me cabía en la camioneta.

Su hermana abrió los ojos como platos. —¿De verdad? Jo, ahora Jessie no me dejará comérmelo porque dirá que me salen caries.

Jessie sonrió mirando a Martha que abrió su bolso sacando un caramelo en forma de corazón. —¿Te vale con éste?

—Nada de caramelos antes de la misa, señorita.

La niña lo cogió a toda prisa. —Me lo guardo. —Se miró los bolsillos, pero como no tenía se lo tendió a Jessie que se lo guardó en el bolso.

En ese momento llegaron las gemelas cortándoles todo el buen rollo porque era obvio que tenían un cabreo de primera. Su madre perdió la sonrisa. —¿No saludáis a Jessica y a Angela?

La niña perdió la sonrisa y alargó los brazos hacia Jessie que la cogió rápidamente mientras su hermano se tensaba porque ellas no daban su brazo a torcer. La sujetó por la cintura. —Vamos dentro, cielo.

Se dejó llevar y la señora Halleran se puso a discutir con sus hijas. Miró de reojo a Everett. —Cariño...

—No te preocupes. Hablaré con ellas.

Angela se abrazó a su cuello mirando a las gemelas y entrecerró los ojitos viendo a esas dos mujeres que no querían a su madre.

Después de la misa en la que las gemelas se sentaron detrás porque no querían compartir el banco de la familia con ellas, Jessie estuvo incómoda todo el tiempo y Angela estuvo inquieta mirando hacia atrás cada poco. La madre de Everett quiso que se sintiera cómoda, pero al salir de la iglesia fue evidente que aquella comida iba a ser un desastre porque ellas no daban su brazo a torcer y la mirada de odio de Amber era prueba de ello.

—Jessie... —Miró a su hermana. —Me duele la barriga. —La cogió en brazos y le pasó la mano por la frente. —¿Podemos irnos a casa?

Qué lista era. Cada día la sorprendía más. —Sí, cielo.

—Nena...

Miró a Everett a los ojos. —¿Nos llevas a casa?

Él apretó los labios antes de mirar a sus hermanas que sonrieron satisfechas. —Sí, claro.

—Oh, lo siento mucho —dijo su madre aliviada—. Espero que te repongas pronto.

—Vamos. —Everett muy tenso bajó los escalones a su lado.

Su hermana puso su cabeza sobre su hombro y Jessie sintió como empezaba a pesarle. Menos mal que llegaron a la ranchera. Cuando ya se habían subido, Everett fulminó con la mirada a su hermana pues pasaron a su lado para ir a buscar su coche. Juró por lo bajo arrancando.

—¿Sabes, Everett? —preguntó Angela—. Me gusta la pizza.

Él miró a la niña que estaba sentada entre los dos. —¿No me digas?

—Sí, cuando se me pase el dolor de tripa, me gustaría comer pizza.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Y cuándo crees que será eso?

—No sé... ¿Cuando me coma un helado?

Jessie puso los ojos en blanco y Everett rió. —Pues hay que comer ese helado de inmediato.

—Everett, luego no comerá.

—Pues un pedazo de pizza y después el helado. —Le guiñó un ojo a la niña que sonrió encantada.

—¿Ves? Él sabe negociar.

—La que sabes negociar eres tú, pillina.

—Lo sé.

La sorprendió lo bien que se le daban los niños. No le hablaba de manera infantil y la escuchó durante toda la comida como si lo que dijera fuera realmente importante. Le dio una moneda para jugar a una antigua máquina de marcianitos que le encantaba y cuando se alejó sonrió mirándola a los ojos. —Nena, has hecho un trabajo increíble.

Se sonrojó de gusto. —Gracias.

—Sobre lo que ha pasado no quiero que te preocupes, ¿de acuerdo?

—No va a funcionar. No pueden ni verme.

—Ni tú a ellas.

—Yo al menos tengo educación.

Everett asintió. —Lo siento.

—No es culpa tuya. No me soportan desde la guardería.

—Otra cosa que no entiendo. No había año que no hubiera una pelea entre las Halleran y Jessie Foeller. —Se puso cómodo pasando el brazo tras su espalda. —¿Y ese odio mutuo?

—Queríamos el mismo juguete. Amber me lo quitó de las manos y yo se lo volví a quitar. Al

final perdí yo porque se metió Ashley.

Él cogió un mechón de su cabello. —Esta vez no vas a perder tú y no soy un juguete. —Se miraron a los ojos. —No tienen derecho a meterse en mi vida y aunque lo tuvieran no les haría caso.

—No quiero que...

—Shusss... —Se acercó y le dio un suave beso en los labios. Disfrutó tanto de esa caricia que cerró los ojos.

—Everett, ¿me das otra moneda?

Se volvió para ver a su hermana sonriendo de oreja a oreja, lo que fue un alivio la verdad, porque podía ser muy celosa. —No hay más monedas, señorita.

Everett iba a decir algo, pero ella le advirtió con la mirada. Reprimió la risa negando con la cabeza y Angela suspiró subiéndose de rodillas al asiento de cuero para sentarse en frente. —¿Cuándo os casáis?

Se puso como un tomate. —¡Angela!

—¿Seré la madrina? ¡Quiero ser la madrina!

Dios, qué vergüenza. —No nos vamos a...

—No puedes ser la madrina, pequeña. Llevarás los anillos.

Se le cortó el aliento mirando a Everett. —¿Qué dices? No mientas a la niña.

Everett sonrió de esa manera que la volvía loca y apoyó los codos sobre la mesa acercándose a Angela. —¿Me aceptas como marido de tu hermana?

La niña le miró fijamente y se arrastró por el asiento para ponerse en frente de él. —¿Tendré mi habitación?

—Una bien grande, con vistas a los establos.

Jessie no se lo podía creer y más cuando su hermana lo miró con ilusión. —¿Tendré mi caballo?

—¡Everett ya está bien!

Ambos la miraron como si fuera un estorbo y jadeó mientras volvían a mirarse a los ojos. —Un pony. Cuando crezcas más hablamos.

La niña estiró la mano. —Hecho.

—Muy agradecidos, chicos —siseó con rabia viendo cómo se daban la mano cerrando el trato. Se levantó cogiendo su bolso—. ¿Nos vamos?

—Se ha enfadado —susurró Angela.

—Esto lo arreglo ahora. —Se giró hacia ella sin levantarse. —Nena, ¿quieres casarte conmigo?

Dejó caer el bolso al suelo de la impresión al ver que metía la mano dentro del bolsillo interior del traje mientras Angela se ponía de pie sobre el asiento dando saltitos. Fue como si el tiempo se detuviera y vio como a cámara lenta sacaba la mano del bolsillo mostrándole un precioso y antiguo anillo con una esmeralda cuadrada. —Era de mi abuela. Ha formado parte de la familia Halleran desde hace más de cien años. Pero no lo elegí por eso, cielo. Sino porque en cuanto lo vi supe que era perfecto para ti. —Sonrió mirando sus ojos verdes que estaban llenos de lágrimas de la emoción. —Puede que pienses que llevamos muy poco tiempo juntos, pero sé que eres la mujer que necesito en mi vida y no quiero perder un minuto más sin estar a tu lado. Cásate conmigo, preciosa.

—¡Di que sí! ¡Di que sí! —gritó Angela emocionada mientras toda la pizzería les miraba.

Pero ella no fue consciente de nada excepto de él y emocionada susurró —Nada me gustaría

más que ser tu esposa.

Everett se levantó y la cogió por la cintura atrayéndola a él para besarla. Se abrazó a su cuello disfrutando de ese beso queriendo recordarlo el resto de su vida. Él se apartó y riendo cogió su mano. —Esto es culpa de tu hermana. Pensaba hacerlo en otro momento. No ha sido muy romántico.

Rió mirando a su hermana que aplaudía como los demás antes de ver como ponía el anillo en su dedo. Le quedaba perfecto y él acarició su mano. —Te quiero, nena.

Se echó a llorar y le abrazó con fuerza. Everett la apretó a él acariciando su espalda. —No llores, preciosa. Es un día alegre.

—Te quiero.

La apartó para mirarla a los ojos sonriendo. —Creía que me dirías que no.

—¿De verdad?

—Con todo lo que te has resistido para una cita pensé que iba a sudar sangre para llevarte al altar.

Rió mirando a su hermana que caminó hasta ellos sobre el asiento con los brazos extendidos y Everett la cogió en brazos. —Así que ahora somos una familia —dijo su hermana ilusionada—.

¿Serás mi papá?

—Haré lo que pueda. —La besó en la mejilla haciéndola reír del gusto.

—Con eso me vale.

Capítulo 7

Jessie no se lo podía creer. Caminaba como en una nube hasta el almacén de la señora Houseman mientras los vecinos que se cruzaban con ella la felicitaban porque ya lo sabía todo el pueblo. El día anterior había sido perfecto. Everett las acompañó a casa y se pasó toda la tarde con ellas ayudándolas a hacer el barco y ahora entendía lo que había querido hacer la profesora de la niña. Que todos se pasaran un tiempo en familia. Y había sido perfecto. Menos mal que estaba Everett porque a ella siempre se le habían dado fatal las manualidades. La niña estaba contentísima con su barco y cuando la había llevado al colegio presumía de que lo había hecho con su nuevo papá. Luego lo aclaraba todo, claro, pero para ella había sido una novedad y le había clasificado en el papel de padre. Eso le hizo pensar si no debía ser sincera respecto a la paternidad de su hermana. Porque en realidad eran tan hermanos como ellas. Igual era mejor callarse porque de esta manera también tendrían trato. Pensando en ello entró en el almacén empujando la puerta y sonrió al ver a Everett hablando con su jefa.

—¿Qué haces aquí?

—¿Es esa manera de recibir a tu futuro marido?

Se acercó y sonrojada le dio un breve beso en los labios porque les estaban mirando.

—Al parecer se te ha olvidado lo de la rata del almacén, pillina —dijo su jefa divertida.

Gimió por dentro roja como un tomate. —¿Tenía que sacar el tema?

Everett se echó a reír. —El que la sigue la consigue.

—Eso veo —dijo la señora Houseman. —Se os ve muy felices juntos. Felicidades.

—Gracias.

—Nena, te paso a buscar después del trabajo para comer. —La besó en la sien antes de coger varias cosas para el rancho. —En mi casa —dijo como si nada.

Gruñó mirando sus viejos vaqueros y su camiseta azul de tres pavos. Pero iba a vivir allí, así que tendrían que acostumbrarse a verla de esa guisa. Le siguió hasta la ranchera. —¿Se lo has dicho? —Everett la miró dejando un rollo de alambre en la parte de atrás. —¿Cómo se lo han tomado?

—Mi madre ya lo imaginaba cuando le hablé de ti —dijo acercándose a ella—. Y a mis hermanas no se lo he dicho porque no es de su incumbencia. Ni siquiera viven en el rancho. Ashley no me pidió permiso para comprometerse. Además, ayer se fueron a Houston por la tarde y como yo llegué de madrugada no las he visto. No pienso llamarlas hasta que no se disculpen.

—No quiero que os enfadéis.

Él sonrió y le dio un rápido beso en los labios antes de abrir la puerta de la ranchera. —Te veo luego. No quiero que te preocupes por esto. Tu elige el vestido de novia más bonito de Texas y asegúrate de apuntar la fecha de la boda no vayas a dejarme plantado.

Rio viéndole subir al coche. —Lo intentaré.

Le guiñó un ojo arrancando el coche y ella se subió a la acera viendo cómo se alejaba. Se sentía tan feliz... Jamás en su vida había sido tan feliz como en ese momento. Eso le hizo perder la sonrisa un poco porque las Foeller no solían tener suerte y más en el amor. Esperaba que esas brujas no le fastidiaran la boda.

Sentada a su lado puso una mano en su muslo al ver el rancho. En el pasado había ido alguna vez a ayudar a su madre si era necesario y solo en sus alocados sueños había pensado que viviría allí. La casa era preciosa. Pintada de blanco tenía un porche increíble que la rodeaba lleno de macetas de terracota que estaban plagadas de flores pues a la señora Halleran le encantaban. Tenía diez habitaciones, más que suficiente para los habitantes de la casa y para Clare que llevaba trabajando para ellos toda la vida y se encargaba de la cocina. Se puso muy nerviosa cuando Everett detuvo la ranchera ante el porche y se volvió hacia él. —¿Crees que estamos haciendo bien?

Everett sonrió. —¿Tienes dudas, nena?

—Es que nunca creí... Todo esto.

Él acarició su cuello. —Estás abrumada. ¿Voy muy deprisa?

—Pues un poco, la verdad.

Se echó a reír. —Ya me extrañaba a mí...

Cogió su mano. —¿Seguro que no te lo quieres pensar un poco?

—¿Y tú?

—No —dijo sinceramente mirándole enamorada—. Estoy muy segura de que quiero estar contigo.

Everett sonrió y se acercó para besarla. Ella le cogió por la nuca disfrutando de su beso y cuando se apartó él susurró —No tienes nada que temer de mi madre. Está encantada, te lo aseguro.

Suspiró del alivio y volvió a mirar la casa. En ese momento la señora Halleran salió al porche sonriendo mientras se limpiaba las manos en el delantal. —¿Ves? ¿Tiene pinta de ogro?

—Muy gracioso —dijo abriendo la puerta sonriendo—. Buenas tardes, señora Halleran.

—Oh por Dios, llámame Martha —dijo bajando los escalones. Le cogió las manos antes de abrazarla—. Bienvenida a la familia.

—Gracias —dijo emocionada porque no se lo esperaba.

Se apartó de ella mirándola fijamente con sus ojos castaños. —Es extraño que después de tantos años viviendo en el mismo pueblo, incluso con tu madre trabajando aquí, casi no hayamos hablado.

Se sonrojó ligeramente porque en parte había sido culpa suya. Cuando iba a la casa estaba tan intimidada que no abría la boca y después pasó lo que pasó.

—Ahora tendréis mucho tiempo para conoceros. —Everett la cogió por la cintura. —¿Pasamos? Estoy hambriento.

Martha puso los ojos en blanco. —Si tiene hambre se pone intratable.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? —preguntó él divertido.

—Cariño, te conozco desde hace años. Un día por poco te comes a Mónica porque se retrasó tu hamburguesa.

Martha se echó a reír. —Se libraría por los pelos.

—Por no escucharle de nuevo cada vez que entrega un pedido dice que es para él, así Frank sabe que tiene que dejar todo lo que esté haciendo no vaya a ser que el señorito se cabree.

Everett se sonrojó mientras su madre se reía. —¿Es cierto que inició una pelea el otro día? —preguntó su madre cómplice.

—En realidad la empecé yo.

Everett gruñó. —Eso no es del todo cierto.

—Si hubiera disimulado ni te habrías enterado.

Martha la miró impresionada. —¿Y no tienes miedo de que te golpeen?

—Al principio me escondía tras la barra, pero me di cuenta de que pegando palos pasaba menos miedo y ayudaba.

—Te admiro.

—De todas maneras, dejarás el trabajo enseguida.

Se le cortó el aliento mirando a Everett. —Pero tengo que trabajar.

—Nena, no voy a dejar que llegues a casa todos los días a las mil. Y el trabajo de por la mañana también lo dejarás. —Llegaron al comedor y él apartó una silla levantando una ceja al ver que se resistía a perder su independencia. —Jessica no vas a trabajar en el bar ni en el almacén. Serás mi mujer.

Puso la mano en la cintura. —¿Y voy a ser una mujer florero? —Miró de reojo a su madre y Jessie se sonrojó. —Quiero decir...

—No te disculpes, querida —dijo sentándose frente a ella después de quitarse el mandil—. Es lógico que pienses así. Yo no había trabajado nunca, pero tú eres una mujer independiente que ha luchado por su hermana para salir adelante sin ayuda de nadie. Te tienes que sentir rara ante su petición.

Everett suspiró cuando le miró levantando una ceja. —No trabajarás en el bar. No hay más que hablar.

—Pues me quedo en el almacén. —Se sentó como si nada y le escuchó gruñir, pero se mordió la lengua.

En ese momento llegó Clare con una bandeja y Jessie se levantó de inmediato. —Deja que te ayude.

—No es nada, niña. Siéntate —dijo con cariño.

Se sentó sintiéndose rara porque alguna vez había comido con ella y ahora comía en la mesa de los señores. —¿Cómo estás, Clare?

—Encantada de la decisión de Everett. —Le guiñó uno de sus ojos grises. —No podía haber elegido mejor.

—Se puso muy pesado. —Todas se echaron a reír al ver la indignación del dueño de la casa y ella le cogió la mano. —¿Verdad, cariño?

—Sí, algo pesado sí que fui.

—¿Cuándo es la boda?

Jessie se quedó en blanco. —Pues... —Miró interrogante a Everett que como si nada empezó a servir el agua. —No lo hemos hablado.

—El mes que viene. El día cinco. Ya lo he hablado con el pastor.

—¿Qué?

—¿Un mes? Es muy poco tiempo para preparar una boda —dijo su madre atónita—. Mira tu hermana. Normalmente se tarda meses en planificar...

—Yo no voy a esperar meses —dijo él sonrojándola—. Y le doy un mes para que se compre el vestido y avise a sus amigos. La celebraremos aquí. Además, el mes que viene la niña termina el colegio, así que es perfecto.

Había pensado hasta en que la niña no tuviera colegio para el cambio. No se lo podía creer.

—Oh, va a ser estupendo tener un niño en casa —dijo Clare emocionada—. Es para comérsela.

—Es más lista que el hambre —dijo Everett divertido—. No sé cómo lo hace, pero siempre

consigue lo que quiere.

—Tú eres igual, hijo. Seguro que Jessica sabrá manejarte.

Todas se echaron a reír sonrojándole. —Muy graciosa, mamá.

La comida fue muy agradable y cuando terminaron ayudó a recoger porque se negaba a que Clare lo hiciera todo. Volvía de la cocina con la cafetera cuando escuchó decir —Estás seguro, ¿verdad?

—Sí, madre.

—Tiene una niña. Eso traerá problemas. No es hija tuya y es su hermana...

—Ella ejerce de madre y yo de padre. Espero estar a la altura. —Jessie sonrió.

—No me malinterpretes. Son encantadoras, pero ella lleva una carga...

Crispó los labios apretando el asa de la cafetera sin darse cuenta. Estaba claro que había puesto buena cara, pero tenía dudas e intentaba que se diera cuenta de que no era apropiada para él. Suavemente, pero lo intentaba.

—Y además, tus hermanas... Os adoráis. Ellas te quieren con locura. Sabes lo que ocurrirá, ¿verdad?

—Al parecer ya se han enterado. ¿Las has llamado, madre?

—Después de lo que ocurrió ayer cuando llegaron a casa, debía llamarlas para ponerlas al tanto y que se comportaran.

—Exacto. Son ellas las que tienen que comportarse. Y si tanto me quieren respetarán mi decisión, aunque no les guste nada.

Su madre se quedó en silencio y escuchó tras ella. —Ten cuidado con la cafetera no te quemes, cielo.

Se avergonzó porque la había pillado escuchando, pero Clare hizo un gesto con la cabeza sin darle importancia llevando en las manos una tarta de chocolate.

—No te preocupes. No quema.

Entraron juntas en el comedor y Everett sonrió mientras Clare decía —Recuerda donde está todo. No me extraña que sacara tan buenas notas.

—¿Buenas notas? —preguntó Martha confundida.

—Sí, su madre me lo dijo una vez. La mejor del instituto.

Se sonrojó sentándose. —No era para tanto.

—Y trabajaba para ayudar en casa, no como esos niñatos que no sacan buenas notas y encima no pegan un palo al agua.

—Bueno, eso ya pasó —dijo avergonzada sirviendo el café a Everett que la miró fijamente.

—Nena, por aquí no hay universidades y...

—¿Café, Martha?

—Sí, gracias.

Clare cortó la tarta poniéndole un pedazo a Everett. —Igual no quiere estudiar. Por la niña.

—Por supuesto que no voy a ir a la universidad —dijo como si nada—. Pero si no trabajo por la noche, estudiaré algo en el politécnico.

Everett sonrió. —Muy bien. Y cielo, si fuera algo que estuviera relacionado con la administración del rancho, me vendría de perlas.

Se echó a reír. —Tendrás cara.

—Si vieras lo que me cobra el contable no dirías eso.

—Está bien que te impliques en el rancho —dijo su madre con una dulce sonrisa.

Jessie sonrió, pero algo en su interior había puesto una barrera a Martha porque no era sincera

respecto a lo que opinaba de su futuro matrimonio. Al parecer lo que se decía de las suegras era cierto. —Ya veremos dentro de unos meses. Tengo que averiguar si hay plazas.

—Si tienes problemas, me lo dices y hago una llamada. —Jessie levantó una ceja. —Nena, es por ayudar.

—Me ayudo sola.

Él gruñó bebiendo de su café mientras Clare se reía. —Es una mujer con todas las letras.

Everett la miró a los ojos. —Estoy totalmente de acuerdo.

—Te quiero —vocalizó.

Capítulo 8

Frenó en seco ante el colegio y sin sacar las llaves corrió hacia la entrada donde la directora ya la estaba esperando. Pálida preguntó —¿Qué ha pasado?

—Se cayó del columpio en el recreo. No es grave no te asustes.

—¿Cómo que no me asuste? —gritó preocupadísima—. ¿Dónde está?

—En la enfermería —dijo entrando en el colegio.

Jessie la siguió y cuando llegaron a un pasillo escuchó un llanto y corrió hasta una puerta abriéndola de inmediato. Su niña estaba tumbada en una camilla y al ver la sangre en su cabeza se acercó a toda prisa cogiéndola en brazos. Angela no dejaba de llorar y pudo ver la brecha que tenía en la cabeza, empezando en la coronilla y se asustó de veras al ver su tamaño. Además, sangraba muchísimo. —Estoy aquí, mi amor. —La pegó a ella fulminando a la directora con la mirada. —¿Por qué no está aquí la ambulancia!

—No la he llamado —dijo la enfermera tendiéndole unas gasas que Jessie le arrebató para ponérselas sobre la herida—. Solo necesita unos puntos y...

—¿Es usted médico? —gritó acallándola—. ¿Le ha hecho las pruebas necesarias para saber si tiene algo más o no?

La enfermera se tensó. —Tengo años de experiencia.

—¿Su experiencia me la paso por el culo! —gritó saliendo con su niña de la enfermería.

—¿Uy, qué grosera!

—¿Se va a enterar de lo grosera que soy como a mi niña le pase algo!

Everett entraba en ese momento y corrió hasta ella. —¿Qué tiene?

—No han llamado a una ambulancia —dijo angustiada.

—Tranquila, nena. Vamos, no puedes conducir así.

A toda prisa salieron del colegio y la ayudó a subir al coche sin soltar a Angela que se aferraba a ella. —Me duele —lloriqueó la niña.

—Lo sé, cielo. —Se dio cuenta de que se había dejado el bolso en su coche. —¿Tienes algo para taponar la herida? Esto ya está empapado.

—Hay un botiquín bajo el asiento.

Inclinándose con cuidado de no hacer más daño a la niña estiró el brazo y sus dedos tocaron algo redondo. Palpó tocando la lona y tiró de ella para ver un botiquín de buen tamaño.

—Ahí tienes de todo.

Encontró en él gasas y con cuidado se la puso a la niña en la cabeza que gimió de dolor. —Lo siento, lo siento. —Sus ojos se llenaron de lágrimas abrazándola a ella. —Estoy aquí. Estoy contigo. —Angustiada miró la carretera. —Sangra mucho, Everett... vamos a la consulta de la doctora López. Ella llamará al helicóptero si lo cree necesario.

Everett asintió girando hacia la derecha en la intersección en dirección al pueblo. Acelerando miró a la niña de reojo mientras Jessie le cantaba en voz baja para intentar calmarla. —Ya llegamos, nena.

Ella vio que ya entraban en el pueblo y casi llora del alivio porque la doctora López sabría qué hacer. En cuanto llegaron él salió de la ranchera y corrió a la consulta para avisar a alguien.

Jessie no quiso perder tiempo y abrió la puerta sonriendo a su niña que había abierto los ojos. — Ya verás, la doctora te va a dar un caramelo enorme.

—Everett no me lo dio. Como no fuimos a su casa —gimoteó con los ojos llenos de lágrimas.

—Iremos pasado mañana. ¿Recuerdas que te lo dije? Para la comida del domingo.

—¿Y tendré mi caramelo?

—El caramelo más grande de Texas. —Salió de la camioneta y en ese momento salió una enfermera con una camilla.

—Colócala ahí, Jessie —dijo Roxi que la conocía de toda la vida.

—¡No! —gritó Angela sin querer soltarla.

Everett se pasó la mano por el pelo nervioso. —Cielo, tienen que mirarte para ponerte buena.

—Ya la llevo yo —dijo no queriendo alterarla yendo hacia la consulta.

En ese momento la doctora abrió la puerta dejándola pasar y apretó los labios al ver la gasa. Se dio cuenta de la situación enseguida. —Pasa a la consulta. —Cuando llegaron, Everett muy tenso se puso a un lado cruzando los brazos. —Vamos a ver qué tenemos aquí —dijo quitándole la gasa con cuidado—. Vaya pirata que vas a parecer.

—¿Una pirata? —Angela volvió la cabeza para mirarla.

—Cómo vas a fardar en el cole. ¿Te sientas en la camilla para que sepa cuánta gasa te tengo que poner?

—No —susurró pegándose a Jessie que la miró angustiada.

—Tranquila, habla con normalidad y está consciente. —La doctora sonrió de nuevo a la niña. —¿No te sientas en la camilla? Si lo haces, verás el osito de peluche que tengo para ti.

—No lo quiero —dijo llorando—. Quiero irme a casa.

—Angela, eres una niña grande y tienes que hacer caso a la doctora —ordenó Everett muy serio.

La niña le miró y al ver que estaba serio dijo —¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Siéntate en la camilla.

Asombrada vio que la niña se enderezaba para mirarla a la cara. —¿Tengo que hacerlo?

Jessie sonrió. —Sí, cielo. Cuanto antes mejor. Ya verás como no es nada y nos iremos a casa. —Le guiñó un ojo. —Y con el osito de la doctora.

—Vale.

La sentó sobre la camilla y Angela no protestó cuando la doctora la acostó. Al verla allí tumbada se abrazó a sí misma intentando no demostrar el miedo que estaba pasando. Everett le pasó una mano por el hombro pegándola a él.

Roxy y la doctora la desvistieron y la examinó concienzudamente hablando con ella de la boda. Como era un tema que la emocionaba mucho, Angela se relajó un poco diciendo cómo sería su vestido y que el vestido de su hermana era de princesa, pero al cabo de unos minutos sollozó de nuevo al tocarle la cabeza justo antes de que empezaran a ponerle los puntos. —Me duele...

—Lo sé, cielo. Pero en cuanto te ponga la venda no te va a doler nada. Roxy, prepárala para rayos. —Se volvió hacia ellos. —Creo que tiene una fractura en el brazo derecho por cómo le duele, aunque el hueso no está desplazado. Y ha perdido mucha sangre, así que voy a hacerle un análisis a ver si necesita una transfusión. Su tensión es un poco baja.

—¿Y la cabeza?

—No da signos de que tenga una hemorragia interna o algo por el estilo. De todas maneras, esta noche se quedará aquí para que pueda vigilarla. No quiero enviarla al hospital que es más frío que un entorno conocido.

—Bien —dijo Everett porque ella no era capaz de hablar del nudo que tenía en la garganta. La doctora sonrió cogiendo la mano de Jessie. —¿Quieres un sedante? Estás pálida.

—No.

—Sí, doctora. Dele algo. Está temblando.

—Es muy suave. Ya verás.

—Ocúpese de Angela, por favor.

Roxy hablaba con la niña en voz baja para distraerla mientras la cogía en brazos para sentarla en una silla de ruedas. —Ya verás la foto de tu hueso. Cuando la enseñes en el cole van a envidiarte un montón

—Bobby Baxter llevó la foto de su pierna.

—Pues la tuya va a ser del brazo y se van a ver los dedos.

—Hala.

Everett sonrió del alivio al verla mucho mejor, pero Jessie no se relajó aunque la vio sonreír de ilusión. La doctora se acercó a ella con la pastilla en la mano y un vasito de agua, pero ella no la vio porque de repente todo se puso negro cayendo redonda en el suelo de la consulta.

—Sí, le pasó también cuando murió su madre. Es de la tensión. No te preocupes. Su cuerpo se libera de esta manera. Es un mecanismo de defensa.

Abrió los ojos y sonrió con tristeza al verles a ambos sobre su cabeza. —¿Me he desmayado?

—Sí, te vas a quedar aquí tumbada mientras me encargo de tu hermana, ¿de acuerdo? No quiero que te muevas.

—No se moverá —dijo Everett cogiendo su mano. Y mirándola a los ojos sonrió—. Vaya día que me estáis dando.

Sonrió más ampliamente sin poder evitarlo. —Estoy bien. —Apretó su mano. —¿Ya te vas dando cuenta de dónde te estás metiendo?

—De lo que me he dado cuenta es que me necesitas, nena. —Se agachó y le dio un suave beso en los labios. —Y estoy aquí para lo que haga falta.

Acarició su mejilla con la mano libre. —Gracias.

Sonrió con picardía. —Dos semanas, futura señora Halleran.

—Uff... suena a vieja.

Él se echó a reír. —Muy bonito.

—Angela...

—Está bien cuidada. No te preocupes. La doctora sabe lo que hace. —Acarició su cabello apartando sus rizos de la cara. —Quiero que os mudéis a casa.

—¿Ya?

—Sí, ya. Y quiero que dejes ya el trabajo. Te ocuparás de los detalles de la boda y allí será más fácil cuidar a Angela entre todos. Tienes que descansar para la luna de miel que estoy preparando.

Los ojos de Jessie brillaron de la ilusión. —¿Luna de miel? ¿A dónde?

—Es una sorpresa. —Se agachó dándole un beso. —Joder nena, menudo susto. Los dos.

—¿Has hablado con tus hermanas?

Everett se tensó enderezándose. —¿No te dije que yo arreglaría esto?

—Sí, pero...

—Yo sé cómo tratarlas. No te preocupes más. No tienes que llevar todo el peso sobre tus hombros. Esto es cosa mía.

Suspiró mirando al techo. —Muy bien. Espero que no nos arruinen la boda tirándose sobre mí

de la que voy al altar.

—Eso no pasará. Te lo aseguro.

Se pasó toda la noche al lado de la cama de su hermana sentada en una silla, inquieta por si le dolía la cabeza. Afortunadamente el hueso no lo tenía roto lo que era un alivio, aunque la niña se decepcionó un poco porque quería su escayola. Hizo una mueca de dolor al ver el morado que le estaba saliendo en el brazo. Tampoco tuvieron que ponerle una transfusión. Otro alivio porque era algo por lo que no quería que pasara su hermana, que ya tenía bastante con el costurón que tenía en la cabeza. Cuando pillara a la directora del colegio se iba a cagar.

Miró su reloj de pulsera. Eran casi las ocho de la mañana. Everett estaría al llegar. Le había dicho que iría por la mañana a recogerlas. Se levantó sin despertar a su hermana y fue hasta la puerta para ir por un café a la pequeña máquina que había al lado del mostrador. Abrió la puerta en silencio y fue hasta el final del pasillo. Iba a dar la vuelta a la esquina cuando escuchó una vibración y se detuvo llevando su mano al bolsillo trasero del pantalón recordando que se había dejado su bolso en su coche.

—Amber, ahora no puedo hablar.

Se le cortó el aliento al escuchar a Everett tras la esquina. —Joder, ya lo hemos hablado mil veces. ¿Crees que yo quiero esto? Pero Angela...

Se tensó al escuchar el nombre de su hermana y dio un paso hacia él en silencio. —Sí, ya sé lo que me dijisteis —siseó intentando no levantar la voz—. Para vosotras debería ser mucho más fácil. Podríais disimular un poco, ¿no? ¡Soy yo quien va a casarse para cubrir el culo a papá!

Palideció dando un paso atrás de la impresión. —No te lo voy a decir más. Os quiero el domingo en la comida y os comportaréis para que se relaje. ¡Cómo me jodáis la boda, vamos a tener más que palabras! ¡Le hice una promesa a papá y pienso cumplirla!

Impresionada y no queriendo escuchar más, corrió hacia la habitación entrando en ella a toda prisa. Se sentó al lado de su hermana sintiendo que su corazón se retorció de dolor. No la quería. Todo había sido mentira. La impresión de que supiera quien era Angela la había dejado atónita. ¿Qué pretendía?

La puerta se abrió suavemente y Everett entró sonriendo, perdiendo la sonrisa al ver su pálido rostro. —¿Qué ocurre, nena? ¿Ha empeorado?

Le miró incrédula sin poder evitarlo. Parecía realmente preocupado por su bienestar. Y todo era mentira. Él se agachó ante ella y susurró —La doctora me ha dicho que ha pasado buena noche.

—¿La doctora?

—¿Te encuentras bien? Tienes que estar agotada. —La besó suavemente en los labios y Jessie cerró los ojos sintiendo un dolor terrible en el pecho que la estremeció. Everett la miró frunciendo el ceño. —Voy a decirle a la doctora que te mire la tensión. Estás muy pálida.

En ese momento Angela gimió y ella se levantó de inmediato cogiendo la manita de su hermana que abría en ese momento sus preciosos ojos verdes. Reprimiendo su dolor forzó una sonrisa. —¿Cómo estás, mi amor?

—Me duele. —Intentó tocarse con su otra mano la cabeza, pero ella se la cogió con suavidad acercándola a sus labios y besándola.

—Enseguida te da algo la doctora para que no te duela nada de nada —dijo Everett tras ella.

En ese momento ese dolor se multiplicó por mil porque todo su interés era fingido y tensándose le miró sobre su hombro. —¿Puedes llamar a la doctora, por favor?

Él sonrió al ver algo de color en su rostro. —Enseguida vuelvo.

—Tengo hambre.

Sonrió a su hermana. —Eso está muy bien. Ayer no cenaste nada porque te quedaste dormida enseguida.

Angela frunció su naricilla. —¿Qué te pasa a ti?

—Nada, mi cielo. Lo que pasa es que quiero que te pongas bien pronto. Soy muy tonta y me preocupo por ti.

—Tú no eres tonta. Y si no te preocupas tú, ¿quién se va a preocupar? —Se sentó en la cama y la abrazó por el cuello. —Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida. —Cerró los ojos reprimiendo las lágrimas. —Por ti haría cualquier cosa.

—Y yo por ti —susurró contra su oído.

Sonrió acariciando su espalda. —¿Sabes? Hoy no voy a ir a trabajar y tú no vas a ir al cole. Pasaremos todo el día juntas viendo la tele y comiendo porquerías.

Angela se apartó para mirarla ilusionada. —¿De verdad? ¿Toda para mí?

—Toda. Haremos lo que te apetezca.

En ese momento entró la doctora que sonrió al verla sentada. —¿Cómo está mi campeona?

—Muy bien. Quiero irme porque voy a comer tortitas. Me las va a hacer Jessie. Son las mejores del mundo.

Everett tras la doctora sonrió. —Yo también quiero.

Jessie se mordió la lengua mirando a la mujer. —Es seguro que me la lleve, ¿verdad?

—Totalmente. Ha pasado una noche estupenda y solo hay que esperar que desaparezcan los hematomas y se curen los puntos. Tráemela en tres días para echarle un ojo. En el desayuno y en la cena tomará el antiinflamatorio y el antibiótico.

—Muy bien. Gracias por dejar que se quedara aquí. Sé que para usted es un trastorno porque no ha podido dormir en casa.

—Son gajes del oficio. Mi marido está acostumbrado a que algún día a la semana tenga aquí a algún paciente. Y yo lo prefiero en lugar de ir hasta Houston para asegurarme de que todo va bien.

Era una mujer increíble. —Gracias. La factura...

—No te preocupes de eso, nena.

Con ganas de gritar se levantó fulminándole con la mirada. —Esto es cosa mía, así que por favor no te metas.

Todos se quedaron en silencio con su actitud. La doctora le miró de reojo antes de decir —No tienes que preocuparte por eso. En realidad, solo han sido unos puntos. —Le guiñó un ojo a Angela. —Y no te regalé nada en tu cumpleaños.

—No vino y estaba invitada —dijo la niña entrecerrando los ojos—. Es un regalo muy raro. ¿Dónde está mi osito?

La doctora se echó a reír. —Lo tengo en el despacho.

Ni corta ni perezosa se bajó de la cama con su pijamita de hospital y corrió hasta la puerta. —Angela, estás descalza.

La doctora la siguió riendo y Jessie también iba a salir, pero Everett muy serio la cogió por el brazo. —Nena, ¿se puede saber qué coño te ocurre?

—A mí nada. —Se soltó el brazo. —¿Y a ti?

—Desde que he llegado estás muy rara y...

—Mira, mejor hablamos mañana. No hace falta que te quedes. Me llevaré a la niña a casa... llamaré a Tony.

—¿A Tony? —Parecía que no se lo creía. —Y una mierda. Me vas a decir qué coño está

pasando.

Así que se hacía el tonto. Sintió que la rabia la hacía querer gritarle a la cara que era un cerdo, que le odiaba por hacerle daño de esa manera y jugar con sus sentimientos. Por engañarla. Entonces algo le dijo que si ellos jugaban así con sus vidas, ella podía hacer lo mismo. Hacerle el mismo daño que su maldita familia había hecho a la suya, a ella misma. El odio y las ganas de vengarse mitigaron su dolor mientras miraba esos traicioneros ojos azules y de pronto sonrió ligeramente dejándole confundido. —No me pasa nada, cielo. Estoy algo nerviosa por Angela y quiero estar sola con ella. Solo eso.

—Parece que estás enfadada conmigo. Distante. No has respondido a mi beso y me has mirado como si me odiaras.

—Cariño, con lo que te quiero. —Se acercó a él y reprimiendo la bilis que pugnaba por salir le abrazó por la cintura mirándole como si estuviera totalmente enamorada. —Lo siento. Es culpa mía.

Everett pareció aliviado abrazándola. —Por un momento me he asustado.

—¿Tan grave sería? —preguntó como si bromeara.

La pegó a él. —No tiene gracia, nena. —La besó en los labios y no le quedó más remedio que responder, odiándose a sí misma por disfrutar de lo que le daba en ese momento porque su corazón solo quería gritar de dolor.

La niña chilló de la alegría y se apartó de él mirando hacia la puerta donde su hermana tenía un osito tan grande como ella en color rosa. —Vaya, es grande.

La doctora rió. —Pues quería comprarlo más grande, pero me di cuenta de que igual no podía manejarlo.

—¡Me encanta! —exclamó dando saltitos haciendo que los rizos rubios botaran.

Everett se agachó ante ella. —¿Y cómo le llamarás?

—Osita.

—Pues Osita quedará estupendamente en tu habitación.

—¿Será rosa?

—Por supuesto. Ya la están pintando.

Jessie apretó los puños luchando por no perder la sonrisa. Sería cabrón. Ahora lo entendía todo. Quería a Angela en su casa, pero sin dar la cara por ella ante todo el mundo. ¿Y qué mejor manera que casarse con ella para que su hermana fuera de la familia sin que nadie de fuera supiera sus verdaderas intenciones? Era un cabrón de primera.

Everett cogió a su hermana en brazos. —¿Nos vamos? Le devolveremos el pijama.

—Gracias, porque tengo pocos.

—Eso lo soluciono yo —dijo Everett guiñándole un ojo—. Gracias por su ayuda, doctora.

—Oh, por Dios ¡Everett no seas tan formal! Llámame Luisa. —Soltó una risita sonrojándose y eso que llevaba casada al menos diez años. Estaba claro que era un encantador de serpientes. Pues ella pensaba morderle con ganas cuando tuviera la oportunidad. Si creía que iba a salirse con la suya, lo tenía claro.

Everett le sonrió. —Te dejaré de camino en el colegio para que recojas el coche. No quiero que no tengas medio de transporte. Además, tienes que recoger tu bolso.

—Mi amor piensas en todo —dijo saliendo como si nada de la habitación antes de despedirse de la doctora.

Everett frunció el ceño, pero no dijo palabra para luego distraerse con algo que le dijo Angela. Cuando salieron ella le observó mientras sentaba a la niña y Jessie se sentó a su lado

riendo porque la osita estaba entre las dos. Pisó algo con el pie y apartó un brazo del peluche para mirar hacia abajo quedándose helada al ver una barra de labios. Mientras Everett se sentaba tras el volante ella se agachó recogiendo la barra para ponerla en el salpicadero. Él frunció el ceño antes de carraspear. —Será de mi madre.

—Claro que sí —dijo con ironía antes de cogerla de nuevo sacando el capuchón y girando la barra para ver un rojo intenso estilo Valentino—. Este color le va mucho.

—Pues será de una de mis hermanas.

—Claro, es una barra carísima. Seguro que la han comprado en Houston porque no creo que esta marca se venda por aquí.

Eso pareció aliviarle. —¿Ves, nena? Seguro que es de alguna de ellas. Se gastan unas fortunas en maquillaje...

Jessie se mordió la lengua dejándola de nuevo sobre el salpicadero. Ella conocía esa barra de labios. Había visto como Katie sacaba esa barra del bolso para coger su móvil cuando estaba sentada a su mesa el día de la pelea con sus hermanas. De hecho, se la mostró a Amber, que le dijo que era un color precioso que nunca pasaba de moda. Y le había llamado la atención porque era la barra de labios que siempre había querido comprarse. De hecho, era un clásico en la marca y costaba setenta pavos. Mirando la barra que se movía sobre el salpicadero se dijo que solo había una manera de que hubiera acabado en la ranchera de Everett y sintió asco. Auténtico asco imaginándose que le había hecho lo mismo que a ella justo allí.

Al final después de recoger su camioneta y pasar por la farmacia, tuvo que hacer el desayuno para los tres y eso que tenía los nervios destrozados. Disimuló mientras devoraban las tortitas y casi grita cuando vio cómo se sentaba con la niña en el sofá. Se puso a lavar los platos reprimiendo las ganas que tenía de llorar, pero al recordar como él le decía a Amber la frase: —“¿Tú crees que yo quiero esto?” —También recordó el desprecio en su voz y eso la hizo sollozar, pero afortunadamente el sonido de la televisión lo amortiguó. Sin soportarlo más cerró el grifo y salió de la cocina sin pasar por el salón antes de subir las escaleras a toda prisa y encerrarse en el baño. Abrió el grifo de la ducha y quitándose la ropa lo más rápido que podía, se metió bajo el agua dando rienda suelta a su dolor. Se abrazó el estómago sin poder soportarlo. Desgarrada recordó a su madre llorando a escondidas por el dolor que Timothy había provocado por su rechazo. Las noches de soledad, la incertidumbre por lo que ocurriría con su embarazo, su falsa sonrisa diciendo que no pasaría nada y que saldría adelante... Todas las lágrimas derramadas por ellos, desde los golpes en la guardería hasta justo ese momento, hicieron que después de un rato bajo el agua mirara los azulejos azules con la mirada perdida.

Era el momento de que fuera ella la que les hiciera daño por una maldita vez en la vida e iban a recordar su nombre hasta el día de su muerte.

Capítulo 9

Bajó las escaleras con una sonrisa en el rostro, vestida con un pantalón corto y una camiseta de tirantes pues hacía calor. Entró en el salón y gruñó por lo bajo para ver que le había dado a la niña las galletas de chocolate que ella solo le daba en momentos especiales porque eran carísimas y las dos lo veían como una recompensa. Al parecer él pensaba consentirla en todo. Se acercó a ellos y cogió el mando de la tele apagándola.

—Jo, lo estaba viendo...

—Vamos a ver cómo te lavamos el cabello, cielo. —Alargó la mano.

Con la galleta en la mano se levantó y cogió su mano obediente. Levantó una ceja. —Cariño, ¿no tienes que trabajar?

Él suspiró levantándose. —Pues sí. Además, tengo una cita con un ganadero que quiere vender sus vacas. En una hora estará en la finca. —Se acercó y la besó en los labios. Ella respondió como si estuviera encantada. —Te veo luego.

—¿Vendrás a comer?

—¿Pediremos pizza!

Everett rió. —Ya las traigo yo, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Vamos a ver cómo arreglamos esto —dijo mirando su cabello preocupada porque aún tenía sangre pegada en sus preciosos rizos.

Everett le guiñó un ojo a la niña antes de salir de su casa. Jessie puso la otra mano en la cintura. —¿Galletas?

Su hermana soltó una risita antes de meterse toda la galleta en la boca y decir escupiendo galleta —Es un pardillo.

—Muy bonito.

—Me cae muy bien.

—¿No me digas?

—Pero estás enfadada con él.

Se detuvo en seco mirando a su hermana a los ojos. —¿Por qué piensas eso?

—Tienes esa mirada. Pero mucho peor.

—No te entiendo.

—Como cuando te enfadas conmigo, pero no quieres gritarme. Esa. —Su hermana tragó la galleta. —¿Te vas a casar con él?

La miró impotente porque no quería mentirle, pero no se fiaba de que su hermana no se fuera de la lengua y más si le ponían delante un pony. Para una niña de seis años era demasiado tentador. —Estamos preparando la boda. ¿Crees que la suspendería?

—Sí. Si ya no le quisieras. Y para no quererle, ha tenido que hacer algo muy mal porque yo hago cosas mal y no dejas de quererme.

Se agachó ante ella. —Es distinto. A ti nunca dejaría de quererte.

Puso una sonrisa maliciosa. —¿Aunque haga algo muy mal?

—¿Qué está pasando por esa cabecita suya?

—Sus hermanas no me gustan. Son malas. No te quieren.

Jessie sonrió. —¿Y qué habías pensado?

—No, eso no vale. ¿Te enfadarás?

Sonrió orgullosa de ella. —Mientras no te hagas daño...

Angela sonrió radiante. —¡Genial!

—Ahora vamos a quitarte eso del pelo.

—¿No quieres saber lo que voy a hacer?

—Mejor sorpréndeme. Para que no sospechen.

Soltó una risita subiendo las escaleras. —¿Y tú qué vas a hacer?

—Ahí te sorprenderé yo. Y no digas nada.

—Piquito cerrado.

—Exacto. Yo no me chivo de ti ni tú de mí. Ahora a la bañera.

No fue problema evitar acostarse con él los dos días siguientes porque como terminaba tarde de trabajar y él tenía mucho lío en el rancho estaban agotados, así que cada uno a su casa después de un par de besos en el aparcamiento del bar. Pero el sábado era distinto, porque quería que pasara la noche en su casa del pueblo para hacerla gritar a gusto. Y le dieron ganas de gritar pero de la impotencia, así que solo se le ocurrió soltarle que tenía dolores en los riñones lo que indicaba que iba a bajarle la regla. Pero no se dio por vencido y se quedó hasta última hora. Un problema, y muy gordo, porque si se empeñaba en llevarla a su casa no sabía cómo se iba a resistir a acostarse con él, porque se daría cuenta enseguida de que la regla no había aparecido por ningún sitio.

Gruñó al ver como su amable prometido empezaba a levantar las sillas para colocarlas sobre las mesas y barrer más fácilmente los cacahuets y las servilletas que estaban repartidas por el suelo, mientras hablaba con Tony relajadamente. Le miró de reojo barriendo como si quisiera levantar el linóleo negro.

—¿Qué te pasa? —Se sobresaltó al ver a Mónica tras ella. Levantó una de sus cejas morenas apoyándose en el palo de la escoba y susurró —Parece que quieres comerte a alguien y no en el buen sentido.

—Nada.

Mónica se acercó más. —Uy, uy. Estás que fumas en pipa.

—Déjalo, ¿quieres? —Echó un vistazo a Everett que no se había enterado de nada.

Su amiga entrecerró los ojos y se puso a barrer a su lado. —¿Es gordo?

—Bastante —dijo por lo bajo.

—Hostia.

—Por favor no digas ni pío.

—Lo de Tony fue distinto y lo sabes. —Miró a Everett sobre su hombro. —¿Quieres que se vaya y hablemos?

La miró esperanzada. —No se me ocurre nada.

—Déjame a mí. —Se alejó de ella barriendo y dio la vuelta a la barra. De repente sacó el móvil. —¡Oh! —exclamó mirando la pantalla—. ¡Tengo un mensaje de mi madre!

Se acercó a ella como si estuviera preocupada. —¿Qué ha pasado?

La miró como si hubiera un drama gordísimo. —¡Se me ha muerto! —gritó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Tu madre?

—¿Cómo se va a morir mi madre si me ha escrito el mensaje, ceporra?

—¿Tu padre?

—¡Bobby!

—Su novio —dijo Everett a su lado sobresaltándola.

—¡Mi perro! —Se echó a llorar a lágrima viva. Leche, era una actriz de primera. A toda prisa rodeó la barra y la abrazó con fuerza. —Pobrecito.

—Lo siento mucho.

—¡Con lo que le quería! —gritó en plena llantina casi dejándola sorda.

—Es que era tan mono...

Tony levantó una ceja.

—Lo que le voy a echar de menos...

—Si quieres hay cachorros en la finca —dijo Everett asombrándolas—. Sé que no es lo mismo, pero te ayudaría a superarlo.

—¡Así que si me muero, mejor acostarse con otra sin haberme enterrado siquiera! ¡Así te ayuda a superarlo!

Everett se sonrojó mientras los tres le fulminaban con la mirada. —No, claro que no. ¿Cómo puedes pensar eso?

—¡Lo acabas de decir! ¡Mira, mejor vete a casa que tengo que quedarme con mi amiga que me necesita!

—Sí. —Lloriqueó Mónica abrazándola con fuerza. —No me dejarás sola, ¿verdad?

—Claro que no. —Acarició su espalda. —Pobrecito —susurró sin recordar el nombre del perro.

—Menudo disgusto. ¡Menudo disgusto!

La iba a dejar sorda.

Everett carraspeó. —Si te vas a quedar con ella mejor me voy. Te veo mañana, cielo.

—Sí. Hasta mañana.

Su prometido frunció el ceño al ver que no se despegaba de su amiga, pero no dijo ni pío despidiéndose de Tony dándole una palmada en la espalda. —Te llamo mañana, nena.

—Vale —respondió distraída como si estuviera totalmente pendiente de su amiga cuando estaba pendiente de que se largara cuanto antes. Menuda sensibilidad. Porque a ella ya no se la daba, que menudo disgusto se llevaría si estirara la pata. Ese le pondría los cuernos antes de que se le enfriara el cuerpo.

En cuanto se cerró la puerta Tony fue a echar el pestillo y Frank salió de la cocina secándose las manos. —¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó su jefe mosqueado.

Mónica tomó aire apartándose y sorbió por la nariz. —Es acordarme de mi Bobby, que murió electrocutado cuando tenías seis años y llorar a moco tendido.

—¡Tendrías que irte a Hollywood! Eres buenísima.

—Qué va. Yo me he dado cuenta enseguida —dijo Frank cruzándose de brazos—. Y odias los perros.

—Era un gato. —Mónica puso las manos sobre la barra y se sentó encima. —Vale, estamos solos. Suéltalo.

—Prepararos porque en cuanto os cuente esto no os lo vais a creer.

Tony rodeó la barra. —Joder, creo que voy a servirme un tequila.

—Que sean cuatro.

—Menudo cabrón —siseó Frank después de contar absolutamente toda la historia, porque necesitaba desahogarse, empezando desde que su madre le dijo que estaba embarazada. Bebió de golpe su segundo tequila antes de dejar el vaso sobre la barra.

Todos estaban muy tensos. —¿Cómo se ha enterado? —preguntó Tony—Meredith ni me lo dijo a mí.

—Pero su padre lo sabía. Y se lo prometió a él. No sé lo que le prometió, pero tiene que ver con Angela.

—Tenía remordimientos y todos sabemos que tardó dos días en morir por su accidente. Seguro que habló con su hijo. Su heredero debía saber que tenía una hermana. Le explicó la situación y por supuesto tenía que cuidarla porque él no lo hizo —dijo Mónica irónica—. Le ha dejado el marrón a él. Pero claro, la señora Halleran no sabía nada. ¿Cómo iba a cuidar a Angela sin ofender a Jessie, que por supuesto lo sabría todo, y sin que su madre sufriera por el asunto? Casándose con Jessie. Pero Jessie se alejaba de ellos todo lo que podía. Difícil lo tenía. Ni siquiera le dirigía la palabra si no era necesario. —Miró a su amiga a los ojos. —Sabía que te atraía desde que estabas en el instituto y jamás se interesó por ti. Pero ahora era todo distinto. Todo cambió después de la muerte de Timothy y más este último año. Siempre se sentaba en tu zona esperando su oportunidad. Solo tuvo que esperar un momento de debilidad y lo aprovechó. Ahí vino el acoso para no dejar que lo pensaras demasiado y al final como él suponía caíste. No tardó ni un día en pedirte matrimonio. Y un mes para la boda. No podía decir que os casarais al día siguiente, claro. Eso se vería raro. Pero un mes era perfecto. El hombre enamorado que quería casarse cuanto antes.

Una lágrima corrió por su mejilla sin darse cuenta y Tony la abrazó. —Joder, Jessie... No sabes lo que lo siento. Te mereces un hombre que te ame por encima de todo.

Algo se rompió dentro de ella y Mónica apretó los labios al verla destrozada. —Pasaré, mi niña —susurró Tony apenado—. Has superado mil cosas en la vida y esta es una más.

—¡Déjate de rollos! —gritó Mónica—. ¡Ese cerdo merece una lección! ¿Qué haces todavía con él?

Se apartó de Tony y levantó una ceja. Mónica sonrió con ganas de sangre. —Esa es mi chica.

Frank sonrió. —Pide por esa boquita, preciosa. Es hora de darles una lección a los Halleran que no olviden jamás.

El domingo bajó de la ranchera ante la casa Halleran y cogió la muñeca a su hermana. Angela salió del vehículo sonriendo de oreja a oreja. —Que bien lo voy a pasar.

Rió sin poder evitarlo. —¿Tú crees?

En ese momento llegó el coche de Amber que aparcó justo detrás y por la sonrisa falsa que le regaló, supo que la comida iba a ser de lo más interesante. Angela cogió su mano y vieron como salían del coche. Everett se puso tras ellas como si quisiera protegerlas, al menos eso pensaría en el pasado cuando había estado ciega, pero ahora sabía que era para advertirles a sus hermanas que se portaran bien. Y ellas lo iban a aprovechar porque desde que habían llegado a la iglesia un par de horas antes, las Foeller se habían dado cuenta de que sus rivales intentaban comportarse.

—Qué muñeca más bonita tienes —dijo Ashley acercándose con una falsa sonrisa en los labios.

—Me la regaló mi hermana —respondió levantando la barbilla—. Se llama Molly.

—Pues Molly es preciosa. Tuve una muy parecida de pequeña.

—Pues estará muy vieja.

Ashley dijo algo por lo bajo mientras Jessie intentaba reprimir la risa. Amber se puso ante ellas y levantó una ceja. —¿Pasamos a tomar algo? Estoy muerta de sed. Hace calor.

—Sí, estás sudando —dijo la niña con la nariz fruncida.

Jessie se echó a reír sin poder evitarlo. —Esta niña. Estás preciosa, no se te ve sudada en

absoluto.

Angela la miró indignada. —Le huele el sobaco. A ti nunca te huele el sobaco por mucho que trabajes. Y ella suda sin hacer nada, ¿por qué, Jessie?

Everett carraspeó incómodo. —Sí, pasemos. Me muero por una cerveza.

—¿Dónde está mi caramelo?

Él se detuvo en seco cuando estaba en los escalones. —¿Tu caramelo?

—Me habías prometido un caramelo. Dijiste que era tan grande que no te cabía en la camioneta. —Su labio inferior tembló. —¿Te has olvidado?

—No, cielo. No me he olvidado. —Jessie le miró como si quisiera cargárselo e incómodo bajó el escalón que había subido. —Pero no lo tengo aquí. Estorbaba en casa de lo grande que era y...

—Te lo dará mañana —dijo su madre intentando echarle una mano—. Ya verás, te encantará.

Angela agachó la mirada hacia el suelo y pasó el pie por la piedra del camino. —Vale.

Jessie la cogió en brazos mirando a su prometido sin disimular su furia entrando en casa y dejándoles a todos fuera. —Lo has hecho genial.

—Gracias —dijo la niña antes de chillar de la alegría viendo que Clare salía de la cocina. Jessie riendo la dejó en el suelo y la niña corrió hacia la cocinera para abrazarla por las piernas.

—¿Cómo está la niña más bonita del estado de Texas?

—Bien. Ya no vas por el cole a leernos cuentos en el recreo.

—Es que últimamente estoy muy ocupada. —Le miró la cabeza disimuladamente y Jessie sonrió porque se preocupaba por la niña.

—Está bien.

Clare sonrió del alivio. —Menudo susto, ¿no?

—Bastante, la verdad.

La mujer miró a su niña a los ojos abriendo los suyos como platos. —¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó emocionada.

—Pues que tengo algo en la nevera que sé que te encanta.

—¿Tarta de chocolate?

—Casi.

—¿Helado de chocolate?

—Uy... caliente, caliente.

Everett rió. —Está claro que le encanta el chocolate.

—Sí, qué mona —dijo Amber—. ¿Qué es, Clare? No vamos a estar aquí toda la tarde.

Clare apretó los labios mirándola. —Nadie te impide irte al salón cuando quieras, Amber.

Los Halleran dejaron caer la mandíbula del asombro y Jessie preocupada por ella la observó entrar en la cocina con la niña siguiendo el juego sobre qué había en la nevera.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Amber ofendida.

—Igual deberías morderte la lengua de vez en cuando —replicó su hermana demostrando que también tenía carácter. Al parecer Clare era el punto débil de Ashley y no le extrañaba nada porque llevaba toda la vida con ellas.

—Después te disculparás con Clare —sentenció Martha antes de sonreírle—. Jessica, ¿quieres beber algo?

—Claro que sí. —Sonrió a su prometido. —Menuda metedura de pata, ¿eh?

—Cielo, se me había olvidado el maldito caramelo.

—Pues te acabas de dar cuenta de que mi hermana no olvida nada. Así que no vuelvas a

prometerle algo que no vayas a cumplir.

Amber silbó viéndola entrar en el salón. —Hermano, esto está mejorando por momentos.

—Cierra la boca —siseó siguiendo a su mujer.

Jessie se sentó en el sofá dispuesta a la batalla verbal porque no se atreverían a ir más allá. Ah, no. Tenían que comportarse, al menos hasta la boda. Sonrió de una manera tan falsa como ellas y dijo —Cariño, tengo sed.

—Sí, claro. —Miró hacia la puerta, pero Clare no aparecía por ningún sitio. —Amber vete a por algo de beber.

Su hermana jadeó indignada. —¿Y por qué yo?

Parecía que quería matarla. —¿Acaso no tenías sed hace unos minutos? ¡Pues vete a por las bebidas para nuestra invitada!

—¿Pero no iba a ser de la familia? Pues...

—Ya voy yo —dijo Ashley como si fuera un esfuerzo enorme.

—Esto es increíble —siseó su madre haciendo que se sonrojaran.

Amber la miró con descaro. —¿Y qué quieres beber?

—Una cerveza como mi amorcito. Bien fría.

Su hermana gruñó volviéndose. —¿Mamá?

—Seguro que Clare tiene limonada preparada. —Martha se acercó a Jessie y se sentó a su lado ignorando a sus hijas. —¿Y qué tal el vestido? Dime cómo es.

Everett sonrió. —De princesa. O al menos eso dice Angela.

—Oh, son mis favoritos. Esas modas modernas no hay quien las entienda. Estilo sirena...
Puaj.

Se echó a reír sin poder evitarlo por la cara que puso. —Pues ahora se lleva mucho. Es para mostrar la figura.

—Se puede mostrar la figura el resto del año, o de la vida. —La miró soñadora. —Un vestido como Dios manda es lo más bonito del mundo en un día tan especial. Yo todavía conservo el mío, ¿sabes?

—¿De verdad? ¿Y cómo es?

—Muy bonito, en un encaje de Bruselas precioso. Si quieres te lo enseño.

Escucharon un chillido y Jessie saltó del sofá de inmediato corriendo hacia la cocina. —
¡Angela!

Cuando entró se detuvo en seco al ver a Ashley histérica metiendo la mano en el triturador de basuras.

—¡Sácalo, sácalo! —gritaba su hermana.

—¡No llevo! —Al borde de las lágrimas sacó la mano abriendo la parte de abajo del mueble para mostrar el desagüe. —¡Hay que desmontar esto! ¡Es un diamante de cinco quilates!

Angela se acercó como si nada y se puso a su lado con una cara de inocente que le decía que algo tenía que ver en el asunto.

—¿Qué ha pasado? —Everett entró en la cocina. —¿Qué os pasa?

—¡Me he quitado el anillo para cortar unos limones y se ha caído al fregadero! —Ashley señaló a Angela. —¡Mejor dicho, ella lo ha tirado!

Everett miró a la niña. —¡Pero si mide medio metro! ¡Ni llega a la encimera!

—¿Jessie? —preguntó como si estuviera asustada.

La cogió por el hombro. —No pasa nada, cielo.

Clare se acercó. —La niña no hizo nada. Estaba sentada sobre la encimera hablando conmigo

cuando llegaron ellas. Ashley dejó el anillo en el lavabo para lavarse las manos antes de cortar los limones. —Miró a la gemela. —Se te debió caer.

—Que no. ¡Seguro que lo cogió para mirarlo y se le ha caído! ¡Siempre lo dejo fuera del lavabo para que no pase esto!

—¡Ya está bien! Después de comer desmontaré el triturador —dijo Everett muy enfadado—. ¡Creo que será mejor que comamos antes de que me salga una úlcera de la mala leche que me estáis poniendo!

Salió furioso de la cocina y las gemelas las miraron con odio. Las Foeller sonrieron inocentes. —Seguro que lo recuperas —dijo con suavidad antes de coger a su hermana en brazos—. Vamos, cielo. Tengo algo de hambre.

—Y yo. Es porque no me he comido mi caramelo. Siempre me como un caramelo después de misa.

Escucharon gruñir a Everett. —Seguro que cuando te lo dé te vas a llevar tal sorpresa que ni te acordarás del retraso. ¿Qué había en la nevera?

Los ojos de Angela brillaron. —Tarta de queso.

—Uy, tu segunda favorita.

—Con helado de vainilla.

—Vaya. Eso te va a encantar.

La niña soltó una risita. —Sí, y me voy a comer dos trozos.

—Pero antes tienes que comer otra cosa. —Everett apartó la silla para Angela a su izquierda y después de acomodar a la niña, se sentó ella dándole las gracias cuando la ayudó a acercarse a la silla. —Qué caballero.

Él la besó en los labios. —¿No te habías dado cuenta?

—No.

Su madre sentada ante ella se echó a reír. —Pues mi marido era muy caballeroso. —Jessie se tensó cogiendo la servilleta y poniéndosela sobre el regazo mientras Everett la miraba de reojo calibrando su reacción. —Siempre me abría la puerta y me acercaba la silla... —Suspiró nostálgica. —Cómo le echo de menos.

—Es lógico. Fueron muchos años de matrimonio.

—Sí, treinta y tres años. Éramos unos críos cuando nos casamos y tuvimos a Everett ese mismo año. Luego tardé en quedarme embarazada, pero vinieron dos de golpe. —Se echó a reír. —Y lo dejamos ahí.

—No me extraña nada —dijo por lo bajo cogiendo la copa de agua, haciendo que Everett levantara una ceja divertido.

—¿Y tú, nena? ¿Quieres gemelos?

Se atragantó cuando el agua se le fue por el otro lado y se echó a toser con fuerza. Everett rió levantándose y dándole palmaditas en la espalda. —Vale, de uno en uno.

Le miró asombrada con los ojos llenos de lágrimas del esfuerzo. ¡Había que ser cerdo! ¡Pensaba tener hijos cuando no la quería en absoluto! ¿Y después qué? ¿Amantes como su padre? Éste se iba a cagar.

—No bromees, Everett. Que aún no me he casado y puedo arrepentirme.

Él se echó a reír sin reconocer que hablaba totalmente en serio.

—Me tiene a mí —dijo Angela colocando la muñeca sentada al lado de su plato.

—Claro que sí, cielo. —Martha sonrió. —¿Pero quieres un hermanito?

—No. Somos dos.

—Pero en dos semanas seréis más.

Angela negó con la cabeza y dijo muy seria —Las Foeller somos dos. No hay más.

Su futura suegra carraspeó. —Es que estás acostumbrada a toda la atención de tu hermana. Pero es lógico que si se casan tengan bebés.

—Ella no quiere.

Se quedaron en silencio y Everett entrecerró los ojos. —¿Nena?

Mierda. —Tiene razón. No quiero.

Eso cayó como una bomba en el comedor de los Halleran que la miraban como si le hubieran salido cuernos. Incluso las gemelas que acababan de llegar y estaban en la puerta. Sin poder evitarlo se sonrojó. —He cuidado de Angela desde muy joven y no quiero tener más hijos.

—Me tiene a mí. Jessie, tengo hambre... —se quejó la niña demostrando que empezaba a irritarse.

—Sí, cielo. Ahora viene la comida.

Las gemelas se miraron de reojo mientras cada una se sentaba a un lado de la mesa. Ashley al lado de su madre mientras Amber se sentaba al lado de su hermana.

—Bueno, no tiene que ser ahora, claro —dijo su suegra incómoda—. Entiendo que ha tenido que ser muy duro...

Jessie la fulminó con la mirada indicando con la cabeza a la niña. —No creo que debamos hablar de esto.

—Te entiendo —dijo Ashley forzando una sonrisa—. Yo tampoco querría.

—Pues es algo que igual deberías hablar con tu prometido. —Everett estaba muy tenso. —Pero Jessica tiene razón. Mejor cambiemos de tema. —Se levantó de la mesa y cogió una botella de vino que ya estaba descorchada mientras Clare entraba en el comedor con una bandeja de entremeses variados y canapés.

—Oh, qué pinta tiene —dijo Jessie abriendo los ojos como platos y alargando la mano para coger un canapé poniéndoselo en el plato a la niña—. De huevo duro como a ti te gustan.

—Sí —dijo más contenta porque ya estaba la comida.

Mientras se lo comía le puso en el plato otras cositas que sabía que le gustaban y la niña se mantuvo en silencio comiendo a dos carrillos.

—Tiene buen apetito —dijo Amber alucinada.

—Es una dinamo. Lo consume todo. —Everett divertido se sentó en su sitio después de servir las copas. —La primera vez que la vi comer pizza me dejó de piedra.

—Hoy está algo cansada. Esta noche no durmió muy bien por los puntos.

—Menudo susto. Me lo contó Everett —dijo Martha.

—Sí. He ido a ver el lugar y es increíble que no tuvieran la zona protegida con esa goma especial para niños —dijo Everett indignado asombrándola.

—¿Has ido a verlo?

—Claro que sí. Y he hablado con el presidente de la asociación de padres. Además he puesto una queja formal en el colegio. Mi abogado me ha dicho que podríamos demandarles. —Eso sí que no se lo esperaba. Parecía realmente preocupado por el asunto. —Podría haberse... —Apretó los labios. —Bueno, ya me entiendes.

—Sí. No hay que dejar pasar esas cosas —comentó su suegra—. ¿Y si le ocurre a otro niño y no tiene la misma suerte? Hay que ser firme con esos asuntos.

—Angela, no quiero que te subas al columpio hasta que arreglen el suelo. ¿Me has entendido?

—Sí, Everett —dijo con la boca llena antes de mirar a su alrededor y alargar las manitas—.

Quiero agua.

Jessie cogió la delicada copa y se la acercó a los labios. La niña bebió ansiosa suspirando cuando terminó y cogió otro canapé de su plato. Martha sonrió encantada y Amber entrecerró los ojos.

—¿Estás enfadada?

Todos miraron a Amber por la pregunta de Angela y ésta se sonrojó. —¿Yo?

—Cuando Jessie hace eso es que está enfadada. —Imitó su gesto de manera exagerada y Everett reprimió la risa.

—No, estaba pensando.

—Te van a salir arrugas. Lo dice mi profe.

—Tu profe es muy lista.

—Pues sí —dijo como si fuera evidente—. Por eso es profe.

Everett se echó a reír. —No podrás con ella, Amber.

—Eso ya lo veo —dijo con segundas.

—¿No comes? —preguntó la niña viendo su plato vacío.

—Estoy a dieta.

—¿Para qué?

—Para bajar de peso. Para la boda.

La niña la miró crítica antes de mirar a su gemela que tampoco había comido mucho. —¿Es que pensáis comer mucho en la boda y estáis haciendo hueco?

Martha y Everett se echaron a reír a carcajadas e incluso las gemelas sonrieron. Eso a Jessie la tensó, pero era algo inevitable porque la personalidad de su hermana enamoraba a todo el mundo.

—Es encantadora, Jessie —dijo Ashley de manera tan agradable que la sorprendió—. Has hecho un trabajo increíble.

—Todavía queda mucho trabajo por delante, pero gracias.

—Por eso no entiendo que no quieras más.

Miró a Everett. —Pues creo que es lo más comprensible del mundo.

Escucharon un jadeo y Jessie se volvió gimiendo al ver la copa de vino de Amber rota sobre su plato mientras que todo el contenido le había caído sobre su carísimo vestido. —¡Angela! —protestó la gemela mientras la niña con su copa de agua en las manos bebía sedienta.

—¿Qué has hecho? —preguntó aparentando preocupación.

Le tendió la copa vacía como si nada. —Tenía sed.

—¡Dios mío, el Cavalli! —chilló Amber levantándose de la silla mostrando la enorme mancha de vino tinto.

—¿El qué? —preguntaron ambas a la vez con los ojos como platos.

—¡El Cavalli! ¡Es un Cavalli! ¡Este vestido cuesta más que toda vuestra casa junta!

—Amber...

La advertencia de Everett le entró por un oído y le salió por el otro. —¡Hay que ser paletas para no saber lo que es un Cavalli!

Angela la miró sin comprender. —Es el nombre del diseñador del vestido.

—Ah... ¿Y cuesta más que nuestra casa?

—Exagera un poco.

—¡Qué exagero! ¡Solo hay que ver la mierda de vestido que llevas!

—Le costó veinte pavos —dijo Angela como si fuera un montón.

—Hija ve a cambiarte.

—Tienes vestidos de sobra. Menudo drama estás montando por un... lo que sea —dijo su hermano molesto.

—¡Un Cavalli! Esto no hay quien lo arregle.

—Te pagaré la tintorería —dijo Jessie intentando disimular las ganas de reír porque parecía a punto de llorar por el puñetero vestido.

—¿Qué es eso?

—Un sitio donde se lava la ropa.

Angela miró a Amber. —¿No sabes lavarte la ropa? Si quieres te enseño.

Frustrada salió del comedor y Ashley sonrió a la niña. —Se le pasará.

Se encogió de hombros como si le diera igual dejándola de piedra. —Yo también tengo vestidos muy bonitos. Me los regalaron en mi cumpleaños. El otro día Bobby Baxter me manchó uno rosa y no me puse así.

—¿No te enfadaste? —preguntó Martha.

—No. Le di un beso.

Miró a su hermana con los ojos como platos. —¿Que le diste qué?

—Para que no se sintiera mal.

—¿Que le diste qué? —Everett reprimió la risa y ella le fulminó con la mirada. —¡No tiene gracia!

—Tú me das besos para que no me sienta mal si he hecho algo sin querer —dijo la niña captando su atención.

—¡Pero yo no soy Bobby Baxter! Voy a vigilarte de cerca, jovencita. Nada de novios hasta los dieciséis. Lo sabes de sobra.

—Ya se lo he dicho y me esperará. —Abrió los ojos como platos. —No le he llamado.

—¿Llamado? —preguntó su suegra reteniendo la risa.

—Cuando me caí le dije que le llamaría. —Asintió entrecerrando los ojos. —Se preocupa por mí. Eso es amor.

—¡Ya le verás mañana en el cole, ahora come!

—No quiero más. ¿Puedo comer postre?

Miró su plato que ya estaba casi vacío. Había comido bastante así que asintió. Angela saltó de la silla y salió corriendo del salón. —¡Clare, puedo comer postre!

Todos la miraron reteniendo la risa. —No tiene gracia. —Se echaron a reír y ella gimió. —Ni quiero imaginar lo que será de adolescente.

—Sabremos manejarla —dijo Everett acariciando su espalda—. Y tienes razón, nada de novios hasta los dieciséis.

En ese momento no supo lo que le pasó, igual fue el vino o que se había relajado el ambiente, pero sonrió a Everett mirándole a los ojos. —¿Así que me ayudarás?

—Por supuesto. Para lo bueno y para lo malo, ¿recuerdas? —La besó en los labios sin darse cuenta de que Ashley sonreía.

Capítulo 10

Estaban sentados en los sofás charlando mientras Angela estaba tumbada a su lado totalmente dormida. Amber sentada ante ella no dejaba de mirar a su hermana y aunque no participaba mucho en la conversación parecía fascinada con ella. Cuando terminaron el café incómoda se levantó. —Cielo, será mejor que nos vayamos. Trabajo esta noche y necesito acostarme un rato.

—¿Cómo que trabajas esta noche?

—Perdí dos días con el accidente de Angela. Tengo que cubrir los turnos. Esta noche descansa Mónica.

—Nena, te dije que dejaras el trabajo —dijo mosqueado.

—No puedo dejar a Tony tirado. Me ha ayudado mucho. —Cogió a la niña en brazos con cuidado de no tocarle la herida. Él apretó los labios seguramente mordiéndose la lengua y se levantó resignado. —Gracias por la comida. Me lo he pasado muy bien —dijo educadamente a Martha.

—Déjate de formalidades, niña. Ahora eres de la familia.

Ashley se levantó al igual que Amber. —Si necesitas ayuda con la boda...

—Vosotras estáis muy ocupadas en Houston. —Sonrió a Ashley. —Espero conocer a tu William en la boda.

—Allí estará. Sino no me caso —dijo mosqueada porque al parecer la había dejado plantada.

—Nos veremos en la boda. —Se volvió hacia Everett que iba a coger a la niña. —No, ya la llevo yo hasta el coche. No quiero que se despierte.

Él asintió despidiéndose de sus hermanas pues se irían antes de que regresara al rancho. Eso la hizo gruñir por dentro porque significaba que pensaba quedarse con ella en casa. ¿Por qué no la dejaba tranquila? Al llegar al coche mientras la familia la observaba se subió con su ayuda acomodando a su hermana sobre sus piernas. Cuando Everett subió tras el volante, supo que iba a haber movida porque se le notaba que quería discutir el tema del trabajo.

Se mantuvieron en silencio unos minutos hasta que no aguantó más. —Nena, no quiero que sigas trabajando en el bar.

—De eso ya me he dado cuenta. Pero le debo mucho a Tony y no pienso dejarle tirado para que tú estés contento.

La miró de reojo tensándose. —¿Y piensas trabajar hasta la boda?

—Pues sí, porque tengo que cubrir los turnos y ayudar a la nueva hasta que esté a punto para cubrir mi ausencia.

—Estupendo... —siseó acelerando—. Al parecer mi opinión te importa poco.

—Me importa, pero si no entiendes mis razones es que simplemente te niegas por capricho, porque es totalmente razonable.

—¿Y lo de los hijos? Ahí tampoco soy razonable, ¿verdad?

—No levantes la voz. —Le miró furiosa. —No tienes ni idea de lo que he pasado.

—Me lo imagino.

—No, no te imaginas una mierda porque tú con dieciocho años eras el niño consentido del estado, que se paseaba en su ranchera nueva yendo de fiesta en fiesta mientras tu padre se

encargaba de todo. Fuiste a la universidad y por lo que me han contado te lo pasaste de miedo. ¡No tuviste que ser responsable de nada por obligación hasta el año pasado! ¡Así que no me vengas diciendo que te lo imaginas porque no tienes ni idea de lo que es tener un bebé en brazos, del que no sabes ni lo que tiene que comer ni qué tipo de pañales debe usar y sobre todo cuando no tienes ni dinero para comprarlos! No se te ocurra decir que te lo imaginas porque nunca has llorado la mitad de la noche por simple agotamiento después de casi una semana sin dormir, porque Angela dormía de día. De los desvelos cuando está enferma o de ir inquieta a las reuniones con la asistente social por si me la quitaban. No me digas que te lo imaginas, Everett. No tienes ni puta idea de lo que he llegado a pasar.

Él suspiró. —Sería muy distinto. Estaría yo. Eso no volvería a pasar.

—¿No volvería a pasar? —Se echó a reír. —¿Eres inmortal? ¿Quién me dice a mí que dentro de un año no te parta un rayo y me quede con dos niños pequeños?

—Nena, nunca tendrías que preocuparte más por el dinero.

—Claro. El dinero. —Volvió la cabeza hacia la ventanilla. —Eso lo haría muy distinto.

—¡Pues sí! Nunca volverías a pasar por eso y además está mi familia que estaría contigo.

—Tengo veinticuatro años y creo que me he ganado un descanso.

Él la miró de reojo y alargó la mano tocándole el muslo. —Sí, nena. Esperaremos un poco.

Ella sonrió. —Hablando de esto nunca te has puesto condón.

—No me importaba si te quedabas embarazada.

—Eso es un poco egoísta, ¿no crees? —Le miró fríamente. —Sobre todo cuando no lo habíamos hablado.

—Tú tampoco usaste medios y...

—Claro que los usé.

Eso le dejó de piedra. —¿Qué? ¡Si eras virgen!

—Pero llevo tomando la píldora desde hace tres años.

La miró asombrado. —¿Por qué?

—Me la recetó la doctora por los desajustes. —Sonrió divertida. —Y fíjate, me ha librado de un problema porque tú no me cuidaste demasiado ya que no sabías lo que pensaba, eso es evidente. Pero no nos conocíamos demasiado, ¿verdad? Antes de acostarnos no es que habláramos mucho.

—¡Nos conocemos de toda la vida!

Sonrió divertida porque se estaba poniendo de los nervios. Estaba inseguro por si cambiaba de opinión. —He estudiado con tus hermanas e incluso he trabajado en tu casa en dos o tres ocasiones, pero antes de que trabajara en el bar casi no habíamos hablado. Sí, en realidad fueron como cuatro frases en los primeros dieciocho años. —Él apretó el volante entre sus manos. —No sé cómo podía gustarte cuando iba al instituto si casi no habías hablado conmigo —dijo con ganas de sangre.

—Yo también te gustaba a ti.

Le miró sorprendida. —¿Tú crees? ¿Y en qué lo notabas?

—¡En que me mirabas con ojos de carnero degollado!

—Muy bonito. ¿Entonces por qué no me pediste salir?

—¡Porque estabas pasando un mal momento! ¡Ya te lo he dicho!

—Ah, claro. Y fue cuando te miré aquella noche en el bar cuando te diste cuenta de que tenías una oportunidad.

—¡Exacto!

—Pero en el almacén me dijiste que te echaba miraditas. Así que antes ya te miraba, según tú claro.

—¡Porque me mirabas! —La miró furioso. —¡Pero fue esa mirada en especial la que me decidió!

—Ah...

—¡Parece que dudas de mí!

—No, pero es que me parece todo algo surrealista. Todavía no me puedo creer que vayamos a casarnos. Si me pediste matrimonio al día siguiente de acostarme contigo. Ahí sí que casi ni habíamos hablado.

—¡Te conozco muy bien! No querrás pensártelo mejor, ¿no? ¡Parecías muy contenta en su momento!

Frunció el ceño. —¿Cómo sabías que me gustaba la playa?

—No la has visto nunca.

—¿Eso cómo lo sabías?

—Porque te oí decírselo a Clare un día que estabas en casa. —A Jessie se le cortó el aliento. —Estabas en la cocina y yo iba a entrar. Te oí hablando con ella de que te gustaría ver el mar. Que nunca habías salido del pueblo, pero que cuando fueras a la universidad eso cambiaría. Entré en la cocina y como siempre agachaste la mirada y saliste de allí farfullando que ibas a preparar las bebidas. Siempre hacías lo mismo. Si había la oportunidad de poder hablar, salías corriendo.

Era cierto. Siempre se escabullía avergonzada porque le gustara. Pero es que era una cría y él era un hombre. Era lógico que se sintiera estúpida y torpe a su lado.

—Ahí me enteré y como no has salido del pueblo desde entonces, no lo has conocido.

—No. No lo he conocido. —Miró por la ventanilla pensando que puede que no lo conociera nunca.

Se quedaron unos minutos en silencio y cuando él aparcó ante su casa la miró. —Nena, ¿crees que no te quiero?

Le miró sorprendida a los ojos. —¿Por qué piensas eso?

—Esas preguntas... Parece que desconfías de que sea sincero.

Estaba claro que había metido la pata, así que sonrió. —Claro que me quieres. ¿Por qué ibas a casarte conmigo si no? —Se echó a reír. —No soy el mejor partido del mundo.

Everett apretó los labios y la cogió por la nuca besándola apasionadamente. El corazón de Jessie dio un vuelco y cerró los ojos emocionada por lo que le hizo sentir. En ese momento se sintió amada y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para que ese beso no la hiciera mentirse a sí misma respecto a lo que sentía por ella. Everett se apartó y acariciando la suave piel de su cuello susurró —Eres la mujer perfecta para mí. Eso no lo dudas nunca, preciosa.

—Te quiero —dijo sin poder evitarlo sabiendo que era cierto y que jamás dejaría de quererle por mucho que le hiciera daño. Y eso era algo con lo que tendría que vivir el resto de su vida.

Everett sonrió aliviado y le dio un suave beso en su labio superior. —Joder nena, como deseo que ya estemos casados y tenerte a mi lado.

Angela suspiró en sus brazos y ambos la miraron. Él hizo una mueca. —Deja que te ayude a bajar.

Cuando acostó a la niña en su cama entornó la puerta de su habitación viendo a través de la barandilla de la escalera su chaqueta del traje sobre el respaldo del sofá, pero Everett no estaba en el salón. Confundida miró hacia su habitación y le vio tumbado sobre la cama. —Ven, nena. Vamos a dormir la siesta.

Divertida se cruzó de brazos. —¿Solo dormir? Cariño, no he dormido en dos días.

—No te preocupes.

Suspiró acercándose y se quitó los zapatos de la que se aproximaba tumbándose a su lado. De costado se miraron a los ojos y él acarició un mechón de su cabello. —Cierra esos ojitos y no intentes tentarme porque no voy a ceder —dijo él con voz ronca.

—Muy bien. —Se volvió y cerró los ojos abrazando la almohada.

Everett se sentó en la cama. —Nena, ¿estoy perdiendo sex-appeal?

—En este momento no tendría sex-appeal ni Paul Newman con treinta años.

—Ah, ya veo. Por eso me elegiste a mí. Por mis ojos azules.

—No. Me elegiste tú a mí.

Se tumbó a su lado abrazándola por la cintura para pegarla a él y le escuchó suspirar. —Es la mejor decisión que he tomado nunca.

Ella no respondió continuando con los ojos cerrados y le escuchó suspirar tras ella. Minutos después supo que se había dormido. Intentó relajarse para dormirse también porque era cierto que casi no había dormido en esos días. En realidad desde que se había enterado de sus planes casi no había pegado ojo porque no se podía creer que fuera tan falso. A veces cuando la miraba... Dios, parecía de veras que la quisiera y a Jessie se le revolvía el estómago intentando disimular su dolor. No sabía si lo soportaría mucho tiempo, sobre todo porque a veces su corazón hacía que se engañara a sí misma y no podía evitar disfrutar de ciertos momentos con él, como de sus besos. Después venía la culpa y se decía a sí misma que era estúpida al recordar la conversación con su hermana por teléfono y era cuando llegaba de nuevo el odio. Molesta se levantó lentamente para no despertarle y bajó hasta el salón tumbándose en el sofá. Angela se despertaría enseguida. Agotada física y emocionalmente cerró los ojos y una lágrima recorrió su sien. Aquello no tenía vuelta atrás, porque era incapaz de ignorar lo que había pasado y vivir una mentira hasta que él explotara su burbuja después de casarse. Además, la barra de labios demostraba que a pesar de empezar a cortejarla, se había divertido a sus espaldas. Ahora solo quedaba esperar el momento adecuado para darle un hachazo que le dejara temblando.

Everett vestido con un traje gris y con una corbata del mismo color sobre una camisa blanca miró algo inquieto la carretera. —¿Dónde está? —preguntó por lo bajo.

Alguien carraspeó a su lado y miró a Isaac que iba vestido igual que él, excepto por la corbata, que era azul. Parecía que quería decirle algo. —¿Qué pasa?

—Es normal que la novia se retrase.

—¿Treinta minutos? ¿Y es normal que no hayan venido ninguno de sus amigos? ¿Ni la niña? —preguntó exaltado—. ¡En la iglesia solo están los que he invitado yo, que es casi todo el maldito pueblo!

Su madre salió en ese momento con un vestido largo rosa. —Hijo, ¿la has llamado?

—Su teléfono no está operativo —dijo de los nervios—. Llamaría a Tony, que es el padrino, pero no tengo su móvil. Joder, no ha llegado ni Mónica y todas las damas de honor están dentro. —Nervioso se pasó una mano por su cabello castaño sin darse cuenta de que se despeinaba.

—Igual ha pasado algo con la niña. Sabes que los niños son imprevisibles.

—Me hubiera llamado. No, aquí pasa algo raro.

—¡Ahí vienen! —exclamó Isaac mirando la limusina negra que habían alquilado.

Everett suspiró aliviado y dijo su madre impaciente —Vamos al altar. No puedes esperarla aquí.

Mirando de nuevo el coche entró en la iglesia y sonrió a sus invitados que correspondieron a

su sonrisa. —Seguro que ya pensaban que no había boda —dijo él por lo bajo haciendo reír a su madre.

—Hijo, qué cosas tienes. Con lo enamorada que está de ti.

Ya ante el altar sonrió estirándose la chaqueta e Isaac se puso en la fila de los acompañantes de las damas de honor mientras su madre, que era la madrina, se colocaba en su sitio. El órgano empezó a sonar llenando la iglesia de una hermosa música. La iglesia estaba preciosa llena de flores blancas por todas partes como Jessica había querido. Impaciente miró hacia atrás para ver al pastor en su sitio que sonrió intentando tranquilizarle. Ambos miraron a la puerta cuando un hombre con un traje marrón entró en la iglesia con un sobre en la mano.

—¿Quién es ese? —preguntó Isaac acercándose.

El hombre sonrió mientras se acercaba a Everett, lo que sin saber por qué fue un alivio. —¿Señor Halleran?

—Sí, soy yo. —Miró hacia la puerta. —¿Le ha ocurrido algo a Jessica?

—No, es que tiene una sorpresa. —Sonrió de oreja a oreja. —Le va a encantar.

Everett sonrió —¿Una sorpresa?

—Espere y verá. —Subió los escalones y se acercó al pastor. —¿Me permite, por favor?

Metió la mano dentro del bolsillo interior de la chaqueta y miró a la audiencia. —Disculpen. Pero la novia quiere que todo el mundo sepa cuán importante es para ella esta boda y como teme emocionarse y no poder llegar al final, me ha pedido a mí que sea el que les transmitiera sus palabras.

Abrió una hoja y la miró antes de echar un vistazo a la audiencia que murmuraba, pero empezó a leer.

“Sé que seguramente no entenderéis mis razones. Pero la razón es el amor. —Everett sonrió al igual que los invitados. —Un amor tan fuerte que cuando era niña jamás había pensado que podría sentir. Puede que algunos crean que lo hago por interés, pero quien me conoce sabe que nunca haría algo así y eso es lo único que me importa. He sufrido mucho y me queda mucho por sufrir porque jamás me imaginaba que alguien pudiera utilizarme de esta manera para conseguir sus propósitos. —Everett frunció el ceño. —En el periódico de la tarde de hoy explico con detalles todo lo que ha ocurrido. Y espero que me disculpen por no explicarlo ahora porque es muy largo de contar.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Everett muy tenso.

El hombre le miró antes de continuar leyendo —*Solo quiero pedirles disculpas por tener que presenciar esto, pero necesitaba testigos de este momento. Atentamente Jessica Emilia Foeller.* —Levantó el sobre. —¿Everett Timothy Halleran? Le entrego la demanda de reclamación de la herencia correspondiente a Angela Meredith Foeller. Hija no reconocida de Timothy Steven Halleran. —Su madre abrió los ojos como platos llevándose la mano al pecho y Everett dio un paso atrás de la impresión. —Y la demanda civil por daños morales interpuesta por Jessica Emilia Foeller al intentar casarse con ella para acceder a la niña por medio de mentiras y engaños, que han provocado a mi cliente daños psicológicos irreparables.

Amber se desmayó en la escalera y Everett se acercó al abogado cogiéndole por las solapas del traje mientras varios amigos intentaban separarle. —¿Suélteme! ¡Eso si no quiere una demanda por agresión! —gritó el abogado. Sujeto por varios amigos le puso el sobre en el pecho—. He entregado la demanda.

—¡Maldito cabrón! ¿Dónde está Jessica?

—¡No se acerque a mi cliente ni usted ni su familia! En esa demanda tiene una orden de

alejamiento. No pueden acercarse a ella o a su hermana a cien metros, ¿me ha entendido? —Le señaló con el dedo. —Es usted uno de los cabrones más retorcidos que me he encontrado en la vida. Estaré encantado de quitarle hasta la camisa —dijo con desprecio antes de alejarse mientras los invitados murmuraban escandalizados.

—¿Dónde está Jessica? —gritó Everett de la que salía de la iglesia.

Jessie viéndolo todo desde la puerta de la sacristía solo sintió pena por la madre de Everett pues estaba descompuesta. Sus ojos cayeron en Everett que forzó a sus amigos a que le soltaran llevándose las manos a la cabeza antes de gritar a pleno pulmón —¡Jessica!

Capítulo 11

Sentada ante el estrado del juez al lado de su abogado, escuchó como entraba la familia Halleran en la sala del juzgado. El primo de Tony se inclinó hacia ella. —Ni les mires. Intentarán desestabilizarte y esto casi está terminado. Recuerda que todavía nos queda otro juicio.

Asintió mirando al frente. —Tranquilo, Warren. Si he llegado hasta aquí nada va a detenerme ahora.

—Bien.

—Jessica...

Cerró los ojos al reconocer la voz de Everett y escuchó como su abogado le decía con firmeza a su abogado que le contuviera.

—¡En pie!

Todos se levantaron y ella también lo hizo viendo como salía una mujer rubia de unos sesenta años con una toga y se subía al estrado. Sin poder evitarlo se puso nerviosa y después de sentarse de nuevo no escuchó la mitad de las cosas pensando en si estaba traicionando la promesa que le había hecho a su madre. Después pensó en todo lo que había ocurrido y en lo que le diría porque Everett le hubiera hecho daño. No soportaba que le hicieran daño y la animaría a que se la devolviera como con las hermanas de Everett. Y si no estaba haciendo lo correcto, su madre desgraciadamente ya no estaba allí para recriminárselo.

—Juez Delaware, solicito que se inste a la parte contraria a abstenerse de intentar importunar a mi cliente. Se han quebrantado las restricciones de acercamiento al menos siete veces en el último mes. La acosa en el trabajo, en su casa... Hasta cuando ha ido a comprar. Mi cliente no puede caminar tranquila por la calle porque este hombre se empeña en que quiere hablar con ella. No le hace caso ni al sheriff que ha tenido que detenerle las siete veces. ¡Esto es inconcebible! ¡No acata ni las decisiones judiciales, pues se cree el amo del contorno y que puede hacer lo que le venga en gana como en el siglo pasado, señoría! ¡Incluso en este juzgado ha intentado hablar con ella hace solo dos minutos cuando el psicólogo que la ha tratado presentó en su informe la necesidad inmediata de que se alejara de mi cliente por su bienestar mental!

La juez miró a su izquierda y sin poder evitarlo ella miró hacia allí. Se le cortó el aliento al ver a Everett que tenía la mirada agachada y parecía pensativo.

—Señor Halleran... —Everett miró a la juez levantándose y mostrando el traje azul que llevaba. —¿Se da cuenta de que un quebrantamiento de la orden de alejamiento me da la excusa perfecta para enviarle a prisión al menos dos meses?

—Señoría, mi cliente lo ha entendido.

—¿Seguro? Porque creo que le entra por un oído y le sale por el otro. ¡No puede acercarse a ella bajo ningún concepto! ¿Me ha entendido?

—Sí, señoría.

—Siéntese. Espero no tener que tratar de nuevo este asunto. Estamos aquí para resolver la demanda por la herencia de Angela Meredith Foeller. Al parecer hay acuerdo entre las partes.

Su abogado se levantó. —En contra de mi criterio, señoría —dijo muy serio sorprendiéndola—. Mi cliente quiere acabar con esto cuanto antes y ha aceptado la primera propuesta, aunque le

aconsejé que no lo hiciera.

La jueza la miró. —¿Está segura? La ley es muy clara. Los hijos no tienen por qué heredar si el fallecido no les incluye en el testamento. Pero existe la excepción de tener un hijo después de la firma del testamento, que es este caso, y que por diversas razones no se llegara a cambiarlo antes de la muerte. El fallecido firmó el testamento poco antes del nacimiento de la niña y aún teniendo conocimiento de su llegada a este mundo, no lo cambió para ocultar su paternidad. Si todo hubiera quedado ahí usted no podría hacer nada porque el señor Halleran era dueño de hacer con su herencia lo que le viniera en gana. Pero la jurisprudencia en este caso le da la razón, señorita Foeller. Debido a la promesa que le hizo su hijo en su lecho de muerte. Debía cuidar de la niña y es como haber dado su consentimiento a una repartición justa de la herencia.

Jessie se levantó lentamente. —Dos millones de dólares me parece justo, señoría. Ese dinero será suficiente para que Angela estudie lo que quiera y tenga una vida cómoda.

La mujer miró un expediente que tenía delante. —Pero lo que aquí se me indica es que el patrimonio de Timothy Halleran al fallecer era de veinticuatro millones de dólares. Repartidos entre sus tres hijos. El mayor se quedó con el rancho y la ganadería que en dólares solamente vale más de siete millones. Eso por no hablar de las propiedades repartidas por el pueblo que también fueron a parar a él. Las gemelas recibieron dinero en efectivo y por lo que tengo entendido ascendió a siete millones cada una, más dos viviendas en Houston. Y el resto del dinero en líquido se lo quedó el hijo mayor que fue quien más heredó. —Se quitó las gafas. —No me parece bien. Angela es tan hija de Timothy Halleran como los demás, como han demostrado los análisis de ADN.

—Señoría ya hay acuerdo —protestó el abogado de Everett que se acercó a él y le susurró algo al oído. Sus ojos coincidieron durante un segundo y Jessie no pudo evitar estremecerse agachando la mirada. Everett apretó el puño impotente al ver que había palidecido—. Está firmado, señoría. La demandante se queda con la custodia total de la niña y recibirá una pensión mensual de mil dólares al mes hasta que termine la universidad o cumpla veinticinco años, que se irá revalorizando según el nivel de vida.

La juez suspiró reclinándose en el asiento y al ver la cabeza gacha de la demandante apretó los labios. —Este tema me parece tan sucio, tan despreciable... que ha tenido una suerte enorme de que la demanda de la señorita Foeller por daños y perjuicios no la llevara yo, porque le aseguro señor Halleran, que perdería hasta la camisa que lleva puesta. —Su abogado sonrió. —Pero hay acuerdo entre las partes y no puedo hacer nada salvo decirle a la demandante que me parece muy valiente.

Se le cortó el aliento mirando a la juez. —Cualquier otra chica de su edad hubiera faltado a su promesa o hubiera entregado el bebé por no poder atenderlo. Cualquiera lo habría entendido, pero ella luchó por una niña al que su propio padre, al que le sobraba el dinero, dio la espalda. Pero no se quedó ahí, pues viendo las dificultades que esta niña estaba pasando, seguía comportándose ante todos como un hombre de intachable conducta. Pero ella siguió manteniendo su promesa. Solo la traición de la persona que amaba la hizo reaccionar y me alegro muchísimo porque no se dejó pisar más. —La mujer cruzó los dedos adelantándose en su asiento. —Niña, tu madre estaría muy orgullosa de cómo has cuidado a tu hermana y de cómo te has desenvuelto en esta vida. Te deseo mucha suerte.

Con los ojos llenos de lágrimas dijo —Gracias, señoría.

—Señor Halleran la orden de alejamiento seguirá vigente. —Cogió el mazo. —Ya que se ha firmado acto de conciliación, se levanta la sesión.

Warren metió los papeles en su maletín mientras ella cogía su bolso. Al volverse vio a Martha que se apretaba las manos y la miraba angustiada como si quisiera hablar con ella. Agachó la mirada sin poder evitarlo, lo que le dio una rabia enorme porque ella no había hecho nada mal.

El abogado de Everett se acercó a hablar con Warren susurrándole algo al oído. El hombre apretó los labios antes de decir —Hablaré con ella.

Se acercó a Jessie y susurró —Otro millón por daños y perjuicios.

Le miró sorprendida a los ojos. —¿Tanto?

—Y se queda corto. Te lo digo yo.

Miró sus ojos castaños. —Doscientos mil para tus gastos y para cubrir las pérdidas de Tony en el bar ahora que tiene menos clientes por mi culpa. Ha perdido a los vaqueros del rancho y no me parece justo. No quiero nada de los Halleran. —Se puso la correa del bolso al hombro. — Solo pido que no se acerquen más a nosotras. Solo eso.

Warren suspiró. —Puedes sacar mucho más. Puedes cambiar tu vida.

Sonrió con tristeza. —Mi vida es ésta y ya no hay nada que la cambie. Si cogiera ese dinero me sentiría sucia porque no quiero nada suyo.

—¿Seguro que no te lo quieres pensar?

—Seguro.

Warren se volvió hablando con su abogado que sonrió encantado de la vida y asqueada por todo aquello miró a Everett sin poder evitarlo. Él separó los labios y sintiendo que la rabia la recorría porque su cuerpo lloraba por él, empujó la puertecilla de madera para salir de allí cuanto antes. Martha la vio pasar a su lado. —¿Cómo se lo ha tomado la niña?

—¡Qué no le hable! —gritó Warren sobresaltando a la mujer—. ¿Es que no escuchan cuando se les habla? ¿No le han hecho bastante daño?

—Tranquilo, Warren —dijo el abogado de Everett—. No la molestarán más.

—Más les vale. ¡Porque si no ejecutaré la orden de alejamiento! ¡Y no habrá quien me detenga porque hablaré con la fiscalía!

Martha se sonrojó. —Lo siento.

Odió sentirse culpable mientras salía de la sala del juzgado. Al llegar al exterior levantó la cara para que el sol le diera en el rostro. Había terminado. Era hora de seguir su camino.

Cerró la puerta del coche sonriendo porque Angela estaba encantada con su nueva mochila rosa. Todavía estaba algo sorprendida por lo bien que se lo había tomado todo. De hecho, después de contarle de la manera más sencilla que encontró, quién era su auténtico padre, le dio igual. Lo que sí que la sorprendió un poco, es que Everett fuera su hermano. Eso no lo entendía muy bien al principio, pero después de dibujar a toda la familia empezó a comprenderlo. Pero lo único que le preguntó era si ella iba a cuidarla siempre y por supuesto dijo que sí. Y que a partir de ahora estarían más tiempo juntas porque no trabajaría por las noches. Rodeó el coche aún sonriendo y vio a Mónica que salía del suyo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó su amiga acercándose a toda prisa.

Eso le hizo perder la sonrisa. —Tirando, tengo mis momentos.

—Vaya, lo siento.

—Bah, era una tontería. No sé para qué me hice ilusiones. Estaba claro que había algo raro en todo esto.

—Ahora que vas a volver a estudiar todo será distinto. Siento que ya no trabajes más aquí y te echaré de menos, pero te va a venir genial conocer a más gente.

—Y yo a ti también te echaré de menos, pero nos seguiremos viendo.

Tiró de la puerta entrando en el local y se quedaron de piedra al ver a un tipo ante la barra con una pistola en la mano que estaba gritando —¡El dinero, joder!

El tipo se volvió y Jessie solo pudo ver el cañón apuntándola antes de sentir un dolor lacerante en el pecho. El impacto la tiró hacia tras cayendo sobre la puerta y ni escuchó el grito de Mónica antes de oír otro disparo.

Abrió los ojos sintiéndose agotada, pero tenía que llevar a Angela al colegio. Algo mareada tuvo que cerrarlos de nuevo y con esfuerzo consiguió abrirlos porque le pareció escuchar el sonido del despertador. —Angela... —susurró.

Una sombra se puso sobre ella y le costó reconocer a Mónica que tenía los ojos llenos de lágrimas. —Eh... ¿Qué pasa? —Parpadeó centrando la vista. —No llores.

Cogió su mano y vio a otra persona tras ella. Frunció el ceño porque no le conocía. —¿Quién es?

—Soy el doctor Cowton. —Al verle bien se dio cuenta de que tendría la edad de Tony y que tenía canas en las sienes de su cabello pelirrojo.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustándose—. ¿Angela?

Mónica sollozó. —¿No lo recuerdas?

—¿Recordar qué? —Intentó incorporarse, pero los dos la retuvieron y pálida miró al doctor. —¿Qué me pasa? ¿Por qué no se me mueven las piernas?

—Tranquilízate, Jessie —dijo el doctor muy serio—. Te hemos operado, no debes moverte. Has estado en coma inducido varios días.

—¿Por qué? —preguntó sin aliento.

—Precisamente porque no quería esto. Te han disparado, Jessica. —Sus ojos se llenaron de lágrimas recordando el cañón de la pistola. —Has tenido una suerte enorme. De hecho, una doctora que al parecer te conocía te practicó la reanimación y gracias a ella has sobrevivido. El disparo ha dañado un pulmón y la bala antes de salir dañó la columna vertebral. Al parecer se desvió por una costilla y eso te ha salvado la vida.

Se echó a llorar. —¿Me voy a quedar en una silla de ruedas?

El doctor apretó los labios. —No podemos asegurar una recuperación completa. La vértebra se desplazó afectando a la médula y si todo ha ido como espero, tienes muchas posibilidades de volver a caminar. Pero no sé cómo. ¿Entiendes lo que quiero decir, Jessie?

—¿Así que tengo posibilidades?

—De momento hay que esperar a ver cómo te recuperas, quiero que se desinflame la zona y eso puede tardar un tiempo. Dependiendo de lo que ocurra, actuaremos.

—¿Puede tardar un tiempo? ¡Cuánto tiempo! —dijo alterándose.

—La rehabilitación puede tardar meses. Cada cuerpo es distinto.

—Meses. —Cerró los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Entonces pensó en Angela y miró a Mónica. —¿Dónde está la niña? ¿Con quién? ¿Con Tony?

El labio de Mónica tembló. —En cuanto se enteraron pidieron la custodia temporal de la niña. Está en el rancho.

Gritó de dolor y el doctor la sujetó por los brazos gritando algo que ella no entendió. Una enfermera inyectó algo en su gotero y sin dejar de llorar gritaba el nombre de Angela desesperada por verla. No podían habérsela quitado. Los ojos de su niña sonriendo el día de su cumpleaños antes de soplar las velas fue lo último que vio antes de que el sueño la venciera.

Le tocaron en el hombro y sintiendo que sus ojos le pesaban mucho los abrió sonriendo al ver la carita de su hermana. —Mi amor... —dijo agotada.

—¿Estás malita?

Parpadeó intentando concentrarse.

—Espera un poco, Angela —susurró alguien—. La medicina que le han puesto hace que esté algo dormida.

Miró a su niña y se dio cuenta que estaba sentada a su lado intentando no tocarla. —Dame un beso.

Angela se agachó dándole un beso en la mejilla y suspiró del alivio porque estaba bien. Mirandola vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. —Eh... No llores.

—¿Cuándo nos vamos a casa?

—Tengo que ponerme bien.

—Angela, ya te lo he dicho. Es como cuando te quitaron los puntos y tenías la herida cerrada. Hay que esperar a que se cierren sus heridas para ir a casa.

Reconoció la voz de Everett y levantó la vista para verle a unos metros tras la niña. —La orden...

Everett dio un paso hacia ella. —Angela, ¿por qué no sales y vas a buscar un chocolate a la máquina? La abuela está hablando con el médico y te acompañará.

—No, no quiero irme.

—Después podrás quedarte un rato con tu hermana. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes como el caramelo? ¿O me lo prometes de verdad? —preguntó molesta.

Everett apretó los labios. —Te lo prometo de verdad. Podrás quedarte con ella hasta que se duerma de nuevo.

Se notaba que la niña no quería despegarse de su lado. —Ve a por ese chocolate. Sé que te encanta. Yo no voy a moverme de aquí —dijo intentando despejarse.

—Vale —dijo a regañadientes bajando de la cama—. Pero vuelvo ahora.

Sonrió para tranquilizarla. —Eso espero.

La niña fue hasta la puerta y tiró de la manilla sin quitarle ojo antes de salir. En cuanto se cerró la puerta miró con odio a Everett. —Si que te has dado prisa para quitármela.

Él apretó los labios. —No puedes cuidarla. Necesitaba que alguien la atendiera.

—Tony...

—Tony se pasó dos días en comisaría y no es su familia. Por supuesto en cuanto nos enteramos de la situación mi madre fue a buscarla al colegio para hacerse cargo mientras mi abogado emprendía las acciones necesarias. ¿Qué pretendías que hiciéramos? ¿Que la dejáramos sola mientras te debatías entre la vida y la muerte, Jessica?

Impotente miró al techo mientras una lágrima corría por su mejilla. —Es mía.

—Eso quedó claro en el acuerdo, nena —dijo acercándose más.

—¡No te acerques!

—La orden de alejamiento ha sido revocada debido a estas circunstancias. He sido nombrado su tutor al ser su hermano mayor.

—¡Tú no eres nada suyo y tu madre no es su abuela!

—Puede que nunca haya estado a su lado como debería, pero legalmente soy su hermano y soy la persona responsable hasta que estés en condiciones de encargarte tú. Y seamos francos, vas a tardar en estarlo.

Le miró con odio. —Muy sensible, Everett. Se nota que estás tan enamorado que te preocupan muchísimo mis sentimientos.

—Lo mismo que te importaban los míos cuando me dejaste en evidencia a mí y a toda mi

familia ante todos los que nos conocen. —Se agachó sobre ella. —Escúchame bien... Angela tampoco lo está pasando bien con esta situación y como ella es lo primero, espero que no la pongas en nuestra contra porque lo único que vas a conseguir es que sufra más aún. No puedes hacerte cargo de una niña de seis años. Se tiene que quedar con nosotros, así que intenta poner buena cara porque como te dirá tu abogado la otra opción es que se la lleve asuntos sociales y ninguno queremos eso, ¿verdad?

Sin darse cuenta de que lloraba asintió y Everett muy tenso se enderezó. —Muy bien. Como ya había preparado su habitación lo tenía todo listo. Aunque lleva varios días con nosotros, ¿hay algo que quieras decirme que deba saber sobre la niña?

Cerró los ojos queriendo perderle de vista. —Es alérgica a los cacahuetes.

—Eso nos lo ha dicho ella.

—Le da miedo que cierren la puerta de su cuarto por la noche.

—Creo que eso es algo que ha superado. —Le miró sorprendida y él hizo una mueca. —Se encierra en su habitación y solo sale para comer. Le está costando aclimatarse a su nueva vida. Solo habla normal con Clare. Con los demás siempre está enfadada.

—Hablaré con ella.

Everett pareció aliviado. —No sé cómo le has explicado...

—Al principio le costó entenderlo, pero me ayudó mucho la psicóloga del colegio indicándome cómo debía hacerlo. Sabe que sois sus hermanos y quien era su padre.

—Debió ser una sorpresa enorme.

—No entendía muy bien como si eras su hermano podías casarte conmigo.

Él se pasó la mano por la nuca como si estuviera agotado. —¿Le has dicho...?

—¿Qué intentaste engañarme? No, no se lo he dicho porque yo sí quiero a mi hermana y no quiero confundirla más. Pero no sé lo que le dirán los demás o en el colegio. Eso no puedo controlarlo.

—Igual si hubieras...

—¡Vete! —exclamó perdiendo los nervios—. ¡Cómo te atreves a recriminarme nada! —Se echó a llorar desgarrada. —¿Quién te crees que eres para tratarme así? —gritó furiosa.

Palideció al ver su dolor. —Nena, cálmate.

La puerta se abrió dando paso a una enfermera que frunció el ceño. —¿Está alterando a la paciente? —preguntó indignada.

Everett se tensó. —Lo siento.

—¿Lo siente? ¿Sabe por lo que ha pasado esta mujer? —Se apartó de la puerta. —Haga el favor de salir de inmediato o llamo a seguridad.

—Everett, ¿qué has hecho?

Todos miraron a la puerta para ver a Martha impresionada mientras que Angela se soltaba de su mano entrando en la habitación y subiéndose a la cama para tumbarse a su lado. —No llores. Estoy aquí. —Acarició su mejilla con la manita. —No llores —dijo a punto de ponerse a llorar—. Tú nunca lloras. —Miró furiosa a Everett. —¡Eres malo, la has hecho llorar! ¡No te quiero, no te querré nunca!

Martha se tapó la boca con la mano mientras Everett se tensaba. —Será mejor que nos vayamos.

—¡No! —La niña agarró a Jessie por el cuello y la enfermera jadeó acercándose de inmediato.

—¡No! —gritó Jessie—. ¡No la toquéis!

—Dios mío —dijo Martha impresionada mientras Everett sujetaba a la niña por la cintura y ésta se ponía a chillar con fuerza.

—¡No! ¡No os la llevéis! —gritó impotente cogiendo a la niña de la mano—. ¡No!

—¡Jessie!

—¡Cielo, no te preocupes! Volverás a estar conmigo.

—Niña, suéltala. Vas a hacerle daño —dijo la enfermera preocupada—. ¡Los puntos!

—¡No!

Everett tiró de la niña y Jessie gritó intentando levantarse al ver que Angela lloraba. Él la alejó sacándola de inmediato de la habitación mientras se revolvía entre sus brazos y ella gimió de dolor cerrando los ojos para escuchar —Lo siento, lo siento —dijo la madre de Everett emocionada cerrando la puerta.

—Tranquílcese —dijo la enfermera levantando la sábana para mirar el vendaje que cubría la herida—. Esto no le viene bien. ¿Quiere que la niña vuelva a su lado? Pues tiene que recuperarse lo más pronto posible.

Abrió los ojos mientras la mujer sonreía. —Así me gusta. Es muy fuerte para superar la operación a la que la han sometido. Ha sobrevivido y estoy segura de que esa niña ha tenido mucho que ver. Ahora a reponerse cuanto antes. —Cogió una gasa de encima de la mesilla y le limpió las lágrimas. Cuando la había secado aún salió otra y susurró —Esta es la última. A partir de aquí no más lágrimas porque tiene que ponerse bien y llorar solo es un desgaste de energía. Ya ha sufrido mucho.

—¿Me conoce?

La enfermera sonrió. —Mi tía vive en Greenville. —Se le cortó el aliento porque estaba a cincuenta kilómetros de casa. —Leyó el periódico y un domingo que fui a comer con ella hace unas semanas me lo enseñó. —Le guiñó uno de sus ojos azules. —La felicito. Se vengó y le dejó con el culo al aire ante todos. Me alegré mucho. Al ver su nombre en el historial lo reconocí.

Agachó la vista pensando en todo lo que había pasado. —La he perdido.

—No, claro que no. —Sonriendo apartó sus rizos de su rostro. —Para esa niña usted es su madre y nunca la olvidaría. La quiere con locura y esperará a que vuelva. Esto pasará y dentro de unos años, cuando sepa lo que es la vida de verdad, estará muy orgullosa de la madre que tiene porque siempre ha hecho lo mejor para cuidar de su bienestar.

—Gracias. —Miró la chapa en su pecho y sonrió con pena. —Gracias, Meredith.

La enfermera sonrió. —De nada. Ahora a ver si puede comer un yogurt que hay que fortalecerse.

—Sí, por mi niña.

Capítulo 12

Sentada en la cama dos semanas después miró al doctor mientras Tony cogía su mano. —Las pruebas han sido muy positivas, Jessie —dijo sonriendo—. La médula no muestra daños graves.

—Pero no puedo mover las piernas —dijo angustiada—. Aunque siento cuando me toca no puedo moverlas.

—Aún persiste la presión. La médula sigue comprimida y eso provoca la parálisis. La operación para recolocar la vértebra ha ido muy bien y vas a necesitar rehabilitación. Mucha rehabilitación. Se han tocado músculos y zonas demasiado delicadas. El proceso es lento. No debes impacientarte.

Suspiró mirando a Tony que sabía lo que deseaba ver a su niña. Su amigo sonrió. —Vas muy bien. Y hay que seguir así.

—Sí —susurró.

—El doctor Cowton sabe de lo que habla.

—Por supuesto, por eso tenemos que hablar de algo. —Se sentó en la cama a su lado y suspiró. —Vives a una hora de Houston y ese es el problema porque te recomendaría un fisio buenísimo, pero solo trabaja aquí. Tiene una consulta, no se desplaza a domicilio.

Dios, no había pensado en eso. Bastante preocupada estaba con la factura del hospital como ahora preocuparse por el fisio. Tenía los dos millones de Angela, pero no le parecía justo. Era su herencia.

—¿No puedo hacer la rehabilitación en casa? Quiero regresar a casa —dijo casi con desesperación.

—Me lo imaginaba, por eso he hablado con la doctora López que ha estado muy pendiente de tu recuperación. —Jessie se emocionó porque la había llamado varias veces. —Ella se ha encargado de buscar un fisio por la zona que va a domicilio. ¿Dónde tienes pensado vivir?

—Puedes quedarte conmigo.

En ese momento se abrió la puerta y Jessie frunció el ceño al ver entrar a Everett. —Lo siento. El tráfico...

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó indignada.

El doctor se levantó tendiéndole la mano. —Le he llamado yo.

—¿Por qué? —preguntó Tony agresivo—. No le importa nada su estado como ha dejado claro al no aparecer por aquí en semanas.

Everett se tensó e iba a decir algo, pero el doctor se adelantó. —El señor Halleran ha seguido la evolución de la paciente desde el primer día y puesto que la niña está a su cargo, he creído conveniente que estuviera aquí para hablar de la recuperación de Jessie porque creo conveniente que la niña esté a su lado. El señor Halleran y yo hemos hablado de eso.

—¿A mis espaldas? —Furiosa miró a Everett. —No sé por qué no me extraña nada.

—Estoy seguro de que tienes la peor opinión de mí, pero esto nos conviene a todos. Sobre todo a Angela.

—Puede venirse a mi casa con nosotros —dijo Tony.

—¿Y vas a contratar una enfermera y una niñera que las cuide mientras tu trabajas? ¿Vivirán

en la parte de arriba del bar? —preguntó Everett molesto—. ¿Vais a trasladar de nuevo a la niña que tiene en mi casa su propia habitación?

—¡Suéltalo de una vez! ¡Lo estás deseando! —Furiosa entrecerró los ojos. —¿Qué es lo que propones, Everett?

—No es lo que propongo. Es lo que se hará —dijo dejándola de piedra—. La niña está en mi casa. ¿Quieres verla? Pues ya sabes lo que tienes que hacer porque hasta que no estés recuperada del todo no se va del rancho. Ya hay preparada para ti una habitación en el piso de abajo y la doctora López ha buscado el mejor fisio de la zona. Harás sesiones diarias y estarás cerca de Angela, que es lo que la niña y tú necesitáis. ¿O tienes algo que decir en contra?

—¡No te imaginas todo lo que tengo en contra!

—¡Pues dime un plan mejor que incluya a Angela! Estoy dispuesto a escuchar cualquier cosa.

—La señora Ruiz...

—¿La niñera? ¿Esa que vive a vuestro lado y que no puede estar las veinticuatro horas contigo porque tiene una familia propia? ¿Me estás hablando de esa?

—Puedo contratar a alguien.

—¿Con qué dinero?

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¿Con qué dinero vas a contratarlos? Porque que yo sepa en tu cuenta hay mil pavos. Y la cuenta de la niña ahora la controlo yo como su tutor temporal.

Le miró totalmente pálida y Tony apretó los puños. —Serás cabrón.

—Sí, cabrón y todo lo que tú quieras, pero lo mejor para la niña es seguir en el rancho rodeada de su familia. Tiene que ser ella la que se traslade allí por mucho que le moleste, porque ni de broma voy a dejar que cuide a Angela un desconocido antes que Clare o mi madre. ¿Ha quedado claro?

Era evidente que su comodidad le importaba una mierda. Impotente ni se dio cuenta de que sus preciosos ojos verdes se llenaban de lágrimas mientras él la retaba con la mirada. —Tú decides, nena...

—Ah, ¿pero no habías dicho que estaba decidido? —preguntó Tony agresivo. Él levantó una ceja provocándole y Tony siseó —Serás...

—Señores, por favor —dijo el doctor muy tenso—. Esto no ayuda nada a mi paciente.

—Tony te aprecio muchísimo y más después de matar a ese cabrón que le ha hecho daño, pero no me toques los huevos. Es mi familia —dijo impresionándola—. Puede que nunca hayamos ejercido como tal, pero a partir de ahora todo va a cambiar. Eso te lo juro por lo más sagrado. —Miró a Jessie a los ojos. —Mañana pasaré a recogerte.

Con las manos atadas le observó salir de la habitación y Tony acarició su mano. —Buscaremos una solución.

—No hay otra solución. No tengo dinero y vosotros tenéis que trabajar. No es justo que os cargue con todo cuando puedo estar en el rancho al lado de Angela. Ella me necesita...

—Claro que sí, cielo. Pero ahora tú eres más importante.

El doctor la miró preocupado. —No me imaginaba que tenían tan mala relación, lo siento. Parecía tan preocupado por su bienestar...

—¿Everett?

El doctor asintió. —Decía que quería informar a la niña y llamaba todos los días. Si era un día que había alguna prueba llamaba varias veces. Pero siento haberme equivocado porque es obvio que no se llevan bien. Lo siento de verdad.

—No es culpa suya —dijo intentando no llorar de la impotencia—. Al menos estaré con Angela. Sabía que no dejaría que viviéramos juntas hasta que estuviera bien. Es un alivio que intente hacer lo que sea mejor para la niña. —Sonrió irónica. —Eso nos ha quedado claro. La quiere con él, así que hará lo que sea para que no se mueva del rancho. Si tiene que cargar conmigo para que ella sea feliz, lo hará aunque tenga que verme la cara todos los malditos días.

—Cielo... —Tony le acarició el cabello. —No tienes que hacerlo, de verdad. Tengo unos ahorros.

—Eso no es justo y lo sabes. Ya bastante has hecho por mí —dijo con cariño—. Si no hubiera sido por ti...

—Shuss, todo lo has hecho tú. Solo siento no haber reaccionado primero y haberle reventado la cabeza a ese cabrón antes de que disparara. Lo siento. Si le hubiera dado el dinero...

—Entonces te habría matado a ti y puede que a nosotras también que llegábamos en ese momento. No eres responsable de nada.

El doctor apretó los labios. —¿Entonces está decidido? ¿Te irás al rancho Halleran?

—Sí, doctor —dijo porque no había otro remedio.

—Iré a verte dentro de tres semanas. Visitaré a la doctora para hablar de tu estado y de paso pasaré por el rancho a echarte un vistazo.

Sonrió. —Gracias, doctor.

—De nada —dijo yendo hacia la puerta—. Te veré en tres semanas. Haz caso a la doctora López en todo.

—Sí, doctor.

En cuanto les dejó solos miró a Tony a los ojos. —Va a luchar por ella, lo sé.

—Ningún juez te la quitará después de todo lo ocurrido. Mi primo se encargará de ello. Iré a verte y Mónica también. Estaremos a tu lado todo lo que podamos, te lo juro.

Sentía que abusaba de ellos. —No hace falta.

—Claro que hace falta. No he tenido hijos y sabes que te quiero como si lo fueras. —La abrazó con fuerza y Jessie se aferró a él dejando salir las lágrimas que llevaba reteniendo desde que Everett había llegado. —No estás sola. Recuérdalo cuando estés allí. Siempre estaremos contigo.

La puerta de la ambulancia se abrió y al primero que vio fue a Everett que supervisó como bajaban la camilla del vehículo. La había ido a buscar al hospital y a pesar de que no se habían dirigido la palabra, había estado a su lado hasta que la habían metido en su transporte. Fue un alivio que no se subiera a su lado.

Ansiosa por ver a Angela miró a su alrededor, pero solo vio a Clare y a Martha en el porche. —¿Dónde está Angela?

—Está en casa de Betty —contestó Everett—. No quería que viera llegar la ambulancia. Prefiero que cuando os encontréis sea en la silla de ruedas. Ahora iremos a buscarla.

Al parecer él lo decidía todo. Una mujer de su edad con un chándal rosa salió en ese momento de la casa y bajó los escalones con agilidad. Era guapísima, con un cabello negro brillante recogido en una cola de caballo y un flequillo impecable que marcaba sus ojos negros. Se tensó cuando se acercó. —Hola, Jessica. Mi nombre es Isadora y soy tu enfermera.

¡Esa no tenía pinta de enfermera en absoluto! —¿No me digas? —preguntó irónica.

—Vaya, ¿estás gruñona por el viaje? En cuanto te dé un buen baño y descanses un poco, se te quita.

—Mira, Isadora... —La enfermera sonrió. —A mí no me trates como si fuera una niña de

cinco años. Aquí la única niña que hay es mi hermana y tampoco toleraría que le hablaras como si fuera lenta. ¿Me has entendido?

—Nena... —le advirtió Everett.

—¡Y tú deja de llamarme nena, idiota! —gritó perdiendo los nervios.

Everett apartó la sábana que la cubría y la cogió en brazos sorprendiéndola. —Gracias, ya pueden irse. Nos encargamos nosotros —dijo antes de empezar a subir los escalones perdiendo la paciencia.

Al pasar ante Martha agachó la mirada avergonzada sin poder evitarlo. No quería ni imaginar cómo se sentía ella al tenerlas allí. Impotente levantó la vista al ver que Everett abría una puerta con el pie. Habían arreglado el despacho como habitación, quitando la mesa y colocando una cama de hospital. También había una camilla de masajes y unas barras de madera para apoyarse y caminar entre ellas. Everett la sentó en la cama y ella se quedó mirando la silla de ruedas que tenía ante la cama con la mirada perdida. ¿Cómo había llegado a eso? ¿Cómo diablos había llegado a esa situación?

—Bien —dijo Isadora entrando en la habitación sonriendo—. Ya estoy preparando la bañera. Con sales de lavanda que van a hacer que te relajés un poco.

Odiaba a esa tía. Aunque en ese momento odiaba a todo el mundo. Isadora sonrió. —Vaya, hemos decidido no hablar. Ya se te pasará.

Everett se quedó a su lado e Isadora se acercó a ella por el otro llevando sus manos a los cordones que ataban su bata. Al darse cuenta llevó la mano allí. —¿Qué haces?

—Desnudarte para ir al baño —contestó como si fuera lo más obvio del mundo—. La bala no te entró en la cabeza, ¿verdad? Me comprendes cuando te hablo.

Se le cortó el aliento. —¿Te atreves a bromear con lo que me ha pasado? ¡Serás zorra!

Isadora hizo una mueca. —Está claro que no tienes sentido del humor. ¡Era una broma!

—Métete las bromas por el culo, hija de put... —Everett le tapó la boca y le miró con odio.

—Isadora, déjanos solos.

La enfermera chasqueó la lengua antes de salir de la habitación cerrando la puerta. Él suspiró sentándose a su lado y la miró con esos ojos azules que antes creía que la amaban. Pero ahora lo único que indicaban era... ¿diversión? Frunció el ceño. —Me acabas de recordar a la Jessica del bate que no le importa arrear a cualquiera que se ponga en su camino. Mira nena, sé que lo has pasado muy mal....

—¡Mmm! —gritó bajo su mano.

—No voy a quitar la mano porque quiero que me escuches. Intenta morderte la lengua, ¿de acuerdo? No abundan las enfermeras por esta zona. Isadora viene de Houston y prácticamente he tenido que sobornarla con una cantidad de dinero indecente para que aceptara el trabajo y solo lo ha aceptado porque conoce a la doctora López. Te agradecería que intentaras controlarte un poco. Sé que estás dolorida y cansada del viaje, que tienes ganas de gritar a todo el mundo y que te gustaría matarme, quemar el rancho y mil cosas más, pero es lo que hay. ¿Lo has entendido, preciosa? Tienes que aceptarlo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la impotencia y Everett apartó la mano lentamente apoyándola al otro lado de su cuerpo. —Llora si quieres. Tienes todo el derecho a llorar. Creías que te habías librado de mí y mira donde estás. Es para llorar a lágrima viva.

Parpadeó sorprendida y sorbió por la nariz—¿Estás bromeando?

—¿Lo hago mal?

—No, pero... —Él alargó la mano y cogió uno de sus rizos.

Se quedó tan atónita que le arreó un bofetón que le volvió la cara y Everett gruñó mirándola de nuevo. —¿Qué coño haces? ¿Es que has perdido el juicio? ¡Estoy inválida! ¡Estoy inválida y te odio! —le gritó a la cara—. Ni se te ocurra... —Perdió el habla al ver que miraba sus labios y jadeó intentando pegarle de nuevo, pero él cogió su muñeca empujándola contra las almohadas. — ¡Suéltame!

—Voy a darte una noticia que puede que te sorprenda —dijo mirándola con deseo—. Sueño contigo todas las noches, nena. Como te retorciás de placer bajo mi cuerpo y como me acariciabas.

Su respiración se alteró y dijo con rabia —Serás cabrón.

Él miró hacia abajo y su otra mano acarició su pecho por encima de la bata. Furiosa se retorció bajo su cuerpo. —Eso es, nena. Te prefiero peleona. —Rodeó su pezón con el índice. — Parece que no te soy tan indiferente, ¿no?

—¡Es un acto reflejo, idiota! Me das... —Everett atrapó sus labios y cogió su nuca para pegarla a él besándola de manera exigente, pero ella decidió no protestar. No le serviría de nada. Lo único que podía hacer era no responder y eso hizo. Se quedó fría entre sus brazos y él insistió acariciándola hasta que se tensó dándose cuenta de que se había quedado laxa.

Él se apartó lentamente y la miró a los ojos antes de soltarla. —Aún estás convaleciente.

—Estás loco —dijo con desprecio.

—Sí, puede que esté loco, pero estás aquí. —Se levantó saliendo de la habitación dando un portazo y ella se estremeció cerrando los ojos. Increíble se quedó allí muy quieta sabiendo que quería hacerlo de nuevo. Quería seducirla para que no tuviera voluntad y quedarse con la niña. Estaba loco. Estaba en manos de un loco y no tenía posibilidad de alejarse de él.

Isadora entró en la habitación con su insoportable sonrisa en la cara, pero la perdió poco a poco mientras se acercaba al ver las lágrimas en sus ojos. —¿Te duele mucho?

—Necesito mis cosas.

—¿Tus cosas?

—¡Mi teléfono! ¡Necesito mi teléfono!

—Oh... —Confundida miró a su alrededor. —Lo buscaré.

—Sí, por favor —dijo angustiada.

La chica salió de nuevo e impaciente la esperó. Necesitaba hablar con su abogado. Él sabría qué hacer. La orden de alejamiento tendría que servir para algo. Recuperaría el dinero de Angela. Ya vería como se lo devolvía más adelante, pero necesitaba salir del rancho cuanto antes porque no confiaba en sí misma. Angustiada miró hacia la puerta y cuando Isadora entró de nuevo sonrió del alivio al ver el teléfono móvil en su mano.

—No sé lo que ha pasado, pero... —Le mostró el teléfono y tenía la pantalla rota. Supo que no funcionaría. Dejó caer los hombros desmoralizada. Hasta que Tony o Mónica aparecieran por allí, estaba presa en su casa. Isadora dejó su teléfono sobre la mesilla de noche. —Te dejaría el mío, pero no tengo cobertura desde que he llegado al pueblo.

—Muchas compañías no tienen cobertura por aquí —susurró pasándose la mano por la frente sintiéndose agotada.

—Un baño le vendrá estupendamente a tus músculos, Jessie. ¿Me harás caso? Estoy aquí para ayudarte, te lo prometo. Puede que no te gusten mis bromas, pero soy buena en lo que hago. —Con cuidado llevó sus manos a las tiras de su espalda y delicadamente empezó a desatárselas. —La cicatriz de tu espalda está estupendamente. —Le quitó la bata. —Inclínate hacia atrás. —Lo hizo sin rechistar y Isadora miró la cicatriz frontal que estaba justo debajo de su pecho derecho. —Muy

bien. Están muy bien.

—Eso lo dices porque tú no tienes que llevarlas.

—Con bañador no se notan. —Le guiñó un ojo. —Y estás viva.

—Sí, estoy viva. —Respiró hondo. —¿Me acercas la silla? Tendrás que ayudarme un poco, pero...

—No será necesario.

En ese momento se abrió la puerta y perdió todo el color de la cara al ver que Everett entraba de nuevo y se acercaba a la cama. Volvió a cogerla en brazos y sintiéndose humillada porque ni tendría intimidad ni dijo nada mientras la sacaba del despacho desnuda para entrar en un baño que había al lado de la cocina. Supo que era el baño de Clare por los productos de aseo que había sobre el lavabo. Lo que la delató sobre todo fue su tinte negro para el cabello. Tenía un envase sin estrenar en una estantería al lado del espejo. Era la única morena que debía teñirse en la casa, así que supuso que era suyo.

Everett se agachó lentamente y sintió el agua caliente empapando su cuerpo. No se daba un baño desde hacía años porque nunca tenía tiempo y suspiró de gusto cerrando los ojos mientras él la observaba.

—Ya me encargo yo, Everett. Te avisaré para que la saques.

—Ten cuidado que no se resbale hacia abajo.

Sorprendida abrió los ojos. —¿Y a ti que más te da si me muero? —preguntó con desprecio—. Sería todo mucho más sencillo. Te quedarías con Angela como querías.

Everett se tensó. —No digas disparates.

—¿Disparates? —Se echó a reír dejándoles de piedra. —Disparates dice. Seguro que sintió una decepción enorme cuando se enteró de que no había estirado la pata. ¿Cuánto tardaste en pedir la custodia de la niña? ¿Cuando te enteraste de que me habían pegado un tiro? Seguro que tardaste muchísimo en llamar a tu abogado preocupado en cómo estaba tu exprometida. La mujer que decías que amabas. Debías estar destrozado y muerto de preocupación. ¿Cuánto fue, Everett? —Al ver que no decía palabra sonrió. —Sí, lo suponía.

—Everett, no quiero que se enfríe.

Él asintió saliendo del baño e Isadora se agachó ante ella pasándole el jabón y la esponja. —¿Quieres hacerlo tú?

—Sí. —Su mano tembló al coger la esponja y su enfermera apretó los labios. —Quiero hacerlo yo.

—Eso está muy bien.

—Tengo que ponerme bien pronto. —La miró de reojo mientras empezaba a pasarse la esponja por los brazos.

—Te aseguro que yo voy a hacer lo necesario para que sea así. Y según tengo entendido tienes un fisioterapeuta muy bueno. Le verás mañana por la mañana.

—Bien. ¿Me pasas la alcachofa de la ducha? Quiero mojar me el cabello. Tengo que estar perfecta para cuando me vea Angela.

Isadora sonrió. —Es preciosa.

Sus ojos brillaron. —¿La conoces?

—Tiene el mismo carácter que tú.

Rió sinceramente. —¿Tú crees?

—Sí, os parecéis mucho más de lo que pensáis.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Tres días. Quería asegurarme de que la habitación tenía de todo.

—¿Y cómo está? —preguntó ansiosa—. No he hablado con ella en semanas y...

La enfermera miró hacia la puerta y se le cortó el aliento al darse cuenta de que quería asegurarse de que estaba cerrada. —¿Qué ocurre? —susurró.

—Solo se habla con Clare —dijo en voz baja—. Y conmigo. Te lo digo porque te vas a dar cuenta enseguida, así que es mejor que estés preparada. Con los demás solo habla si es totalmente imprescindible o si se ve obligada. Pero está bien.

La miró angustiada. —¿Seguro?

—Ya la verás. Menudo carácter tiene la niña. —Sonrió divertida. —Está deseando verte. Se enfadó mucho cuando le dijeron que tenía que irse a casa de Betty. Menudo berrinche.

—Es algo cabezota.

—Pero es muy lista.

—¿Verdad que sí?

—Y para la edad que tiene, aunque es algo bajita, tiene una conversación de lo más interesante.

Suspiró metiendo la esponja en el agua. —La echo muchísimo de menos.

—Y ella a ti. —Cogió la alcachofa y giró la manilla para que saliera el agua. —Vamos a darnos prisa que no tardará en llegar.

Capítulo 13

Cuando terminaron su aseo, tuvo que morderse la lengua cuando Everett entró en el baño y la sacó de la bañera con cuidado para sentarla en una banqueta donde Isadora le secó las piernas mientras ella se secaba el cabello con una toalla. Everett iba a cogerla en brazos de nuevo cuando protestó —Necesito mi bata.

—Nena, no hay nadie en casa. Mi madre ha ido a buscar a la niña —dijo exasperado.

—Te cubriremos con una toalla. Perdona, Jessie. Es culpa mía. Está en la habitación.

—No pasa nada —susurró mientras se ponía la toalla alrededor del cuerpo.

Everett la cogió en brazos y se estremeció al sentir su camiseta mojada. Odiaba sentirse tan dependiente. Desde muy pequeña se las había arreglado sola pues su madre trabajaba y estaba acostumbrada a encargarse de todo. Odiaba aquella situación y odiaba estar allí. —¿Te duele?

Sorprendida miró a Everett a los ojos y sin poder evitarlo agachó la mirada porque parecía preocupado por ella y eso era mentira. Sabía de sobra la razón por la que estaba allí y su bienestar le importaba muy poco como había demostrado al no llevarle la niña en el tiempo que había estado en el hospital. —No —contestó fríamente.

—Uy, qué mentirosa —dijo Isadora divertida—. Te tiene que estar doliendo horrores porque te toca la medicación.

Everett apretó los labios sentándola en la cama. —La comida está lista. Clare está haciendo su bandeja.

—En cuanto le ponga el pijama comerá algo. Ya me encargo yo.

Él asintió antes de salir de la habitación en silencio y la enfermera pudo ver como suspiraba del alivio. —No te preocupes. La próxima vez que quieras bañarte nos arreglaremos solas. —Le guiñó un ojo acercándose con el peine.

—Gracias. Es una situación algo tensa.

—Everett me explicó lo que había pasado. —La miró sorprendida haciéndola reír. —Has puesto una cara...

—¿Qué te ha contado?

—Que os ibais a casar y la situación de la niña. La verdad es que todo es algo fuerte.

Sonrió con tristeza. —Eso es decir poco.

—Estás segura de que te ha utilizado —dijo cepillándole el cabello—. Pero lo que me dio por pensar...

—Por favor continúa.

—No te cabrees, ¿vale? Es mi punto de vista que seguramente no se dé la misa la mitad. —Se echó a reír. —Misa, ¿lo pillas?

—Eres muy chistosa, ¿sabes?

—Vale, no te ha hecho gracia, pero antes de que te dé el alta te partirás conmigo, ya verás. Bueno, lo que estaba diciendo... Ah sí, mi punto de vista. Si todo ha sido tan desagradable, ¿qué coño haces aquí?

—No tenía dinero para... —Se sonrojó con fuerza. —Para el tratamiento.

—No, no me refiero a eso. Si todo ha sido tan horrible, si él ha quedado en evidencia ante

todo el mundo, si ya tiene a la niña y pasta para aburrir, tanta que podría llevarte a juicio para quitártela del todo ahora que estás en esta situación y que tu diagnóstico es incierto, ¿por qué te ha traído a su casa? Incluso si quería quedar bien con la niña por lo que pueda pensar en el futuro, podría haberte pagado una clínica en Houston donde estarías cuidada y no tendría que soportar esas miradas de odio que le sueltas, que dejarían temblando al más pintado. ¿Para qué traerte aquí cuando tendrías un tratamiento mucho mejor en la ciudad en lugar de tener que soportar todo esto?

Perdió parte del color de la cara. —¿Crees que podría quedarse con la niña?

—¿Como estás ahora? Claro que sí. De hecho tiene la custodia temporal, ¿no? Solo tiene que esperar un tiempo y decir que tú no eres adecuada para cuidarla. No tienes recursos, él es rico... Vamos, que lo que ocurrió en el pasado sería borrado por el bienestar de la niña. Su hermana. Tiene tanto derecho como tú y por lo que he visto la niña está muy bien cuidada. —Jessie la miró angustiada. —De hecho, no haberte ayudado en absoluto a él le hubiera beneficiado mucho. Si tanto rencor te tiene por haberle dejado en ridículo ante todos sus conocidos... —Chasqueó la lengua dejando el cepillo sobre la mesilla. —No sé... Son tonterías que se me ocurren. —Fue hasta un armario que había en la habitación y en el que ni se había fijado. Jessica miró a su alrededor. Aquella cama, la silla, los aparatos de fisioterapia... Todo aquello había costado un dineral. Se le cortó el aliento al ver que Isadora se daba la vuelta con un pijama corto en la mano de seda color melocotón y al ver su cara se detuvo en seco. —¿Qué?

—¿De quién es eso?

—Oh... —La enfermera se sonrojó un poco. —Es que cuando fui a tu casa...

—¿Has estado en mi casa? —preguntó sorprendida.

—Sí, bueno... tenía que recoger tus cosas. Everett quiso que fuera yo para que no te faltara de nada. —Se sonrojó de gusto sin poder evitarlo. —Pues cuando estuve en tu casa me di cuenta de que no tenías ropa para dormir.

—Duermo con una camiseta vieja.

—Sí, me lo imaginé al ver tu albornoz. Chica, cuando tienen un agujero hay que tirarlos.

Se puso como un tomate. —No tenía dinero para gastarlo en eso.

Isadora la miró arrepentida. —Lo siento. Soy una bocazas.

—Da igual. —Miró el pijama en sus manos.

—Le dije a Everett que te faltaban ciertas cosas y me dio su tarjeta para que comprara lo necesario. Como tenía que recoger algunas cosas en mi casa, aproveché y compré unas cosillas. —Gimió mirando el pijama. —De estos te he comprado tres.

—¿Estás loca? Eso es carísimo.

—¿Crees que se cabreará? ¿Me he pasado?

—¡Sí!

Hizo una mueca. —Chica, en lugar de disfrutar del momento...

—¿Qué más has comprado?

Isadora le pasó la parte de arriba. —Bah, tonterías que necesitabas.

—¿Como qué? —Se puso la parte de arriba sin desabrochar los botones y la miró fijamente. —Abre el armario...

—Uy, uy con ésta. Es de la virgen del puño. —Le metió las piernas en el pantaloncito y frunció el ceño. —Igual tenía que haber comprado un camisón.

—¡Déjate de rollos! —exclamó apoyándose en los codos para que le pasara el pantalón por la cadera. Jadeó horrorizada—. ¡Esto es cortísimo!

—Cortísimo, cortísimo...

—¡Y se transparente! ¡Se me ven los pelos de ahí!

—Tía, es que eso hay que depilarlo. Menudo matojo que...

Jadeó indignada cuando la puerta se abrió y chilló de la felicidad al ver a Angela mirándola con sus ojitos verdes brillantes de la alegría. —Ven aquí. —Abrió los brazos y la niña corrió tirándose sobre ella. Emocionada cerró los ojos tumbándose en la cama y llevándosela con ella.

—Mi niña preciosa.

—Estás aquí.

La besó por todo el rostro y la niña se echó a reír. —¿Me has echado de menos?

—¡Mucho! —La abrazó con fuerza. —No te irás, ¿verdad?

—Claro que no. Y cuando me ponga bien nos...

—Angela, ¿comerás con tu hermana? —Las dos miraron hacia la puerta donde Clare sonreía. —Hola, Jessie. Espero que estés mucho mejor.

—Mucho mejor, gracias. —Tiró de su hermana e Isadora levantó el respaldo para sentarlas. —¿Qué tal se ha portado?

—Mmm... —Se cruzó de brazos sonriendo. —Creo que necesitaba verte porque últimamente tiene un poco de mal carácter.

Miró sorprendida a su hermana. —¿Te has portado mal?

—Nooo. —Agachó la mirada lo que indicaba que mentía como una bellaca. —Bueno... —Se acercó a su oído y susurró —Son malos, no me dejaban verte. No he sido mala con todos. A Clare la quiero mucho.

—Ah... —Isadora reprimió la risa porque lo había oído todo. —Muy mal —dijo sin mucha convicción—. ¿Comerás conmigo?

—Sí.

—Debes tener que contarme mil cosas. ¿Qué tal el fin de curso?

La niña sonrió encantada. —Muy bien. La profe está muy contenta conmigo.

—¿No me digas? ¿Dónde están las notas?

Se echaron a reír al ver que la niña se hacía la loca. —Angela...

Everett llegó en ese momento y levantó una ceja. —¿Se lo has dicho? Me prometiste que se lo dirías en cuanto la vieras.

La niña gruñó y sentada a su lado la miró de reojo. —¿Qué ocurre? Me voy a enterar igual, Angela.

—Perdí unos días y...

—Sí, ¿y?

—¡Él me obligó a ir! ¡La profe dijo que no era necesario! ¡Qué ya me pondría la nota por todo lo que había hecho durante el año!

—¿Qué has hecho, Angela?

—¿Se lo cuentas tú o se lo cuento yo? —dijo Everett muy serio desde la puerta.

Angela se miró las manos. —Uno de los niños dijo que seguramente te habrías muerto y que por eso ahora vivía aquí. Me escapé.

Se llevó una mano al pecho de la impresión. —¿Qué?

—Se subió a un autobús para ir a Houston. Se dieron cuenta de que no estaba en el colegio después del recreo.

—¿Pero cómo te dejaron subirte? —preguntó impresionada—. ¿De dónde sacaste el dinero?

Se encogió de hombros. —Me colé y me senté en un sitio libre.

—La encontré en Houston —dijo Everett irónico—. Estaba intentando convencer a un taxista

de que su hermana estaba en el hospital y no sabía cuál era. Que la llevara a todos. El tipo tuvo el buen juicio de llamar a la policía.

—¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado, Angela?

Sus ojitos se llenaron de lágrimas. —Quería verte.

La abrazó con fuerza y la niña se echó a llorar porque tenía que estar aterrorizada para que hubiera hecho aquello. —Estoy aquí. Estoy aquí. —Sus ojos se encontraron con los de Everett.

—La llevé al hospital, pero estaban haciéndote unas pruebas. Una enfermera me dijo que tardarías en llegar, pero le aseguré a la niña que estabas bien. Cuando llegaste estabas anestesiada, así que pudo verte pero no hablar contigo.

—No me dijeron nada.

—No podíamos esperar más a que te despertaras. Teníamos que regresar a casa. Ya era de madrugada y...

—Lo entiendo. —Se apartó suavemente para acariciar la carita de su hermana y le limpió las lágrimas con los pulgares. —Pues ahora estoy contigo de nuevo. Y hablando de otro tema... ¿las notas?

—Jo, Jessie.

La miró con horror. —¿No habrás suspendido?

—Que nooo...

Miró a Everett para confirmarlo y él sonrió. —No han estado mal. De hecho, estoy sorprendido. Son buenas notas.

—¿Cómo de buenas?

—Uy, con ésta. Mejor voy a por la bandeja de la comida.

Ignorando a Isadora miró a la niña. —¿Cómo de buenas?

—Hazle caso. Son buenas, Jessie.

Alargó la mano hacia Everett y éste la miró confundido. —¡Las notas!

—¿Las notas?

—Quiero verlas.

—Jo... —protestó la niña.

—Nada de jo. Tráeme las notas Everett.

—No sé dónde están —dijo asombrado.

—¿Cómo? —Le miró fríamente. —¡Pues ya las estás buscando! ¡Quiero ver las notas de la niña!

—Pero si han sido unas notas muy buenas —dijo él dando un paso hacia la cama.

—La única obligación que tiene, la única, es estudiar. Sabe de sobra que a mí no me vale con que sean buenas. ¡Tienen que ser excelentes!

—Nena, con todo lo que ha ocurrido... Tiene seis años.

—Busca las notas, Everett.

Angela chasqueó la lengua. —Me han puesto deberes para el verano.

Jadeó del asombro. —¿Cómo has dicho?

—La profe dice que he estado muy distraída desde mi cumpleaños y que tengo que hacer unos deberes para que esas cosas no se me olviden para el año que viene.

El tono de su voz indicaba que no estaba para nada contenta y Clare se apretó las manos. — Tampoco es para tanto.

—Everett...

—Al parecer en las últimas semanas no estuvo demasiado atenta. Y puede que la culpa fuera

nuest...

—¡No! —exclamó dejándole con la palabra en la boca antes de mirar a su niña a los ojos—. Sabes lo que viene ahora, ¿verdad?

—Sí. —Puso morritos.

—Bien, en cuanto comas traerás todo y digo todo lo que tu profesora te ha encargado para el verano y lo harás dos veces. —Clare dejó caer la mandíbula del asombro. —Una por no haberlo hecho en su momento y otra como castigo por no haberlo hecho en su momento. Y ahora dime por qué te pongo este castigo.

—Porque soy demasiado lista para perder el tiempo.

—Exacto. ¿Y por qué más?

—Porque tengo que estudiar para ir a la mejor universidad y allí solo me llevará ser la mejor de la clase.

—¿Y qué más?

La miró dudosa. —¿Que nada de novios hasta los dieciséis?

Se echó a reír abrazándola y la besó en el cuello haciéndola reír. La apartó un poco para mirar su rostro que sonreía de oreja a oreja. —¿Me has echado de menos?

—¡Sí! —gritó llena de alegría.

La besó en la punta de la nariz. —Ahora ve a lavarte las manos que vamos a comer.

Angela encantada saltó de la cama y corrió fuera de la habitación. Se cruzó de brazos mirando a Clare y a Everett fijamente. —Me da la sensación de que habéis sido demasiado blandos.

—Sí, yo también tengo esa sensación —dijo Clare antes de irse.

Cuando se quedaron solos ella se dio cuenta de que estaba en pijama y aunque ya la había visto desnuda muchas veces se sintió algo incómoda. Intentó bajar la sábana, pero estaba sentada encima. —Espera, que te ayudo.

Se le cortó el aliento al darse cuenta de que estaba a su lado y bajó la sábana por debajo de sus caderas mirándola a los ojos antes de alejarse para deslizarla por debajo de sus piernas. —No has tocado el dinero de la niña.

—¿Cómo? —Confundida cogió la sábana cubriéndose ella a toda prisa. —Gracias.

—No tienes que darlas. Estaba diciendo que no has tocado el dinero. Podrías haber comprado un coche nuevo o...

—El que tengo funciona —dijo fríamente—. Ese dinero es de Angela, así que espero que no lo toques.

Everett apretó los labios. —Al parecer tienes un concepto buenísimo de mí.

—Teniendo en cuenta que le habéis dado las migajas, sí ese es el concepto que tengo de ti.

—Tú no quisiste más. Fue lo que nos aconsejaron nuestros abogados.

—Ya.

—Podías haber seguido el consejo de tu abogado y no lo hiciste como dejó patente en el juicio.

—Claro, pero es que Angela tenía que soportar comentarios maliciosos y no estaba dispuesta a batallar contigo y con tus hermanas durante meses. —Sonrió maliciosa. —Por cierto, ¿cómo se han tomado todo esto?

—Pues muy bien. Vienen a ver a la niña todos los fines de semana.

—¿No me digas? Ahora sois una gran familia feliz.

—Lo seríamos si...

—Ya estoy aquí. —Angela entró corriendo en la habitación y se subió a la cama a su lado con

la respiración agitada como si hubiera corrido una maratón. Sonrió radiante —¿Por qué no comemos en el comedor?

Jessie perdió parte del color de la cara y miró a Everett que suspiró. —Angela, te he dicho que tu hermana aún no está recuperada del todo.

—Yo la veo bien. —Preocupada la miró. —¿Sigues malita?

—Estoy mucho mejor pero las piernas aún no me funcionan bien. —Señaló la silla preocupada por su reacción. —Tengo que usar eso durante un tiempo.

—Ah... —La niña se quedó mirando la silla unos segundos. —¿Pero para siempre?

—No. —Dios, rogaba que no.

—Hoy comerá aquí porque está algo cansada pero seguro que en unos días comerá en el comedor como todos los demás —dijo Everett yendo hacia la puerta—. Me voy que tengo trabajo. Os veo luego.

Las Foeller le vieron irse y se encogieron de hombros como si les diera igual que se fuera o no, antes de mirarse y sonreír de oreja a oreja. —Vamos a ver señorita, cuéntame todo lo que has hecho. Travesuras incluidas.

La despertó el dolor de espalda y gimió intentando ponerse de costado. Suspiró al quedar de medio lado porque las piernas no se habían movido del sitio y abrió los ojos. No tenía ni idea de la hora que era. Alargó la mano para coger el bote de pastillas y escuchó como algo caía al suelo. Mierda, por el sonido se le había caído uno de los botes. La puerta se abrió lentamente y miró sobre su hombro sorprendida para ver a Everett únicamente vestido con unos vaqueros. —Estás despierta. Nena, son las cinco de la mañana. —Encendió la luz y se acercó a la cama. —¿Te duele? —Se agachó cogiendo el bote del suelo y sin responderle abrió el bote para tenderle una pastilla.

—Gracias.

Le pasó el vaso de agua que había sobre la mesilla y al cogerlo sus dedos se rozaron y sintió mariposas en el estómago. Avergonzada bebió sin mirarle, pero su mano temblaba por el dolor y él rodeó su mano con la suya para que bebiera. —Al parecer nuestra enfermera no tiene un sueño ligero —dijo con voz ronca poniendo el vaso sobre la mesa.

—¿Qué haces despierto? —preguntó apoyando la cabeza sobre las almohadas.

—Esto es un rancho. Siempre me levanto a esta hora.

Ahí se dio cuenta de que él también estaba cansado. Entre la niña y ella ahora tenía más responsabilidades. —Lo siento.

Sorprendido la miró a los ojos. —¿Qué sientes, nena?

Avergonzada agachó la mirada. —Ser una carga. Angela y yo...

Se acercó a ella y la cogió por la barbilla para que le mirara a los ojos. —No sois una carga. De hecho...

—Ah, estás despierta.

Vieron como Isadora con un camisón de lo más indecente en negro entraba en la habitación como si nada con una cara de sueño que no podía con ella y su cabello negro alborotado. —¿Te duele?

—Se acaba de tomar la pastilla —dijo Everett.

—Así que me he levantado para nada. —Se dio la vuelta y salió de la habitación. —Duerme un poco más.

Asombrada se había quedado sin palabras y Everett reprimió la risa. —¿Siempre va así por la casa? —preguntó mosqueada sin darse cuenta.

—No, el de ayer era verde. No veas la cara que puso Clare cuando la vio aparecer así en el desayuno. —Rió por lo bajo. —A mi madre por poco le da un infarto. Le gusta la seda.

Jadeó mirando de nuevo hacia la puerta. —¿Y no tiene una batita a juego?

—Debe tener calor.

Entonces le miró a él y gruñó al ver su torso desnudo. —¿Y tú tienes calor? ¿También vas así por la casa?

—Tengo la camiseta en la cocina y...

—Pues pónstela, ¿quieres? —Molesta se subió la sábana.

Everett levantó una ceja. —Nena, ¿estás celosa?

—¿Yo? —Le miró asombrada. —¿Estás loco?

—Es que por un momento me ha parecido... —Estaba a punto de reírse y ella entrecerró los ojos. —¿Crees que hay algo entre Isadora y yo?

—Yo no creo nada —le cortó tajante—. ¿No tenías que trabajar?

Él apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo y Jessie sintió que la excitación la recorría cuando Everett sonriendo de esa manera que la mareaba miró sus labios. —No me he acostado con otra desde que te eché la vista encima.

—Ja, menuda mentira.

Se sentó a su lado. —¿Cómo que mentira?

—¡Encontré la barra de labios en tu ranchera! ¡Era de Katie!

—¿Crees que me he acostado con Katie? ¡Si es amiga de mis hermanas desde niñas!

—¡Yo también las conozco desde niña y me he acostado contigo!

Everett hizo una mueca. —Pues tendrás que creerme.

—¡Pues no te creo!

—Estás celosa.

Le miró con ganas de matarle y él rió por lo bajo. —No lo niegues, estás celosa.

—Que te den —siseó con rabia.

—¿Sabes? Es interesante que estés celosa.

—¡No estoy celosa, idiota!

—Ahora empiezan los insultos lo que significa que no tienes argumentos para rebatirme. Demuéstrame que no estás celosa y te creeré.

—¿Cómo voy a demostrarte eso? ¡Te lo estoy diciendo!

—Así que no te importaría que besara a Isadora ante ti. —Gruñó por dentro sintiendo unas ganas de gritar terribles y Everett sonrió. —Nena, no te oigo. ¿Te importaría?

—No.

—Así que si le pido una cita... ¿Todo bien?

—Perfecto —respondió como si le estuvieran sacando una muela.

—No estoy seguro de hacerlo porque estando tú aquí...

—Por favor, por mí no te cortes.

—¿Estás molesta?

—¡Qué no, pesado! —Everett intentó contener la risa, pero no pudo evitarlo y Jessie gruñó — ¿De qué coño te ríes?

—Si tuvieras el bate me molerías a golpes.

—¡Menuda mentira! ¡Me importa un pito lo que hagas! —Se incorporó en sus codos. —¿Me has entendido?

—Te ha entendido toda la casa —dijo él con voz ronca antes de rozar su labio inferior. A

Jessie le dio un vuelco el estómago cuando besó su labio de nuevo muy lentamente antes de besar su labio superior. Rozó sus labios con los suyos y su aliento la excitó de una manera que separó los labios suspirando sin darse cuenta. Mirándola con deseo a los ojos Everett la cogió por la nuca pegándola a su torso y ambos sintieron como sus pezones se endurecían por su contacto a través de la seda—. Yo también te he echado de menos, nena —susurró antes de atrapar su boca besándola con pasión. Jessie cerró los ojos mientras todo su cuerpo ardía despertando de un letargo que creía que no pasaría nunca y cuando él acarició su lengua sintió como si la atravesara un rayo. Desesperada por sentirle se abrazó a su cuello y Everett la pegó a él metiendo la mano por debajo de la camisa de su pijama y acariciando su espalda hasta llegar a su cicatriz. Se tensó entre sus brazos y él apartó la boca mirándola a los ojos. —¿Te duele? —Jessie no contestó mientras él pasó las yemas de los dedos por ella sin mostrar que le diera asco. —Dime nena... —dijo con voz ronca—. ¿Te hago daño?

—No —susurró sin darse cuenta gimiendo cuando esa mano siguió subiendo. Cerró los ojos arqueando su cuello hacia atrás porque no se imaginaba que con un simple roce pudiera excitarse tanto.

—¿Sabes, preciosa? Creí que te había perdido. —Besó su labio inferior. —Pero tú eres así, ¿verdad? Entregas tu amor para siempre. —Lo mordisqueó de una manera tan erótica que la hizo gemir de deseo. —Te entregaste a mí y eres mía. —Posesivo invadió su boca hasta tumbarla en la cama y Jessie ni se dio cuenta de que levantaba la camisa de su pijama hasta que acarició su pecho. La sensación fue tan exquisita que sollozó de necesidad y Everett apartó la boca para mirar su rostro. —¿Estás a punto, nena? —Su mano bajó por su vientre hasta llegar a la goma de sus pantalones y Jessie arqueó su cuello hacia atrás deseando más. Cuando rozó sus labios inferiores fue como si todo en ella recibiera una descarga y tembló de placer, pero se quedó al borde y Everett susurró —¿Quieres más? —Su dedo rozó su clítoris y cuando se agachó atrapando un pezón entre sus dientes tirando ligeramente de él, Jessie experimentó el orgasmo más intenso que había tenido nunca. Temblando ni escuchó lo que le decía mientras la seguía acariciando para alargar su placer. —Estás preciosa cuando te corres.

Jessie abrió los ojos y Everett la besó de manera exigente buscando su respuesta. No pudo evitarlo y devolvió el beso de manera entregada. Cuando él separó sus labios apoyó su frente en la suya y susurró —Hoy voy a tener un día estupendo, preciosa. —Sin comprender dejó que la besara de nuevo antes de incorporarse y le bajó la camisa como si fuera una niña antes de cubrirla con la sábana. —Duérmete. Hoy viene el fisio y me ha dicho la doctora López que no lo vas a pasar precisamente bien. —Le besó la punta de la nariz antes de alejarse hasta la puerta y apagar la luz. —Te veré luego.

Sin saber ni qué decir le vio cerrar la puerta y dándose cuenta de lo que había pasado cerró los ojos gimiendo. —Muy coherente, Jessie —dijo entre dientes. Dios, podía haberle hecho el amor y no hubiera puesto ningún pero. Estaba claro que la había pillado con la guardia baja. Sí, eso había sido. Suspiró al recordar sus besos. Igual sí que necesitaba un psiquiatra. Algo no iba bien en ella.

Capítulo 14

Agotada después de la sesión con el fisio que era un salvaje, tenía el rostro sonrojado y parecía que le había pasado un tren por encima, pero eso no la preocupaba nada porque lo que la estaba dejando de piedra era el hombre de traje que estaba a su lado en ese momento y sonreía como si nada al lado de Everett que también llevaba traje.

—Perdón, ¿me ha dicho que es?

—Soy el juez Lambert. Juez de paz.

Miró a Everett esperando la explicación. —Nena, nos vamos a casar. ¿Quieres sentarte en la silla?

Parpadeó asombrada. ¿Cuándo había dicho ella que se iba a casar con ese mentiroso compulsivo? En ese momento llegó Clare vestida con sus mejores galas, su supuesta suegra que sonreía de oreja a oreja con el traje de madrina que le había visto en la iglesia y Angela que estaba preciosa con el vestidito blanco que había elegido para ella. No se lo podía creer. ¡Estaba loco!

Con ganas de gritarle dijo con voz controlada —¿Podéis dejarnos solos un momentito, por favor?

—Uy, ésta no se casa —dijo Isadora desde el pasillo antes de entrar en la habitación vestida de Marilyn Monroe—. ¿A que estoy mona? Una boda es un momento especial. Menos mal que había metido esto en la maleta. Es que a veces tengo pálpitos.

—¡Fuera! —gritó perdiendo los nervios.

Everett sonrió al juez que parecía confundido. —Es que está algo cansada con la recuperación. Denos un minuto y tendrá a la novia más radiante que haya visto nunca.

Por la mirada del juez se notaba que lo dudaba mucho, pero no dijo ni pío saliendo como los demás. Angela se hizo la loca. —Tú también, cielo.

—Jo, a mí nunca me contáis nada. —Arrastrando los pies salió de la habitación y cerró la puerta.

Miró a Everett como si quisiera matarle. —Dile a ese tipo que se largue.

—No. —Se cruzó de brazos. —Y no puedes obligarme.

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre pensar que voy a casarme contigo, chiflado aprovechado!

—¿Aprovechado? Supongo que estás hablando de tu estado, pero esta mañana no te escuché protestar cuando tenías ese orgasmo tan... intenso.

Se puso como un tomate. —Me pillaste desprevenida.

—Precisamente por eso. ¡Así demostraste que aún estás loca por mí! Y esto se ha terminado. ¡Puede que todavía no te hayas dado cuenta y puede que no te des cuenta nunca, pero eres mía, Jessie! Eres mi mujer. —Se le cortó el aliento mirando sus ojos azules. —¡Así que vas a ser buena y decir sí quiero para que al fin todo quede como tiene que quedar!

Como tiene que quedar. Le mataría si pudiera alcanzarle. —He dicho que no.

—¿No? Me vas a obligar a tomar medidas que no quiero. —Se acercó a ella y se agachó sobre su rostro. Nerviosa se inclinó hacia atrás todo lo que pudo. —Como con lo único que puedo presionarte es con la niña —susurró—, voy a hacerlo. He hablado con mi abogado y puedo iniciar

acciones legales para solicitar su custodia total. Estás impedida, en paro, no tienes recursos y podrías perder hasta la casa por no poder pagar los impuestos. —Jessie entrecerró los ojos. —¿Quieres que lo haga, preciosa?

—No te atreverías.

Él gruñó por dentro cogiéndola por la nuca. —Sabes que soy muy pesado cuando quiero algo. Y te quiero a ti. Así que no me retes que igual te llevas una sorpresa. Di que sí.

—Que te follen.

—No cielo, tú no quieres eso. En todo caso te gustaría follarme tú como ha quedado patente esta mañana. —Besó su labio inferior. —Pero tranquila que en cuanto te recuperes un poco voy a darte el gusto porque me muero por estar dentro de ti. —A Jessie le dio un vuelco el estómago. —Crees que no quiero quedar mal con Angela cuando se entere de que te he quitado la custodia, pero preciosa como no digas que sí no me voy a quedar ahí. ¿Recuerdas a Tony? —Se tensó mirando sus ojos. —Sí, tu amiguito tiene un secreto. Invirtió mal sus ahorros y ahora está en la ruina. Me lo ha dicho un pajarito del banco y los invirtió tan mal que podría perder el bar. De hecho ni le libró el dinero que le diste por la indemnización y que cogió tan rápidamente aunque no tenía derecho a ello. Estaba hasta el cuello de deudas. —Le miró incrédula. —Sí, cuando te dijo que tenía ahorros te mintió como un bellaco solo por ayudarte. Pero no te estaba haciendo ningún favor porque como no realice un pago en dos meses le quitarán el bar y como vive encima del local os hubierais quedado en la calle. Tu amiga Mónica tuvo problemas para encontrar trabajo, ¿no es cierto? Se rumoreaba por el pueblo que abusaba de las drogas.

—¡Eso es mentira! Fueron los rumores que extendieron tus hermanas solo por ser mi amiga —dijo furiosa.

Everett hizo una mueca. —¿Y crees que conseguirá otro trabajo?

Se estremeció de miedo por sus amigos. —Estás mintiendo.

—¿Tú crees? —La miró fríamente. —Al parecer ya no crees nada de lo que te digo.

—¡Porque mientes más que hablas!

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. —Esperaba no tener que llegar a esto.

Sacó un papel doblado y Jessie siseó —¿Qué es eso?

Se apartó poniéndoselo sobre las piernas. —Léelo. —Impaciente desdobló la hoja y vio que era del banco. —Como puedes ver he comprado su deuda hace tres semanas. Las entidades están hartas de quedarse con viviendas que nunca se venden, así que no fue difícil comprar su deuda. Sabía que ibas a darme problemas y me pareció la opción más aceptable para hacerte entrar en razón. Estabas en lo cierto con la niña, jamás haría algo que después pudiera echarme en cara en el futuro.

Asombrada vio que era cierto. Su amigo aún debía ocho mil dólares al banco. —Lleva trabajando toda su vida.

—Es lo que tiene invertir un dinero cuando se tienen que pagar proveedores continuamente. Dejó el dinero en un plazo fijo de alto riesgo para sacar rentabilidad y compraba más mercancía de la que vendía. Y cuando las acciones cayeron en picado lo perdió todo y no tenía con qué pagar sus deudas. Pidió un crédito por la casa al que ahora no puede hacer frente porque por lo que ha pasado entre nosotros el pueblo está dividido y recibe menos clientela. —Sus ojos se llenaron de lágrimas por lo que su vida les había afectado y aun así quería seguir ayudándola. —Nena, no llores. —Se sentó a su lado apartando sus rizos tras la oreja antes de cogerla por la barbilla para elevar su rostro. Chasqueó la lengua al ver que las lágrimas corrían por sus mejillas. —Esto tiene fácil solución. Dices sí quiero y todo vuelve a la normalidad. Me olvido de esta deuda como

regalo de bodas y todos seguimos tan contentos con nuestras vidas.

—¡Menos yo!

—Hace unos meses estabas encantada con la boda. Se te pasará. —La besó en los labios y se levantó. —¿Hago pasar al juez? Es un hombre ocupado.

—Te odio —siseó rabiosa—. Esto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

La miró asombrado. —¡Encima que le ayudo! ¡Iba a perder el bar!

—¡Extorsionador de mierda!

—Nena, relájate que se te está poniendo una cara de loca...

—¡Imbécil! ¡Lo has planeado todo desde hace semanas!

Sonrió de oreja a oreja. —Cuando te pedí matrimonio ya no había marcha atrás. Por mucha orden de alejamiento que me pongas, eres mi mujer. Solo tienes que firmar y decir sí quiero. No es tan difícil. Más adelante cuando estés recuperada, tendremos la boda que deberíamos haber tenido en su momento. Tranquila no hay prisa. Tú a tu ritmo.

Chilló de la rabia alargando los brazos y él rió apartándose sin que le tocara un pelo. —Tengo que asegurarme de que no vuelves a dejarme plantado ante el altar. Entiéndelo. Una boda civil primero es lo más seguro.

—Te voy a... —Casi se cae de la cama en su empeño por agarrarle y Everett la cogió por los antebrazos tumbándola en la cama de nuevo. —¡Suéltame, aprovechado!

—¿Eso es que no? Mira que no me va a temblar el pulso al echar a tu amiguito de su casa... —Chasqueó la lengua. —Y nena, no te pongas rebelde porque al final vas a decir que sí. Si éste no es tu punto débil encontraré otro hasta que cedas. ¿Todavía no te has dado cuenta de que estamos hechos el uno para el otro? —preguntó con ironía.

—Antes muerta.

Él entrecerró los ojos. —Nena, no me provoques. Si lo estás deseando. —Jadeó indignada e intentó soltarse, pero estaba agotada. —Sigues loca por mí.

—Esto lo vas a pagar muy pero que muy caro.

—No me lo tomarás en cuenta, además deberías ver la parte romántica del asunto. —Sonrió de oreja a oreja. —Estoy dispuesto a lo que sea para que estés a mi lado.

—¿Por qué? —le gritó a la cara.

—Porque te quiero.

Jessie parpadeó del asombro sin poder evitar que su corazón casi se le saliera del pecho. Pero no pensaba creerle. —No tienes vergüenza.

—Pues que me dejaras con el culo al aire ante todos nuestros conocidos sí que me dio algo de vergüenza, así que sí debo tener.

—Jódete.

—Uy, menuda boquita tienes. Prefiero que la utilices para otras cosas, nena. ¿Entonces eso es que no?

—¡Ni loca!

Él rió por lo bajo. —Ya estás loquita por mí.

—Te juro que...

—No jures. Voy a ganar yo. Igual tienes que esperar un tiempo para ver como tu amiguito sale de su casa. Sí, igual es eso. Ver a tu amiga en el paro... que pierda su casita porque no puede pagar el alquiler y que tenga que regresar a casa de su padre que bebe en exceso... —Jessie palideció. —¿Quieres eso, nena?

—Cabrón.

—Solo tienes que decir sí quiero.

Después podía pedir el divorcio. Cuando Tony estuviera a salvo. Everett sonrió. —Veo que te lo estás pensando. ¿Quieres que te cuente las ventajas de este matrimonio?

—Solo lo haces para no perder a Angela.

—No, preciosa. Angela dejó de formar parte de esto hace mucho tiempo. Pero vayamos al grano. Las ventajas de este matrimonio son que nos hará felices a los dos. Yo te tendré a ti y tú me tendrás a mí. Haremos el amor todas las noches y tendremos mocosos muy guapos como Angela. Y listos. Eso no puedes negarlo. Tendrán algo de mala leche, pero podremos superarlo.

—¿Ves como no me escuchas? ¡No quiero tener hijos!

—Pues yo me muero por ver como un hijo mío crece en tu vientre y eso va a pasar estemos casados o no. —La miró intensamente cortándole el aliento. —Aún es un poco pronto después de lo que ha pasado. Pero tendremos hijos, Jessica. Todo esto no va a quedar en manos de mis hermanas. Y en esa frase incluyo a Angela. —No pudo evitar que el calor recorriera su cuerpo. —Quiero tener hijos y los quiero tener contigo. —Soltó su mano y acarició su mejilla. —Eres perfecta para mí y no voy a dejar que te me escapes así que di que sí, preciosa. —Tembló por su caricia y cerró los ojos impotente porque no sabía cómo resistirse. Sus pestañas se humedecieron. —Sé que te hice daño, pero ni me has dejado explicarme. Me has forzado a esto y no pienso ceder. Mírame, Jessica. —Abrió los ojos. —No te pido que me perdones, no te pido que me quieras, solo te pido que digas sí. En el momento en que firmes, esa deuda quedará liquidada. Solo eso.

—¿Y después? —preguntó insegura.

—Después ya lo hablaremos.

—¿No me quitarás a Angela?

—Ya he contestado a esa pregunta. ¿Si o no? Y te aseguro que como digas que no, para darte una lección no aceptaré la boda mañana ni pasado mañana, será dentro de tres meses cuando tu amigo ya haya abandonado su negocio para que veas que no voy en broma.

—Entonces no tendrías nada para presionarme —dijo con rabia.

—Tengo entendido que la señora Houseman quiere comprar el local de al lado... ¿Adivina quién ha comprado el edificio? —Dejó caer los hombros sintiéndose derrotada. —No voy a detenerme, nena. —Acarició su cabello apartándolo de la frente. —Estás agotada. Di que sí y acabemos con este asunto.

—¿Les dejarás en paz?

—Su vida me importa una mierda. Solo me importas tú.

Sin aliento miró sus ojos azules y no pudo evitar que su corazón se alterara antes de decir —
Sí.

Everett sonrió antes de darle un rápido beso en los labios y enderezarse para ir a abrir la puerta. —Nena, intenta sonreír. —Sonrió mostrando los dientes en una mueca macabra y él se echó a reír. —Perfecto para las fotos. —Sacó la cabeza y gritó —¡Juez, dese prisa que está algo cansada!

Tendría cara. Sin poder evitarlo se llevó una mano al cabello que estaba alborotado y sudoroso. Gimió mirándose la camiseta de deporte que Isadora le había dado y sus pantalones de licra para hacer ejercicio. Tenía un aspecto penoso. Entonces pensó que era idiota. ¡La estaba obligando a casarse! ¿Es que le faltaba el riego después del ejercicio? Observó como todos entraban en la habitación de nuevo sonriendo de oreja a oreja. Angela corrió hacia ella y se subió a la cama mientras Everett cogía su mano. Miró a la niña que parecía contenta lo que la verdad la

sorprendía bastante porque había dicho que estaba muy enfadada con Everett por no decirle que era su hermano y porque no la llevaba a la ciudad a verla. Y lo había demostrado durante todo el tiempo que había vivido allí. De hecho, que le hubiera pinchado las ruedas del coche lo dejó patente y eso era de lo más suave que había hecho según tenía entendido. Pero ella no pensaba castigarla por eso. Pero viéndola ahora parecía feliz. Suspiró agotada. Ya hablaría con ella después.

—Por favor, dese prisa. Entre los dolores y que está cansada... —dijo Everett impaciente.

—Lo entiendo. Bien, empecemos. Estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en matrimonio. Everett Timothy Halleran ¿aceptas a Jessica Emilia Foeller en matrimonio?

—Sí, acepto.

—Jessica Emilia Foeller, ¿aceptas a Everett Timothy Halleran en matrimonio?

—Sí, acepto.

—Pues según la ley del estado de Texas yo les declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Le miró asombrada. —¿Ya está?

Everett reprimió la risa antes de besar sus asombrados labios. —Sí, nena. Ya está.

—¿Ni anillos ni nada?

—Bueno, he abreviado —dijo el juez sonrojándose—. Como tenían tanta prisa... Pero básicamente es eso.

—¿Y la gente no se desilusiona? —dijo por lo bajo haciendo reír a las chicas—. Hombre, podría decorarlo un poquito. Como en las Vegas.

—Sí, y me visto de Elvis —dijo sacando unos papeles—. ¿Qué tal si me firman aquí?

—De Elvis no —dijo distraída mientras Everett firmaba y le pasaba el papel. Cogió el bolígrafo—. Pero del mago Merlín.

—¿Sí! —dijo Angela excitada—. Y tú de princesa. ¡Y Everett llega a ti en su caballo negro!

Se le cortó el aliento mirando a su ahora marido. —¿Te lo has comprado?

Él cogió el papel tendiéndoselo a los demás y se sentó a su lado. —Sí, y es casi tan preciosa como tú. —Se sonrojó de gusto mientras él se reía. —Y tiene tu carácter.

—Así que la encuentras.

—No pude resistirme. Ya la verás, nena. Es tan hermosa que quita el aliento.

Angela soltó una risita. —La ha llamado Jess.

Jadeó indignada mientras todos se reían. —¿Le has puesto mi nombre a tu yegua?

—Cuando me tiró la primera vez supe que tenía que llevar tu nombre. —Se sonrojó con fuerza mientras todos reían. —Aún la estoy domando.

Gruñó dejándose caer en las almohadas e Isadora dio dos palmadas. —Muy bien, fuera todo el mundo. Está agotada y necesita un descanso.

Angela le dio un beso en la mejilla antes de saltar de la cama y Everett la cogió de la mano. No supo por qué, pero ese gesto fue tan especial que le miró a los ojos emocionada. —¿Y si no me recupero?

—Eh... Eso no va a pasar. Yo siempre consigo lo que quiero y tú eres una luchadora. Es imposible que algo salga mal. —Se acercó para besar suavemente sus labios y susurró —Vamos a ponerte cómoda y después dormirás un rato.

Se dejó ayudar hasta en quitarse la camiseta porque le dolían muchísimo los antebrazos. Después de quitarse la chaqueta del traje Everett la cogió ya desnuda e Isadora le puso una toalla por encima para que no se le viera nada. La llevaron hasta la bañera y suspiró del alivio cuando la

metieron en el agua caliente. Cerró los ojos sintiendo como sus músculos se relajaban. —¿Te quedas un momento con ella mientras me cambio? —preguntó su enfermera en voz baja.

—Sí, claro.

—Serán dos minutos.

En cuanto se quedaron solos él se sentó en el borde de la bañera y ella abrió los ojos. Everett cogió su mano del agua. —¿Te duele?

—Es como si miles de alfileres me torturaran la espalda y las piernas.

Apretó su mano sin darse cuenta como si no quisiera soltarla. —Cuando me llamaron no me lo podía creer. Pensé que te había perdido. Si no hubiera metido la pata no estarías trabajando allí. Hubieras estado aquí conmigo y a salvo.

Tenía tantas emociones en la cabeza que eso no pudo procesarlo y se quedó mirando los azulejos de enfrente con la mirada perdida, sin poder creerse todavía que estuviera casada con él. —Nena...

—No quiero hablar de eso.

Everett apretó los labios y asintió. —¿Te encuentras mejor?

—¿Seguro que ese fisio es bueno?

—Es uno de los mejores de por aquí. ¿Por qué? ¿No estás cómoda con él?

—Es que tiene muy mala leche. Parece un sargento.

Él asintió. —Hablaré con la doctora López. Pero si es bueno se quedará.

Lo suponía. Cerró los ojos de nuevo. —No sé si podré soportar esto todos los días —dijo teniendo un momento de debilidad.

—Claro que sí, nena. Tú nunca te rindes.

Se echó a llorar del dolor y su fisio suspiró dejando la pierna sobre la camilla. —No colaboras.

—¡Vete a la mierda! —gritó tapándose la cara con las manos.

—¡Jessie, en cinco días casi no hemos avanzado nada! ¡No te esfuerzas! ¡Dejas que yo lo haga todo!

—No es cierto. ¡Hago lo que puedo!

—¿Qué pasa aquí?

Miró hacia la puerta para ver a su marido con una mirada heladora que a Clod no le impresionó en absoluto. —No colabora. Estos dos últimos días han sido una total pérdida de tiempo.

Everett la miró y con la cabeza le indicó al fisio que saliera. Miró angustiada a su marido que en cuanto se acercó cogió su mano. —Nena...

—Es mentira. Hago lo que puedo. —Una lágrima cayó por su mejilla.

—La doctora López me ha dicho que sabe muy bien lo que hace, así que si él dice que no te esfuerzas es que no te esfuerzas lo que él quiere. —Limpió su mejilla con la mano libre. —¿Qué pasa?

—Estoy cansada.

—Lo sé. Duermes mal, te duele y encima tienes que soportar a ese tío, que por cierto es demasiado guapo para mi gusto.

Ella sonrió sin poder evitarlo. —Yo tengo que soportar a Isadora.

La aludida que estaba sentada en una silla leyendo una revista jadeó indignada. —¡Encima!

Levantó la cabeza. —¿Quieres dejar de poner la oreja, cotilla?

Bufó pasando la hoja y miró a su marido demostrando sin darse cuenta que estaba asustada. —

No avanzo. Dice que no avanzo.

—Mejorarás —dijo muy seguro—. Puede que cueste algo al principio, pero tú no te vas a rendir. Ahora me voy a sentar ahí para ver la sesión.

—¿Te quedarás? —preguntó más tranquila.

—Sí. Me quedaré.

Sin saber por qué se sentía más segura si él estaba a su lado. Clod fue directamente hacia la camilla y la puso de costado. —Intenta tirar de tu pie hacia abajo —dijo mientras levantaba su pierna lentamente.

Jessie cerró los ojos tirando de su pierna todo lo que podía, pero no sentía que se moviera nada mientras Clod sonreía mirando a Everett que estaba sentado en la cama observando. El fisio asintió y Everett cruzándose de brazos dejó salir el aire que estaba conteniendo. —Muy bien, nena. Un poco más.

Cinco minutos después sudaba a mares y escuchó un grito. Apoyándose en sus manos miró sobre su hombro. —¿Tony?

La puerta se abrió de golpe y asustada vio que llevaba una escopeta en la mano. Everett se levantó lentamente. —Tranquilízate Tony.

—¿Que me tranquilice? —gritó furioso antes de mirarla de reojo—. ¿Estás bien, cielo?

—Sí —dijo asustada—. Estoy bien.

Mónica entró en la habitación con un revólver en la mano. —¿Pero qué estáis haciendo? —preguntó viendo como Mónica apuntaba a Everett también—. ¡Bajad las armas!

—¡Este cabrón no ha dejado que te veamos! —gritó su amiga.

Clod seguía con su pierna levantada. —¿Podemos continuar?

—¡Estaba descansando siempre que veníais y no iba a despertarla por vuestro capricho! ¡Mi mujer está agotada después de la fisio!

Mónica jadeó. —¿Ha dicho su mujer?

—¿Te has casado con ella, cabrón?

—Bajad las armas —dijo asustada por Everett porque nunca había visto esa mirada en Tony. Intentó volverse, pero Clod seguía sujetando su pierna—. ¡Suéltame!

—No te tengo agarrada. Baja la pierna cuando quieras.

Gritando con la adrenalina a tope movió el pie sobre la palma de su mano y dejó caer la pierna volviéndose y sentándose sobre la camilla. Everett sonrió e iba a acercarse cuando Tony disparó al techo. —Ni se te ocurra acercarte a ella, maldito chiflado.

—¡Tony! ¿Estás loco?

—¡Loco éste que te tiene secuestrada!

Hizo una mueca porque no le extrañaba nada que pensara así. Mónica se acercó a ella sin dejar de apuntarle antes de apuntar a Clod. —Apártate, musculitos.

—¿Musculitos? —preguntó divertido.

Mónica se sonrojó antes de mirarla bien. —¿Te ha obligado a casarte? —Miró a Everett de reojo que se tensó. —¡No le mires! ¿Por qué no tienes el teléfono operativo? ¿Te lo ha quitado?

—Se ha roto.

—Que conveniente —dijo molesta—. Vamos a sacarte de aquí. El sheriff no nos hace caso, pero en cuanto declares...

—No me voy a ir.

—No puede quitarte a la niña. ¡He hablado con mi primo y si declaras contra él no tiene nada que hacer! —protestó Tony.

—Nena...

—¡Cierra la boca! —gritó Mónica—. Ni se te ocurra intentar convencerla.

—¡No me voy a ir! —Sus amigos la miraron sorprendidos. —Me he casado con Everett y puede que no me quiera como yo a él, pero voy a intentarlo. —Agachó la mirada avergonzada porque Everett hubiera escuchado eso, pero si no era sincera sus amigos no la creerían.

Mónica se acercó a ella. —¿Estás segura?

—Bajad las armas. La niña está arriba y... —Everett miró el techo y gritó llamando a Angela. Salió de la habitación casi arrollando a Tony que salió tras él a toda prisa. Pálida gritó de miedo al darse cuenta de lo que ocurría y Mónica tiró el arma al suelo para abrazarla. Escucharon los gritos llamándola mientras subían las escaleras y sin aliento tembló al escuchar un golpe a una puerta. —¡Angela! —Pasos corriendo de un lado a otro sobre sus cabezas la pusieron aún más nerviosa. —¡Angela!

—No la encuentran. Eso es bueno —dijo Mónica mirando el agujero del techo.

—¡Nena, no está en su habitación!

Suspiró del alivio echándose a llorar de los nervios. —Joder, qué entretenidos sois los de pueblo —dijo Isadora dejando la revista sobre la mesilla antes de levantarse—. ¿Has terminado, Clod?

—Sí —dijo divertido antes de guiñarle un ojo a Mónica que se sonrojó de gusto—. Por cierto, pistolera. ¿Tienes novio?

—No. —Frunció el ceño. —¿Por qué?

—Por si quieres salir a cenar conmigo.

Soltó a Jessica sonriendo como una tonta. —Libro mañana.

—Perfecto. ¿Me das tu número?

—¿Estáis ligando? —gritó medio histérica porque no sabía lo que estaba pasando.

—Ya no hay crisis. Todo está bien. —Su amiga susurró —Y no hay que desaprovechar las oportunidades. —Abrió los ojos como platos. —¿Es que no le has visto? Es como Schwarzenegger, pero más guapo.

—Vaya, gracias.

Mónica sonrió radiante. —De nada, hermoso.

Everett entró en la habitación con la respiración agitada. —No pasa nada. No está en la casa. —Se acercó a ella y la abrazó. —Se la ha debido llevar mi madre de compras y no me han dicho nada.

Tony entró en ese momento y carraspeó. —Siento haber entrado de esta manera, pero es que ya no sabíamos qué hacer.

Isadora se echó a reír. —Menudos amigos tienes. Me encantan. —Alargó la mano a Tony. — Su enfermera.

—Su padre postizo.

—Su mejor amiga —dijo Mónica sonriendo.

—¡Y yo soy su marido! ¡Largo de aquí!

Todos ignoraron a Everett que gruñó sin dejar de abrazarla mientras se ponían a hablar como si no hubiera dicho nada. —Ni caso.

Sonrió abrazándole con fuerza. —Te acostumbrarás.

Él la besó en la frente y Jessie se inclinó hacia atrás para mirar su rostro. —Casi la espichas.

Everett rió asintiendo. —Menuda mala leche se gastan. —Acarició su sien. —¿Te has asustado?

—No vuelvas a hacerlo.

—Lo mismo digo, nena. Ya nos asusta bastante la niña.

—Sí. Y eso que está de lo más tranquilita.

Clare entró en ese momento con una jarra de zumo y miró a todos uno por uno. —¿Estáis de fiesta? —Frunció el ceño. —¿A qué huele? ¿A pólvora?

—¿Dónde estabas? —preguntó Everett.

—Dando de comer a los perros.

—¿La niña estaba contigo?

—No.

—¿Está con mi madre?

—No. Estaba en su habitación haciendo los deberes. Martha se ha ido de compras.

Asustada miró a Everett. —¿Cariño?

—Tranquila, tiene que estar por aquí.

Un chillido hizo que todos miraran hacia la ventana. Everett el primero que sacó la cabeza por ella y gritó —¡Angela! ¡Cómo has sacado a Jess del establo!

Jessie estiró el cuello y al ver a su hermana tan alta gritó —¡No estará montada sobre el caballo!

Everett salió corriendo de la habitación y gimió pasándose la mano por la frente. ¿Desde cuándo era tan traviesa? Pensó en ello atentamente e hizo una mueca al recordarla comiendo su crema hidratante cuando tenía dos años, pintando la pared de la cocina con tres, saliendo de su coche dando un portazo para entrar en la librería, provocando a las gemelas y a Everett durante esos días... Igual siempre había sido así pero ella había hecho la vista gorda. Tendría que vigilarla más de cerca y para eso había que recuperarse.

Capítulo 15

Sentados a la mesa para la cena por primera vez desde que había llegado, miró de reojo a Martha con la que prácticamente ni había hablado desde que había aparecido en el rancho. Ella no se había acercado y Jessie no sabía qué decirle. Angela cogió su vasito de plástico y bebió ansiosa antes de seguir comiendo sus patatas fritas con la tortilla de queso que Clare le había hecho especialmente para ella, porque seguramente le había dicho que no le gustaba el pescado. Otra cosa que tenía que arreglar.

—¿Por qué comes eso?

Angela la miró con sus ojitos verdes como platos. —¿Qué?

—Angela Foeller... Miénteme y no saldrás de tu habitación en una semana.

Martha iba a decir algo, pero ella levantó ambas cejas deteniéndola en seco. —¿Angela?

—Jo... eso no me gusta.

—Eso no es cierto. Lo que pasa es que te gusta más eso.

—Pues eso.

—Tienes que comer verduras y pescado. Que sea la última vez que pides que te hagan una comida distinta. Tienes que comer de todo.

—Nena...

Miró a Everett. —He dicho que no.

—Pero esto me lo puedo comer, ¿no?

—Sí, sabes que no se desperdicia la comida.

—Mañana vendrán las gemelas —dijo Martha forzando una sonrisa.

—Estupendo —dijo por lo bajo antes de meterse el tenedor en la boca mientras la niña gruñía.

Everett y Martha las miraron levantando sus cejas castañas. —Seremos buenas —dijeron a la vez haciéndoles sonreír.

—Angela como vuelvas a estropear un vestido a Amber serás castigada —dijo Everett haciendo gruñir a Jessie demostrando que eran igualitas.

—Ahora viene en vaqueros —dijo Angela a punto de reírse.

La miró asombrada. —¿De veras?

Everett se aguantó la risa. —Se cambia en el coche después de la misa. Ni se arriesga a subir a su habitación porque la última vez la pilló en el porche. Se me ocurrió comprarle una pistola de agua y la llenó de tinta.

La cara de Amber que se imaginó casi la hace partirse de la risa, pero la mirada de advertencia de su marido la reprimió. —Eso está muy mal, Angela. Son vestidos muy caros.

—Están enfadadas. No las quiero.

Vio como Martha perdía la sonrisa y se sintió mal por ella. Estaba en medio de una guerra. Miró a su hermana. —No vuelvas a decir eso, ¿me oyes? —Su hermana la miró sorprendida y se dio cuenta que aquello en parte era culpa suya. Suspiró. —Son tan hermanas tuyas como yo.

—Eso es mentira. Tú me quieres y ellas no te quieren a ti. Así que no las quiero. —Siguió comiendo como si nada y no supo qué decir.

—Déjalo, nena. Tiene que darse cuenta ella sola.

Preocupada siguió comiendo y sin poder evitarlo miró a su suegra que sonrió ligeramente como si le indicara que había hecho bien. Al terminar de cenar Isadora le dijo que por ese día ya estaba bien y que a la cama. Al llegar a su habitación abrió los ojos como platos al ver una cama individual al lado de la suya y su marido que empujaba su silla se agachó a su lado y susurró — He decidido no quitarte ojo ni de noche.

Sonrió mirándole sobre su hombro. —¿Vas a dormir conmigo?

—Ha tardado tres días en llegar, pero al fin tengo la cama. Un matrimonio debe dormir junto.

Le hizo ilusión y cuando la tumbó en la cama le guiñó un ojo alargando la mano y dando palmaditas en el colchón de al lado. Él se echó a reír. —Sí, para fiestas estás tú. En cinco minutos estarás durmiendo tan profundamente que no te despertaría ni un tornado.

Angela entró en la habitación con los deberes y cogió el cuaderno repasándolo rápidamente. —Muy bien. Dame un besito y a la cama.

—¿Puedo leer un cuento?

—Pero de los cortos.

La besó en la mejilla y salió corriendo. —¡Hasta mañana! —gritó Jessie divertida antes de mirar a su marido—. Es mucho más independiente.

Él se quitó la camiseta. —Eso es bueno, ¿no?

Hizo una mueca. —Sí, supongo.

—¿Te has tomado las pastillas?

En ese momento entró Isadora ignorando que su marido estaba a medio desvestirse y le entregó las pastillas con un vaso de agua. —Nada de triqui, triqui... que no estás para fiestas.

Se puso como un tomate mientras Everett se echaba a reír. Isadora le guiñó un ojo de la que salía. —¿Te ha guiñado un ojo? —preguntó ofendidísima

—Se le ha debido meter algo.

Gruñó cruzándose de brazos.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Mientras pueda...

—¿Puedes hablar con mi madre? Casi no le has dirigido la palabra desde que has llegado y ella no se acerca a ti para no incomodarte.

Se sonrojó intensamente. —Lo siento.

Everett suspiró quitándose los pantalones. —Nena, no te lo estoy echando en cara.

Se quedó en silencio mirándose las manos y él se tumbó a su lado. —¿Qué ocurre, Jessica?

—Casi no pensé en ella, solo quería vengarme de ti.

—No te voy a negar que lo pasó muy mal. Te estaría mintiendo. Ese día no solo descubrió que su marido no era tan santo como pensaba, sino que había sido un cobarde al no decirle la verdad y hacerse cargo de sus obligaciones. Se sintió avergonzada porque todo el mundo sabe cómo has luchado para sacar a la niña adelante mientras a nosotros nos sobraba el dinero. —Cogió un mechón de su cabello y lo acarició entre sus dedos. —Supongo que yo me sentí igual cuando me enteré.

—¿Te lo dijo en el hospital? —Asintió mirando el mechón como si lo estuviera recordando. —Lo siento. Debió ser un shock.

La miró sorprendido. —¿Lo sientes? Nena, tú no tienes nada que sentir. La culpa primero fue suya y después mía por no hablar con mi madre. Se lo dije a mis hermanas...

Entonces Jessie recordó algo. —¿En tu cumpleaños ya lo sabían?

Everett se tensó. —Nena...

—¿Lo sabían? ¡Y no se te ocurra mentirme!

—Sí, lo sabían desde después del funeral de mi padre.

—¿Cuando empezaste a sentarte en mi zona! —Miró al frente con ganas de matar recordando como Ashley llamaba bastarda a su hermana y la muy zorra ya sabía que era también hermana suya.

Su marido se sentó en la cama para mirar fijamente su rostro. —Ni se te ocurra iniciar una guerra.

—¿Yo? ¡La guerra la habéis iniciado vosotros! Yo vivía muy tranquila antes de que decidieras meterte en mi vida y...

Everett atrapó sus labios interrumpiéndola y Jessie gimió abrazando su cuello. Medio mareada de placer sintió que se apartaba de ella y abrió los ojos. —¿Te portarás bien? Aunque no sea por mí hazlo por mi madre que sigue pensando que podemos conseguir ser una familia feliz. Ella hace todo lo posible porque estéis a gusto en esta casa.

Gruñó haciéndole reír y no pudo evitar sonreír mientras acariciaba su nuca. —Lo intentaré.

Besó su labio inferior. —Además Clod viene mañana y para asegurarme le diré que te de caña.

—¡Serás malo!

Él rió mirándola con sus ojos azules llenos de alegría y a Jessie se le cortó el aliento. —¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Eres feliz.

—Sí, preciosa. Me haces muy feliz.

Esas palabras no dejaron de rondarle durante toda la noche y toda la mañana. Por supuesto ella no fue a la misa y no porque no quisiera ir, que no quería porque ni loca se presentaba así ante sus conocidos, sino porque tenía sesión de tortura y Everett no quería que se perdiera ni una. Clod se empleó a fondo al ver sus ganas y cuando terminó le dio un azote en el trasero mientras ella tumbada boca abajo intentaba recuperar el aliento. —Muy bien. Lo has hecho estupendamente.

—¿Hemos acabado?

—Sí, ya no me vales para mucho.

—Vaya, gracias. —Agotada se dio la vuelta mientras él se reía.

Vio a Isadora sobre ella sonriendo de oreja a oreja. —Has hecho muy buen trabajo. Te librarás de mí antes de darte cuenta.

—Pues sería una pena.

Isadora sonrió ayudándola a sentarse, quedándose sin aliento al ver a Amber en la puerta mirándola fijamente. —¿Podéis dejarnos solas un momento, por favor? —preguntó a sus amigos que salieron de la habitación sin protestar.

Su cuñada entró en la habitación y cerró la puerta en cuanto salieron. Se miraron a los ojos y Amber se acercó a la camilla. —He creído conveniente no ir a la misa para que habláramos a solas.

—Me parece bien.

Ella miró el anillo de compromiso que Everett le había dado en el pasado. —Tengo entendido que os habéis casado.

—Y no estás de acuerdo.

—¿Estás loca? —La miró sin entender. —Me alegro muchísimo.

—¿De verdad?

—No por ti.

—Ya me extrañaba...

—Me alegro por mis hermanos. —Se le cortó el aliento porque parecía que también hablaba de Angela. —Pero sobre todo me alegro por Everett. Lo pasó muy mal cuando le dejaste en ridículo ante todo el pueblo cuando él ya estaba enamorado de ti. —Perdió parte del color de la cara. —Puede que no iniciara esto por las razones adecuadas, pero me di cuenta de que se había enamorado de ti en su cumpleaños. Siento que reaccionáramos así y quería disculparme. —Jessie había desconectado después de decir que estaba enamorado de ella y Amber puso una mano en la cintura mostrando el precioso vestido verde que llevaba. —¿Me estás escuchando?

—¿Qué?

—¿Me entiendes? —preguntó como si fuera lenta.

—¡Mira pija de rancho, te entiendo muy bien!

—¡Pues no le hagas más daño!

—¿A quién?

—¡A mi hermano!

Se llevó la mano al pecho. —¿Cómo que le he hecho daño?

—Si la persona que quieres se niega a verte, te deja en ridículo ante todo el pueblo y encima no puedes ni explicarte, ¿cómo te sentirías tú? Lo hicimos fatal, vale. ¡No te lo niego, pero él sí que te quería y ni pudo explicarse! ¡Ni se atrevía a ir al hospital porque le mirabas con un odio que no soportaba y no estabas en condiciones de hablar con nadie! ¡Tuvo que esperar a que salieras y te aseguro que fueron unas semanas horribles para él! ¡Y encima Angela no podía ni vernos! ¡Bueno, no es que ahora nos tolere mucho, pero al menos ya no nos pega patadas!

Jadeó del asombro. —¿Qué?

—Uy, menuda mala leche que tiene.

—¿Cómo la tuya!

Amber frunció el ceño antes de sonreír de oreja a oreja. —¿Si, verdad? Qué mona. Y ha salido lista como yo.

—¿Cómo yo!

—Bueno, si te empeñas. —Apartó un mechón de cabello negro. —Pero tiene mi hermosura.

—¡Es igualita a mí! —exclamó con asombro.

—¡Y mío qué tiene!

—¡La mala leche! ¡Ya te lo he dicho!

Entrecerró los ojos. —No te soporto.

—Eso ha quedado claro después de tantos años. Pero tendrás que soportarme.

—Haré un esfuerzo. —Se cruzó de brazos. —¿Hacemos las paces?

—¿Dejarás de meterte conmigo?

—¡Ya te he dicho que sí!

Alargó la mano. —Vale. —Amber miró su mano y suspiró alargando la suya y estrechándose.

—¿Qué llevas puesto?

—Ropa de deporte —respondió irónica.

—Chica ya te traeré algo de Houston porque eso es un horror. ¡Es negro!

Los ojos de Jessie brillaron. —¿Me harías un favor?

La miró con desconfianza. —¿De qué se trata?

—¿Me traerías algo sexy?

Amber sonrió entendiendo. —Veré lo que puedo hacer.

Everett escuchó unas risas y abrió la puerta de la habitación para ver a Amber y a Jessie sentadas en la cama mirando una revista de Isadora que estaba a su lado señalando algo. Las tres le miraron con una sonrisa en la cara. —¿Todo bien?

—Claro que sí, mi amor. —Cerró la revista de golpe y alargó las manos. —¿Cómo ha ido la misa?

—Como todas —dijo acercándose para coger sus manos y darle un beso en los labios mientras ellas salían de la habitación discretamente.

—Cariño, ¿dónde están los anillos de boda que habíamos comprado para la anterior?

Everett sonrió metiendo la mano en el bolsillo interior del traje. —Pensaba darte una sorpresa esta noche, pero me la acabas de fastidiar.

—Oh, lo siento. ¿Por qué?

—El pastor nos los ha bendecido hasta que podamos hacer los votos en su presencia —dijo abriendo la cajita ante ella.

Emocionada le miró a los ojos y cogió el suyo sujetando su mano. —Te amo y siento haberte hecho daño. —A Everett se le cortó el aliento. —Siento no haberte escuchado cuando quisiste explicarte y siento no haberte creído. Pero te prometo que a partir de ahora estaré a tu lado en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe. —Deslizó el anillo en su dedo y le miró a los ojos.

Su marido sonrió dejando la cajita sobre la mesilla y se sentó a su lado cogiendo su mano. —Te amo como no creí jamás que se pudiera amar a nadie, nena. No sabía si estabas preparada para mi explicación y creo que ha llegado el momento. —Miró su mano. —Ni sé cómo pasó. Cuando mi padre habló conmigo lo único en que podía pensar era en no hacer daño a los míos y pensé que era la mejor solución para todos porque te sentías atraída por mí desde hacía mucho. —Sonrió con tristeza. —Te mentí, nena. Nunca se me había pasado por la cabeza salir contigo, entre otras cosas porque mis hermanas y tú os odiabais, no porque no me parecieras atractiva que lo eras de sobra. Pero llegó ese momento y supe que podía aprovecharlo. Así que empecé a frecuentar el bar más a menudo y me sentaba en tu zona. Entontes fue cuando me di cuenta de que me rehuías y antes no había sido consciente. Y eso me molestaba, debo admitirlo, porque un día de mi cumpleaños Isaac te vio dejando mi regalo en mi coche y sabía que estabas loca por mí. Así que suponía que era por la niña. Ya me estaba desesperando cuando me miraste y supe que no podía desaprovechar la oportunidad. Ni me creía lo que sentía a tu lado y te puedo asegurar que llegó un momento en que Angela ni se me pasaba por el pensamiento cuando estaba contigo. —Una lágrima recorrió la mejilla de Jessie sintiendo que su corazón volaba. —Te sentí como parte de mí y cuando te alejaste... Joder nena, no vuelvas a hacerlo porque estaba desesperado por verte. Sabía que te había hecho daño y que era el culpable de todo por no haber sido sincero desde el principio. Te conocía, sabía que no había hecho lo correcto y pensar que estabas sufriendo por mi culpa me torturaba.

—Cariño...

—Déjame terminar, por favor. —Jessie se mantuvo en silencio. Él acarició su mano. —La orden de alejamiento me volvió loco porque ya no podía acercarme a ti y más después de que la jueza me advirtiera que ya no me pasaría una más. Y no lo hice porque en el juicio perdí toda esperanza a que pudiéramos arreglarlo. Pero entonces me llamó el sheriff y me contó lo que había pasado. Me sentí tan desesperado porque no podía acercarme a ti que lo único que podía hacer era cuidar a Angela lo mejor que podía, para que cuando salieras tuvieras lo que más querías en la vida. Cuando llegué al hospital con Angela no esperaba tu reacción. Me odiabas porque te la

había quitado y debo reconocer que en ese momento me di cuenta de que tenía una oportunidad. Angela estaba conmigo y si querías estar con ella, debías venir al rancho. Por eso después de eso solo fuimos a verte una vez y tuve la suerte de que estabas dormida, porque temía que te dieras cuenta de mis intenciones cuando pudieras salir de allí. Si me hacías preguntas sobre lo que pasaría...

—Querías pillarme por sorpresa.

—Quería que pensaras que ya no me importabas nada para cuando llegara la hora, pillarte con la guardia baja, lo reconozco. Y como eso hice todo lo demás para presionarte. —Sonrió de medio lado. —Y debo reconocer que funcionó mejor de lo que me esperaba.

—¿No me resistí mucho?

La miró a los ojos. —Cuando te besé la primera vez temí no poder recuperarte, pero apenas unas horas después lo vi en tus ojos. Seguías siendo mía por mucho que te resistías y decidí seguir adelante. Y no me arrepiento, preciosa. Porque te amo tanto que haría lo que fuera porque estuvieras a mi lado en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo cada día de mi vida hasta que la muerte nos separe. —Pasó el anillo por su dedo colocándolo al lado del anillo de compromiso y se acercó para besar suavemente sus labios antes de susurrar —Te amo.

Se abrazó a su cuello necesitando sentirle y él la pegó a su pecho acariciando su espalda por encima de la seda del pijama. —Nunca creí ser tan feliz.

—Y espero hacerte feliz el resto de tu vida, mi amor.

Epílogo

Sentada a la mesa de la cocina miró la hora antes de cerrar el libro de texto para ir a arreglarse, pues su marido iba a llegar y era sábado noche. Recogió sus apuntes y frunció el ceño mirando de un lado a otro, pero todo parecía como siempre. Clare estaba haciendo la cena cortando unas zanahorias que le costaría un triunfo que Angela se comiera y aparte de eso no había nada raro. —Voy a ducharme.

Clare levantó la vista sonriendo. —Muy bien. Ponte guapa que luego iréis al bar de Tony. Es sábado.

—Sí. —Miró a su alrededor de nuevo, pero no pasaba nada.

—¿Ocurre algo?

—No sé... Me falta algo o hay algo distinto. No lo sé. —Iba a salir cuando casi se choca con su suegra. —Oh, perdona.

—¿Todavía estás así?

Miró sorprendida a su suegra que llevaba un vestido negro y los labios de un rojo intenso que la hizo fruncir el ceño. —¿Vas a salir?

—Voy a ir al bingo de la parroquia. —Le guiñó un ojo. —Hay un viudo...

—¡Martha! ¡No se lo digas a tu hijo todavía! Espera una semana que me lo vas a cabrear.

—Hecho.

—Por cierto, ¿qué barra de labios usas?

—Una que le cogí a mi hija del bolso. Tiene tantas que ni se da cuenta. Cuando quieras te la presto.

Sonrió tranquila porque había resuelto el misterio. —Que lo pases bien, pillina.

Su suegra soltó una risita como una quinceañera y divertida fue hasta las escaleras. Cuando llegó al piso de arriba, pasó ante la habitación de Angela y entrecerró los ojos al no escuchar la televisión que su marido le había comprado porque no soportaba los dibujos animados. Mosqueada abrió la puerta lentamente para verla hablando por teléfono tumbada en la cama boca abajo de espaldas a ella. —¿De veras? Ese es tonto. No salgas más con él. —Parpadeó asombrada porque ver a su hermana de siete años aconsejando a una amiga para que no saliera con alguien la chocó un poco y sin cortarse se quedó escuchando. Angela soltó una risita. —Otro que es tonto. No tenéis gusto. Mira Jessie. Ya, es que como Everett hay pocos. —Sonrió dejando los libros sobre el aparador acercándose a ella. —Hizo bien en anular la boda. Ese estúpido solo pensaba en el trabajo.

—Dile a Amber que ahora entiendo para qué te ha regalado el teléfono.

Angela soltó una risita. —Dice Jessie... —Le pasó el teléfono. —Que te pongas.

—¿Qué pasa? ¿Que estás tan desesperada que necesitas el sabio consejo de nuestra hermana?

Estuvo hablando un rato con Amber que estaba en plena crisis porque no encontraba el hombre de su vida. Intentó animarla y le dijo que el domingo hablarían largo y tendido del asunto porque estaba muy perdida en la vida.

—Muy graciosa —dijo Amber irónica.

—No, en serio. Hablamos mañana que tengo una cita con tu hermano.

—Serás...

Riendo colgó el teléfono. —Le va a salir una úlcera.

—Serás mala —dijo su hermana cogiendo el móvil nuevo.

—A ésta hay que buscarle un novio antes de que meta la pata por pura desesperación. —
Entrecerró los ojos. —Alguien con mala leche.

—Sí, y tan guapo como Everett.

—Y con dinero para que no se aproveche de ella.

—No conozco a más ricos. ¿Y tú?

—Hablaré con Everett. Seguro que a alguien conoce.

—¿Hablabais de mí?

Sonrió a su marido que tenía aspecto de haberle atropellado un tren y jadeó. —¿Qué te ha pasado?

—Jess ha tenido un mal día.

—¡Esa yegua va a matarte!

Se acercó a ella y la cogió por la cintura pegándola a él. —En el fondo me quiere. Ha sido sin querer. La ha asustado un semental.

Se sonrojó con fuerza y su marido se echó a reír antes de besarla. —¿Qué tal el día, preciosa? ¿Te duele?

—Hoy he tenido un día estupendo —dijo radiante.

—¡Le han puesto un diez!

—Uhhh... un diez. Habrá que celebrarlo.

—Si estás cansado...

—No me lo perdería por nada. Me ducho y nos vamos. —Miró a Angela. —¿Has cenado?

—Todavía no. Clare está haciendo algo muy sano —dijo de mala gana mirando su teléfono.

Su marido miró el móvil y gruñó. —Lo sé. A mí tampoco me gusta. ¿Puedes hablar con Amber de esto? Cuando la he llamado esta tarde estaba en una tienda mirando ordenadores y estoy segura de que tu hermana no ha tocado un ordenador en su vida.

—Mañana hablo con ella.

—Jo —protestó Angela demostrando que no estaba tan atenta al móvil como quería aparentar mientras con sus pequeños pulgares tocaba las teclas del móvil.

—¿Con quién estás chateando? —preguntó asombrada.

—Con Bobby. Quiere quedar mañana después de misa y darme muchos besos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Everett tensándose de golpe.

—Está bromeando, cariño.

—Muy graciosa.

—Estoy chateando con Betty.

—Pues dile que la ves mañana y apaga el teléfono por hoy. Son las seis.

—Vale.

Salieron de la habitación y Everett sonrió satisfecho. —Es muy obediente, ¿verdad?

—Cariño, lo volverá a encender cuando nos vayamos.

Su marido gruñó entrando en la habitación y se quitó la camiseta. Ella le abrazó por la espalda acariciando sus abdominales. —Quiero hacer el amor. Me siento inquieta.

Su marido se volvió y la besó en los labios. —Lo siento preciosa, pero Isaac nos espera abajo.

—¿Ni uno rapidito?

—¿Con lo que tardas en cambiarte?

—Oye, no estarás perdiendo el interés, ¿verdad?

Besó sus labios de nuevo. —Prepárate para cuando volvamos a casa.

—Promesas.

Él rió dándole un azotito en el trasero y fue hasta el baño. Le escuchó abrir el grifo de la ducha y ella se volvió para abrir el armario sacando una camiseta rosa muy sexy que Ashley le había regalado y unos short negros que pensaba ponerse con unas medias gruesas en negro. También sacó unas botas para bailar todo lo que pudiera bien cómoda. Se quitó la camiseta y fue hasta el baño desabrochándose los vaqueros. Menuda tortura ver a su marido en pelotas mientras la espuma de su cabello recorría su espalda. Se desnudó lo más rápido que pudo y le acarició la espalda haciendo que le mirara sobre el hombro con una sonrisa. —Nena, ¿no puedes quitarme las manos de encima?

—No, ¿algún problema? —preguntó pegándose a él.

—En absoluto. —Se volvió y la cogió por la cintura levantándola para mirarla a los ojos mientras la pegaba a la pared. —No grites, preciosa —dijo con voz ronca. Jessie gimió cuando sintió su miembro entrando en ella lentamente y se aferró a sus hombros dándole la bienvenida—. Joder nena, cada día te quiero más.

—Pues demuéstramelo —susurró antes de reclamar sus labios.

Bajó los escalones y se miró al espejo del hall para asegurarse de que no se había pasado con el labial antes de ir al salón donde estaban Everett e Isaac esperándola. Seguro que le decían algo y eso que solo llevaban esperando diez minutos. Entró en el salón con una sonrisa y la perdió poco a poco al ver que no estaban.

Sorprendida fue hasta el comedor donde Angela estaba cenando con Clare. —¿Dónde está Everett?

—Le ha llamado una tal Katie y ha tenido que irse. Que te ve allí.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué has dicho?

—Que le ha llamado una tal Katie. Algo de un problema con un coche. Esa chica era amiga de las gemelas, ¿no? Me suena el nombre.

—Sí —siseó—. Era muy amiga.

—Pues era maja.

—Majísima. Muy maja, sí señor.

Angela entrecerró los ojos. —A por ella, Jessie.

—Y yo creyendo que esto estaba liquidado, pero no. ¡Ya van a darme la noche! ¡Puñetera barra de labios! —Fue hasta el hall y furiosa cogió las llaves del coche saliendo de casa dando un portazo.

Clare miró asombrada a la niña. —¿Por qué has dicho eso?

Soltó una risita. —No sé quién es, pero la va a dejar calva cuando la pille.

—Serás diablilla. A comer las zanahorias.

—Jo...

Salió del coche sintiendo que quería matar a alguien y rodeó el local para abrir la puerta de un tirón. Jadeó al ver un enorme cartel plateado que ponía Feliz Cumpleaños mientras todos reían aplaudiendo. Al darse cuenta de que era una sorpresa para ella se sonrojó. Vio a Everett acercándose y extendiendo la mano. Se la cogió tímida y siseó —¿Qué es esto?

Él se echó a reír. —Hoy hace un año que naciste otra vez, cielo. A partir de ahora tendrás tu cumpleaños como todos. —Le miró emocionada y él besó sus labios. —Feliz cumpleaños,

preciosa.

—Gracias.

Poco a poco todos fueron felicitándola. Las gemelas, Mónica con Clod que acababan de llegar de su luna de miel, Tony, su suegra... Todos sus amigos estaban allí para celebrar que había sobrevivido. Uno tras otro le fueron haciendo regalos y se emocionó como una niña cuando tuvo que soplar su vela. Riendo vio que no se apagaba y encantada dejó que su marido la llevara a la pista de baile.

Mirándose a los ojos la pegó a él. —¿Te gusta tu fiesta?

—Mucho. A Angela le hubiera gustado.

—Mañana lo celebraremos con ella. No quería decirle nada porque no confiaba en que se chivara. Te lo cuenta todo.

Se echó a reír asintiendo. —Sí, no se hubiera resistido.

—¿Eres feliz?

—Mucho. —Miró a su alrededor. —¿Katie está por aquí?

Su marido se echó a reír a carcajadas. —Nena, nunca me he acostado con ella.

—¿Seguro?

—Muy seguro. ¿Crees que se me olvidaría algo así? —preguntó acariciando su cintura—. Cuando lleguemos a casa te daré mi regalo. Es algo muy especial. —Besó el lóbulo de su oreja. —Y sirve para meterse en el agua de cierta isla del Pacífico donde pasaremos unos días tú y yo solos. Cubre lo justo para que no te coman con los ojos todos esos mirones que tuve que soportar en la luna de miel.

Soltó una risita porque ya se imaginaba como sería el bañador. Seguro que le llegaba al cuello. —Pues yo tengo uno para ti también.

Everett la miró sin comprender. —¿Un regalo para mí?

—Aunque aún tardará seis meses en llegar, así que podemos irnos de vacaciones tranquilamente. —Él se detuvo en seco algo pálido. —Cariño, ¿estás bien?

—¿Vamos a tener un hijo?

—Quería asegurarme antes de decirte nada. Por lo que me pasó... y no. —Él la miró sin comprender. —Son dos. Gemelos.

Everett gritó de la alegría cogiéndola en brazos y la besó con pasión. Se agarró a él y cuando se apartó la miró a los ojos. —Te quiero, nena.

—¿Te gusta mi regalo? —preguntó emocionada.

—No podías regalarme algo mejor. Gracias.

—Me he dado cuenta de que quiero sentir como tu hijo crece dentro de mí. —A Everett se le cortó el aliento. —Y esta vez tengo una familia para criarlos. ¿Es egoísta?

—No cielo, después de todo lo que has pasado, me demuestras una vez más que eres la persona más valiente que conozco.

—Esto no lo hubiera hecho sin ti, mi amor. Jamás sin ti.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)

- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)

- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)

- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)

- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón

12. Lady Corianne

13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.